

1910



ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA

y AMERICANA







AÑO LIV

# La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

### EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18**. — Tres meses, **10**.

### PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21**. — Tres meses, **11**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

### DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

### AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos.

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, quedan autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

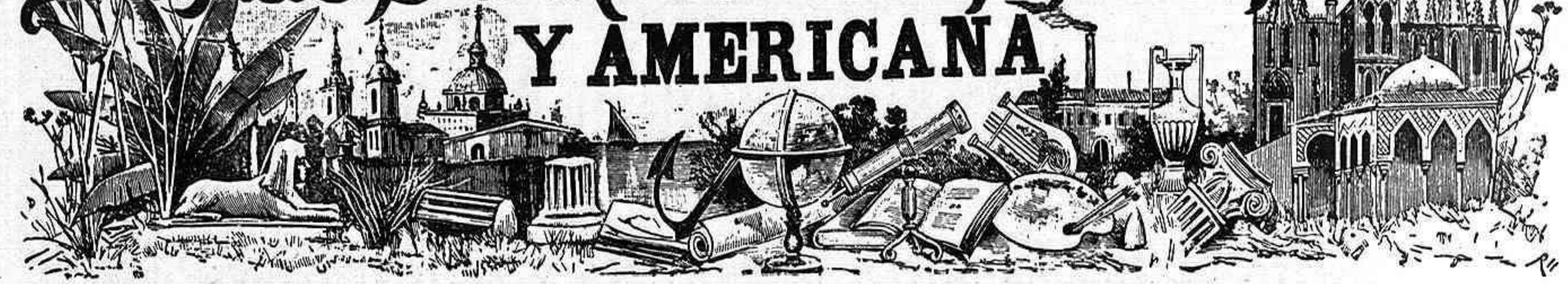
En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

**Administración: Preciados, 46, Madrid.**



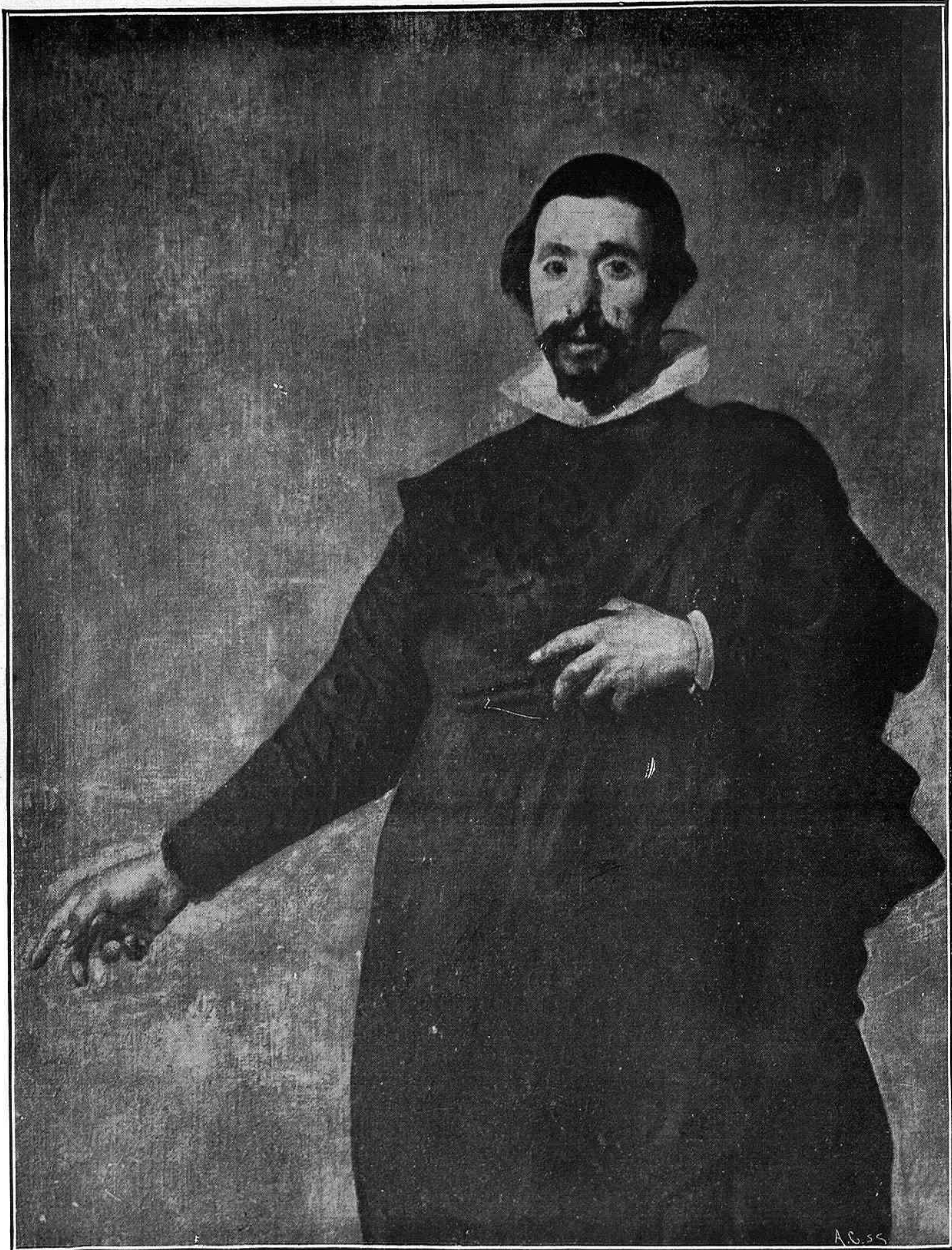
# LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



AÑO LIII.

MADRID 22 DE SEPTIEMBRE DE 1909.

Núm. XXXV.



Museo Nacional de Pinturas y Esculturas.

EL BUFÓN "PABILLOS DE VALLADOLID"  
por Velázquez.



# ALMANAQUE

DE

*La Ilustración Española y Americana*

PARA EL AÑO

➤ 1910 ◀







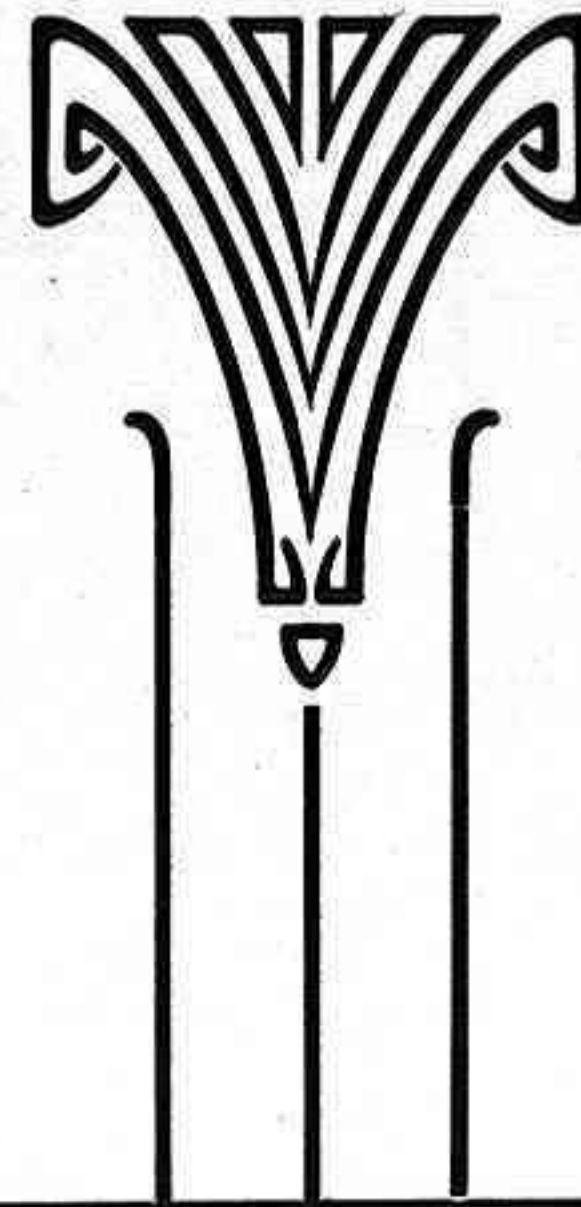
ALMANAQUE

1910

DE

# LA ILUSTRACIÓN

ESPAÑOLA Y AMERICANA



DIRIGIDO Y COMPUESTO

⊗ ⊗ ⊗ ⊗ ⊗ por ⊗ ⊗ ⊗ ⊗ ⊗

D. Antonio Garrido

⊗ CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES ⊗

Acebal (D. Francisco), ⊗ Alcázar (D. Manuel), ⊗ Álvarez Quintero (D. Serafín y D. Joaquín),  
⊗ Aza (D. Vital), ⊗ Benjamín de la Casa, ⊗ Blanco-Belmonte (D. M. R.), ⊗ Bonnat (D. A. R.), ⊗  
Cánovas y Vallejo (D. José), ⊗ Casero (D. Antonio), ⊗ Ciarán (D. Alfonso), ⊗ Córdoba (R. de), ⊗  
Coullaut Valera (D. Lorenzo), ⊗ Cuenca (D. Carlos Luis de), ⊗ Delgado (D. Sinesio), ⊗ Estrada  
(D. Eduardo), ⊗ Fernández Bremón (D. José), ⊗ Fernández Mota (D. Fernando), ⊗ Fernández  
Shaw (D. Carlos), ⊗ Flores García (D. Francisco), ⊗ Garrido (D. Antonio), ⊗ Gil (D. Rodolfo), ⊗  
Larrubiera (D. Alejandro), ⊗ Laserna (D. José), ⊗ López Silva (D. José), ⊗ Llorente (D. Teodoro), ⊗  
Méndez (D. Félix), ⊗ Osete (D. Antonio), ⊗ Palomero (D. Antonio), ⊗ Pardo Bazán (Condesa de),  
⊗ Pedrero (D. Mariano), ⊗ Pérez y González (D. Felipe), ⊗ Pérez Zúñiga (D. Juan), ⊗  
Ramos Carrión (D. Miguel), ⊗ Sánchez Gerona (D. José), ⊗ Sandoval (D. Manuel), ⊗ Sbarbi  
(D. José María), ⊗ Souto (D. Alfredo), ⊗ Tapia (D. Luis de), ⊗ Vera (D. Vicente), ⊗ Villegas  
⊗ ⊗ ⊗ ⊗ (D. José), ⊗ Villena (D. Manuel), ⊗ Zozaya (D. Antonio). ⊗ ⊗ ⊗ ⊗



MADRID

Establecimiento tipográfico "Sucesores de Rivadeneira"

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20.

1909

Año XXXVII

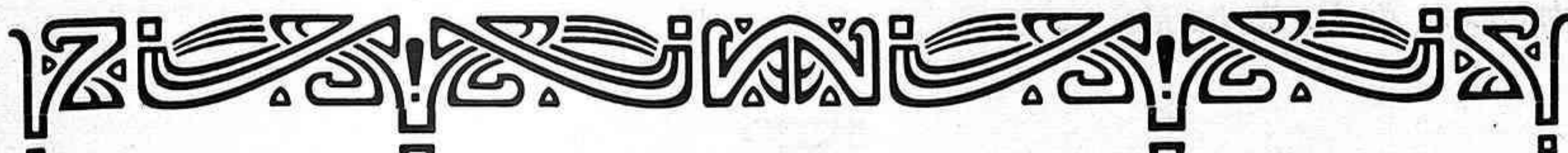


OPERA  
PUBLICIDAD

OPERA  
PUBLICIDAD

**ES PROPIEDAD**  
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY





# ÍNDICE GENERAL

## TEXTO



	Páginas.
Año religioso, por D. J. M. S. . . . . .	9
Anuncios astronómicos, por D. Manuel Villena. . .	9
Santoral. . . . .	11 á 22
Frases corrientes, por D. Carlos Luis de Cuenca. .	25
El lenguaje del rostro y su lectura, por D. Vicente Vera. . . . .	29
Homenaje, por D. José Sánchez Gerona. . . . .	34
Salmantina, poesía, por D. Antonio Casero. . . . .	38
La limosna de amor, por D. José Cánovas y Vallejo. . . . .	42
Dificultad de precisar el verdadero origen de ciertos proverbios, por D. José María Sbarbi. . . . .	46
Mar adentro, poesía, por D. Carlos Fernández Shaw. .	49
Cobarde, por D. Francisco Acebal. . . . .	51
La memoria de las madres, por D. Antonio Zozaya. . . . .	54
Escepticismo, poesía, por D. Félix Méndez. . . . .	57
Diálogo de los olores, por D. José de Laserna. . .	58
La lira de Orfeo, poesía, por D. Teodoro Llorente. .	59
El agua en Granada, poesía, por D. Manuel de Sandoval. . . . .	60
Ser hombre importarte, por D. A. R. Bonnat. . . . .	62
Cantos eslavos, poesía, por D. Rodolfo Gil. . . . .	64

	Páginas.
El matonismo en acción, por D. Francisco Flores García . . . . .	66
Los "cicerones" poesía, por D. Juan Pérez Zúñiga. .	69
El taquígrafo descalabrado, por D. Felipe Pérez y González. . . . .	70
Niveo, poesía, por D. Antonio Osete. . . . .	71
Á una madrileña, poesía, por D. J. López Silva. . .	73
La mujer y las rosas, por D. S. y J. Álvarez Quintero. . . . .	74
El collar de la Princesa, por D. Alejandro Larrubiera. .	76
Danzas tristes, poesía, por D. Miguel Ramos Carrión. .	80
La fuente de Apolo, por D. José Fernández Bremón. .	82
Tierra gallega, poesía, por D. R. de Córdoba . . . .	87
El tresillo, por D. Antonio Palomero. . . . .	89
Los relojes, poesía, por D. Luis de Tapia . . . . .	91
La cabeza de turco, por D. Sinesio Delgado. . . . .	92
Sinceridad, poesía, por D. Vital Aza. . . . .	93
Los paragüistas, por <i>Benjamín de la Casa</i> . . . . .	95
Los que miran más allá, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte. . . . .	97
Cháchara de horas, por la Condesa de Pardo Bazán. .	100
El autor de "Marina" en el mar, por D. Antonio Garrido. . . . .	102

## GRABADOS

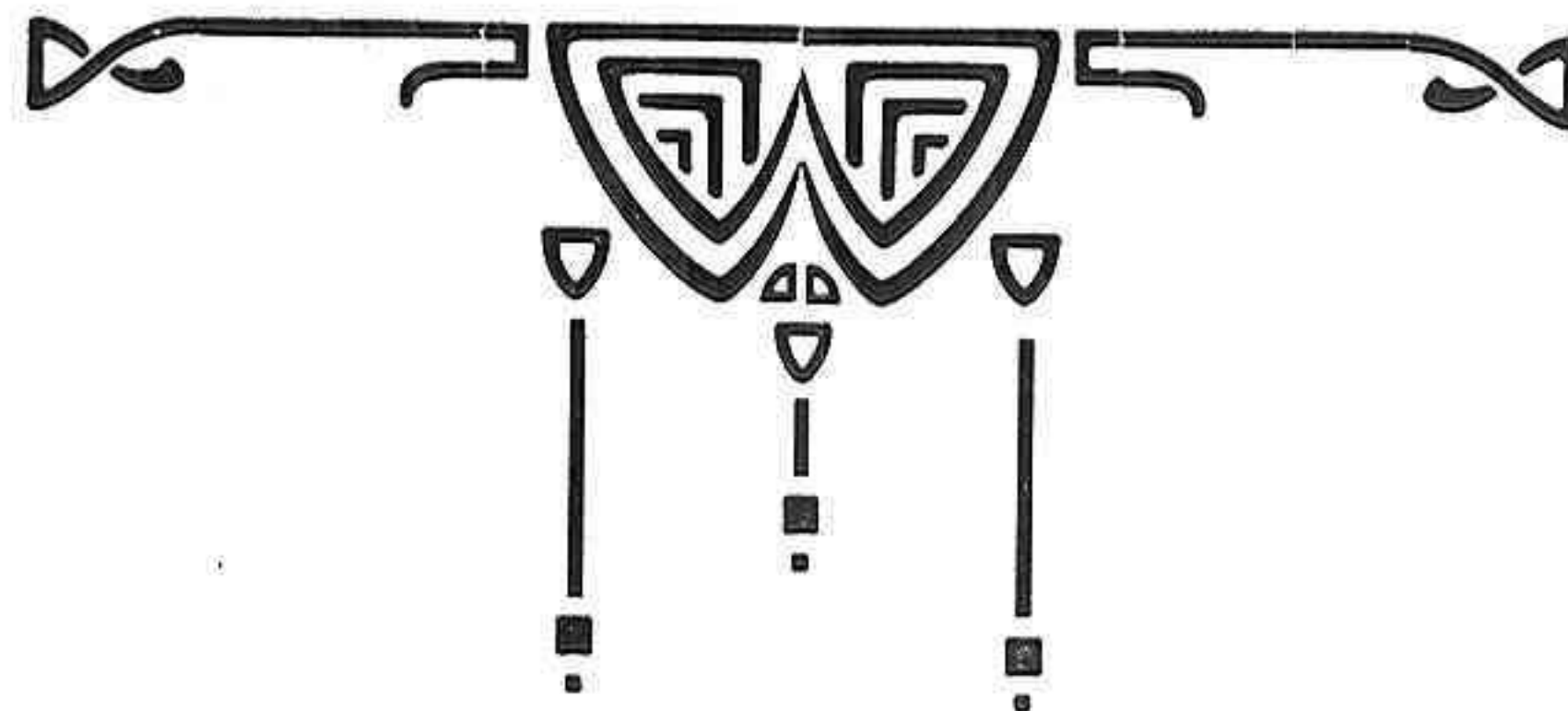


	Páginas.
Ilustraciones del Santoral. . . . .	11 á 22
Maternidad, cuadro de Marchí . . . . .	23
El pájaro voló, cuadro de Spadoni. . . . .	24
Sicilianas, cuadro de Siemiradski. . . . .	27
El encanto del abuelito, cuadro de Füttner. . . . .	28
Las cerezas, cuadro de Schramm . . . . .	32
Las primeras flores, cuadro de Schramm . . . . .	33

	Páginas.
Ilustraciones del artículo "Homenaje", por S. Gerona . . . . .	34 y 35
Fontanales, cuadro de Vassari . . . . .	37
Ilustraciones de "Salmantina", por Manuel Alcázar. . . . .	38 y 39
Regreso de la pesca, cuadro de Gabrini. . . . .	40
Lección de baile, cuadro de Schweninger. . . . .	41



Páginas.	◀ ◻ ▶	Páginas.
Vuelta del trabajo, cuadro de Gabrini . . . . .		Ilustraciones de "El collar de la Princesa", por Lorenzo Coullaut Valera . . . . . 77 y 78
Agua fresca, cuadro de N. Luci . . . . .		El peinado de "Sultán", cuadro de Spadoni . . . . . 81
Atravesando un vado, cuadro de Chaperon . . . . .		Ilustraciones de "La fuente de Apolo", por F. Fernández Mota . . . . . 82, 83 y 84
Camino del mercado, cuadro de Bellanger . . . . .		El día del Santo, cuadro de Grivaz . . . . . 86
Juventud, cuadro de Blaas . . . . .		Ilustración de la poesía "Tierra gallega", por Alfredo Souto . . . . . 87
Ilustración de la poesía "Escepticismo", por E. Estrada . . . . .		¡Buen bocadol, cuadro de Chierici . . . . . 88
Ilustración de "El agua en Granada", por M. Pedrero . . . . .		Ilustración de "Los relojes", por M. Pedrero . . . . . 91
En el parque, cuadro de José Villegas . . . . .		Ilustraciones de "Los paragüistas", por E. Estrada . 95 y 96
Aguadora, cuadro de Camilo Bellanger . . . . .		Ilustraciones de "Los que miran más allá", por Lorenzo Coullaut Valera . . . . . 97, 98 y 99
El nido, cuadro de Bautzer . . . . .		Ilustración de "Cháchara de horas", por M. Pedrero. 100
¡Miralol, cuadro de César Phillpp. . . . .		Ilustración de "El autor de Marina en el mar" . . . . 102
El mejor retrato, cuadro de Kiesel . . . . .		Viñetas varias . . . . . 10, 47, 55, 69 y 90
Ilustración del artículo "La mujer y las rosas", por M. Pedrero . . . . .		





# PRELIMINARES

## AÑO RELIGIOSO

### CÓMPUTO ECLESIASTICO

Áureo número. . . . .	11	Indicción romana. . . . .	8
Epacta. . . . .	XIX	Letra dominical. . . . .	b
Ciclo solar. . . . .	15	Letra del Martirologio romano. . . . .	u

### DÍAS DE AYUNO

Todos los de *Cuaresma*, excepto los Domingos.  
 Los Viernes y Sábados de *Adviento*; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.  
 La vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).  
*Miércoles, Viernes y Sábado* de cada una de las cuatro *Témporas*.  
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).  
 Vigilia del apóstol *Santiago*.  
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).  
 Vigilia de *Todos los Santos*.  
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).

### FIESTAS MOVIBLES

Dulcísimo Nombre de Jesús. . . . .	16 de Enero.
La Sacra Familia. . . . .	23 de Enero.
Septuagésima. . . . .	23 de Enero.
Sexagésima. . . . .	30 de Enero.
Quincuagésima. . . . .	6 de Febrero.
Miércoles de Ceniza. . . . .	9 de Febrero.
Pascua de Resurrección. . . . .	27 de Marzo.
El Patrocinio de San José. . . . .	17 de Abril.
Letanias. . . . .	2, 3 y 4 de Mayo.
Ascensión del Señor. . . . .	5 de Mayo.
Pascua de Pentecostés. . . . .	15 de Mayo.
La Santísima Trinidad. . . . .	22 de Mayo.
Sanctissimum Corpus Christi. . . . .	26 de Mayo.
Purísimo Corazón de María. . . . .	5 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. . . . .	3 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora. . . . .	21 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario. . . . .	2 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora. . . . .	13 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento. . . . .	27.
Adviento. . . . .	27 de Novbre.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma*, ni aun los Domingos.  
 Debe renovarse la *bula* todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno*, los *Domingos de Cuaresma* y todos los *Viernes* del año.

### TÉMPORAS

I.—El 16, 18 y 19 de Febrero.	III.—El 21, 23 y 24 de Sepbre.
II.—El 18, 20 y 21 de Mayo.	IV.—El 14, 16 y 17 de Dicbre.

### VELACIONES

Se abren el 7 de Enero y el 4 de Abril, y se cierran, respectivamente, el 8 de Febrero y el 26 de Noviembre.

### DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA

El 23 de Enero; 15, 26 y 27 de Febrero; 6, 18, 19 y 30 de Marzo, y 19 y 21 de Mayo.

## ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva, correspondientes al año 1910.

### POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID

LONGITUD.. 0<sup>h</sup> 14<sup>m</sup> 45<sup>s</sup>,09 al O. de Greenwich.  
 LATITUD... 40° 24' 29",7 N.

### ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA

MAYO 9. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 3 h. y 38 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 61° 26' al E. de Greenwich y latitud 55° 58' S.

El eclipse central principia, en la Tierra, á las 5 h. y 9 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud 111° 24' al E. de Greenwich y latitud 72° 46' S.

El eclipse central termina, en la Tierra, á las 6 h. y 16 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 156° 21' al E. de Greenwich y latitud 46° 30' S.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 7 h. y 46 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 147° 38' al E. de Greenwich y latitud 15° 37' S.

Este eclipse será visible en Australia, en gran parte del Océano Índico, en parte del Pacífico y del Mar Polar Antártico.

MAYO 24. *Eclipse total de Luna*, en parte visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 3 h. y 46 m.  
 Principio del eclipse total á las 5 h. y 9 m.  
 Medio del eclipse á las 5 h. y 34 m.  
 Fin del eclipse total á las 6 h.  
 Fin del eclipse á las 7 h. y 22 m.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO

20 de Enero, <i>Acuario</i> .	23 de Julio, <i>Leo</i> .— <i>Canícula</i> .
19 de Febrero, <i>Piscis</i> .	24 de Agosto, <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, <i>Tauro</i> .	24 de Octubre, <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, <i>Géminis</i> .	23 de Noviembre, <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 de Dic., <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

### CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 12 horas 3 minutos.  
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á las 7 horas 49 minutos.  
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 22 horas 31 minutos.  
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 17 horas 12 minutos.



El principio de este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa, en gran parte de África, en toda la América Meridional y en casi toda la Septentrional, en todo el Océano Atlántico, en casi todo el Pacífico y en todo el Mar Polar Antártico.

El fin de este eclipse será visible en toda la América Meridional y en casi toda la Septentrional, en parte de la Australia, en todo el Océano Pacífico, en parte del Atlántico y en todo el Mar Polar Antártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 84° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 49° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

En Madrid la Luna se pone eclipsada á 4 h. 37 m.

NOVIEMBRE 1 y 2. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, el día 1.º á las 23 h. y 51 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 118° 22' al E. de Greenwich y latitud 63° 5' N.

El medio del eclipse se verificará, en la Tierra, el día 2 á las 2 h. y 9 m., tiempo medio civil de Greenwich, en la longitud de 155° 2' al O. de Greenwich y latitud 62° 4' N.

El eclipse termina, en la Tierra, el día 2 á las 4 h. y 26 m., tiempo

medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 165° 18' al O. de Greenwich y latitud 17° 36' N.

Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,853: tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse será visible en el NE. de Europa y en el Océano Pacífico del N.

NOVIEMBRE 16 y 17. *Eclipse total de Luna*, visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 22 h. 44 m. del día 16.

Principio del eclipse total á las 23 h. 55 m. de id.

Medio del eclipse á las 24 h. 21 m. de id.

Fin del eclipse total á las 24 h. 47 m. de id.

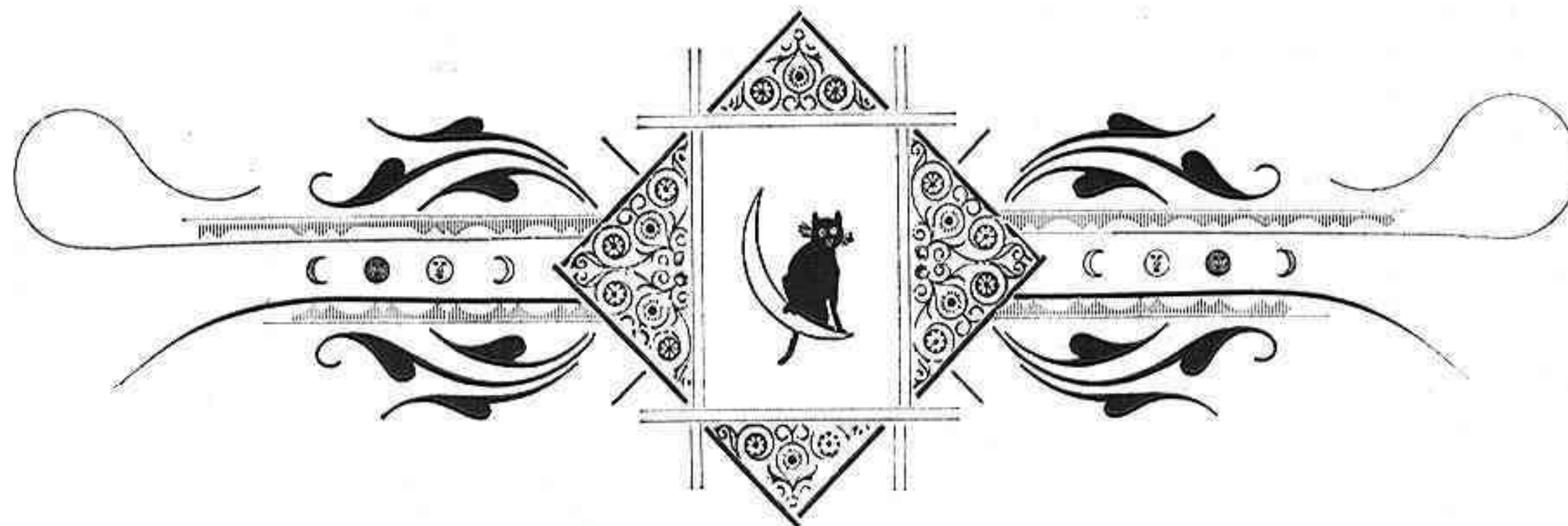
Fin del eclipse á la 1 h. 58 m. del día 17.

El principio de este eclipse será visible en toda Europa y África, en casi toda el Asia, en parte de las dos Américas, en el Océano Atlántico, en el Índico y en todo el Mar Polar Ártico.

El fin de este eclipse será visible en toda Europa y África, en una pequeña parte de Asia, en las dos Américas, en el Océano Atlántico, en una pequeña parte del Índico y en gran parte del Pacífico, en el Estrecho de Behring y en todo el Mar Polar Ártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 87° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 46° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).



Horas á que se verifican las fases de la Luna, en Madrid, el año 1910.

ENERO.....	{	Día 3.—13 <sup>h</sup> 27 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .—Menguante.	JULIO.....	{	Día 6.—21 <sup>h</sup> 20 <sup>m</sup> , en <i>Cáncer</i> .—Nueva.
		11.—11 <sup>h</sup> 51 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .—Nueva.			14.—8 <sup>h</sup> 24 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .—Creciente.
		18.—10 <sup>h</sup> 21 <sup>m</sup> , en <i>Aries</i> .—Creciente.			22.—8 <sup>h</sup> 37 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .—Llena.
		25.—11 <sup>h</sup> 51 <sup>m</sup> , en <i>Leo</i> .—Llena.			29.—9 <sup>h</sup> 35 <sup>m</sup> , en <i>Tauro</i> .—Menguante.
FEBRERO...	{	Día 2.—11 <sup>h</sup> 27 <sup>m</sup> , en <i>Escorpio</i> .—Menguante.	AGOSTO...	{	Día 5.—6 <sup>h</sup> 37 <sup>m</sup> , en <i>Leo</i> .—Nueva.
		10.—1 <sup>h</sup> 13 <sup>m</sup> , en <i>Acuario</i> .—Nueva.			13.—2 <sup>h</sup> 1 <sup>m</sup> , en <i>Escorpio</i> .—Creciente.
		16.—18 <sup>h</sup> 33 <sup>m</sup> , en <i>Tauro</i> .—Creciente.			20.—19 <sup>h</sup> 14 <sup>m</sup> , en <i>Acuario</i> .—Llena.
		24.—3 <sup>h</sup> 36 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .—Llena.			27.—14 <sup>h</sup> 33 <sup>m</sup> , en <i>Géminis</i> .—Menguante.
MARZO...	{	Día 4.—7 <sup>h</sup> 52 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .—Menguante.	SEPTIEMBRE..	{	Día 3.—18 <sup>h</sup> 6 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .—Nueva.
		11.—12 <sup>h</sup> 12 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .—Nueva.			11.—20 <sup>h</sup> 11 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .—Creciente.
		18.—3 <sup>h</sup> 37 <sup>m</sup> , en <i>Géminis</i> .—Creciente.			19.—4 <sup>h</sup> 52 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .—Llena.
		25.—20 <sup>h</sup> 21 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .—Llena.			25.—20 <sup>h</sup> 54 <sup>m</sup> , en <i>Cáncer</i> .—Menguante.
ABRIL...	{	Día 2.—24 <sup>h</sup> 48 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .—Menguante.	OCTUBRE...	{	Día 3.—8 <sup>h</sup> 32 <sup>m</sup> , en <i>Libra</i> .—Nueva.
		9.—21 <sup>h</sup> 25 <sup>m</sup> , en <i>Aries</i> .—Nueva.			11.—13 <sup>h</sup> 40 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .—Creciente.
		16.—14 <sup>h</sup> 4 <sup>m</sup> , en <i>Cáncer</i> .—Creciente.			18.—14 <sup>h</sup> 24 <sup>m</sup> , en <i>Aries</i> .—Llena.
		24.—13 <sup>h</sup> 23 <sup>m</sup> , en <i>Escorpio</i> .—Llena.			25.—5 <sup>h</sup> 48 <sup>m</sup> , en <i>Leo</i> .—Menguante.
MAYO...	{	Día 2.—13 <sup>h</sup> 30 <sup>m</sup> , en <i>Acuario</i> .—Menguante.	NOVIEMBRE. .	{	Día 2.—1 <sup>h</sup> 56 <sup>m</sup> , en <i>Escorpio</i> .—Nueva.
		9.—5 <sup>h</sup> 33 <sup>m</sup> , en <i>Tauro</i> .—Nueva.			10.—5 <sup>h</sup> 29 <sup>m</sup> , en <i>Acuario</i> .—Creciente.
		16.—2 <sup>h</sup> 13 <sup>m</sup> , en <i>Leo</i> .—Creciente.			16.—24 <sup>h</sup> 25 <sup>m</sup> , en <i>Tauro</i> .—Llena.
		24.—5 <sup>h</sup> 39 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .—Llena.			23.—18 <sup>h</sup> 14 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .—Menguante.
JUNIO...	{	Día 31.—22 <sup>h</sup> 24 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .—Menguante.	DICIEMBRE. .	{	Día 1.—21 <sup>h</sup> 11 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .—Nueva.
		Día 7.—13 <sup>h</sup> 16 <sup>m</sup> , en <i>Géminis</i> .—Nueva.			9.—19 <sup>h</sup> 5 <sup>m</sup> , en <i>Piscis</i> .—Creciente.
		14.—16 <sup>h</sup> 20 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .—Creciente.			16.—11 <sup>h</sup> 5 <sup>m</sup> , en <i>Géminis</i> .—Llena.
		22.—20 <sup>h</sup> 12 <sup>m</sup> , en <i>Sagitario</i> .—Llena.			23.—10 <sup>h</sup> 36 <sup>m</sup> , en <i>Virgo</i> .—Menguante.
		30.—4 <sup>h</sup> 39 <sup>m</sup> , en <i>Aries</i> .—Menguante.			31.—16 <sup>h</sup> 21 <sup>m</sup> , en <i>Capricornio</i> .—Nueva.

NOTA. Todos los anuelos se refieren á tiempo medio civil de Greenwich.



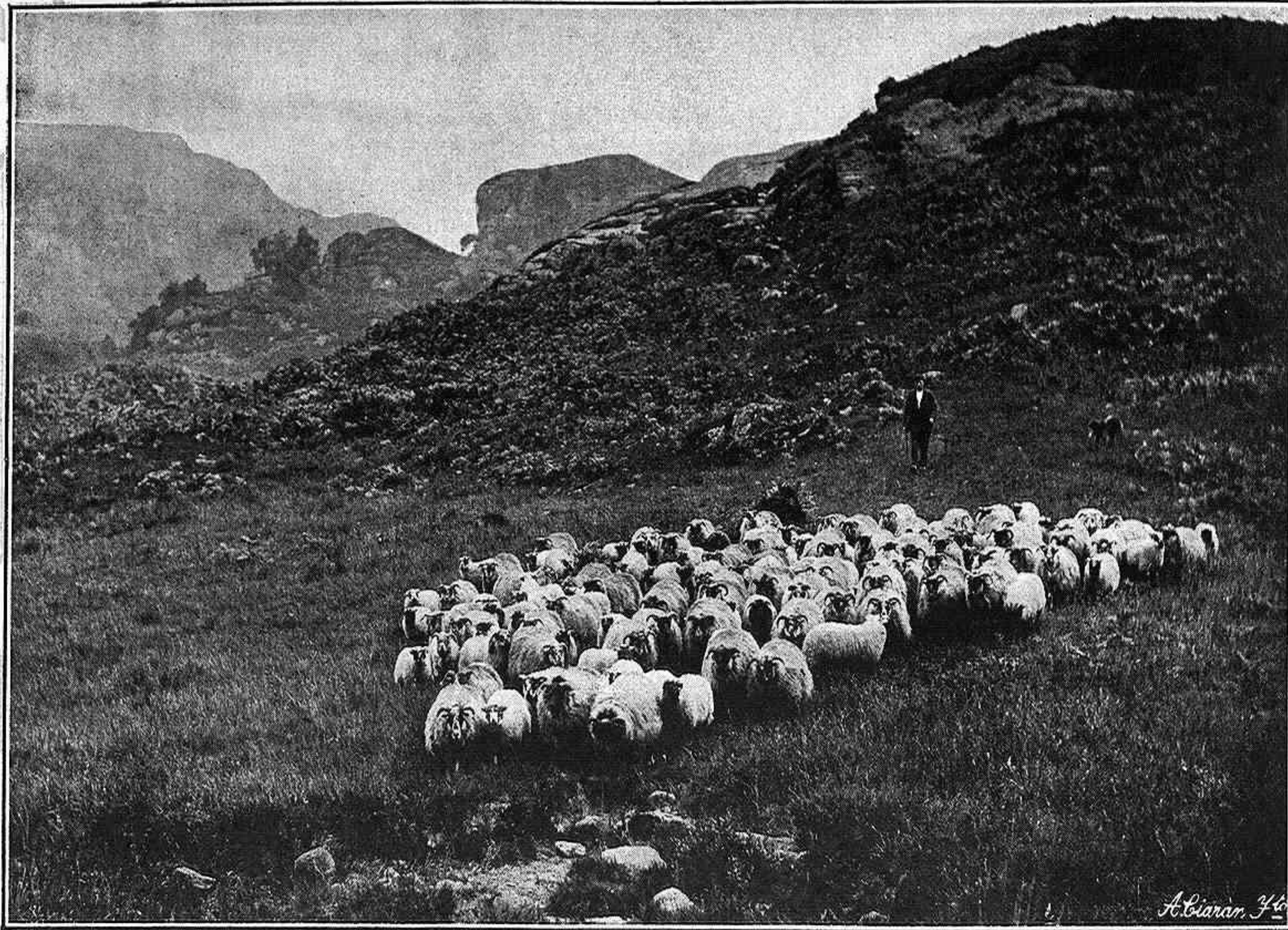
# ENERO

- 1 Sáb. *Fiesta*. LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR; san Fulgencio Rus-pense, san Basilio y san Justino.
- 2 Dom. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Isídoro, ob. y mr., y san Macario.
- 3 Lun. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patro-na de París.
- 4 Mart. San Tito, ob., y san Aquilino y compañeros, mártires.
- 5 Miérc. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Juev. *Fiesta*. LA EPIFANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.
- 7 Vier. San Julián y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las vela-ciones*.
- 8 Sáb. San Luciano, presb., y compañeros, mártires, y san Severi-no, abad.
- 9 Dom. San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, virgen.
- 10 Lun. San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, confesor.
- 11 Mart. San Higinio, papa y mr.; san Alejandro, ob., y san Anasta-sio, monje.
- 12 Miérc. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr.; san Martín, canónigo, y san Alfredo, abad.
- 13 Juev. Santos Gumersindo, presb., y Siervo de Dios, mrs.
- 14 Vier. San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, presb. y mr.
- 15 Sáb. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.
- 16 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús; San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.
- 17 Lun. San Antonio, abad, y san Mariano, diácono.
- 18 Mart. La Catedral de San Pedro en Roma; sta. Prisca, virgen y mr.
- 19 Miérc. San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.
- 20 Juev. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.
- 21 Vier. San Fructuoso, ob., y santa Inés, virgen, mrs.
- 22 Sáb. San Vicente, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.
- 23 Dom. *de Septuagésima*. La Sacra Familia; SAN ILDEFONSO, arzo-bispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y már-tir, patrona de Teruel.—*Anima*.
- 24 Lun. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.
- 25 Mart. La Conversión de San Pablo, apóstol, y santa Elvira.
- 26 Miérc. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.
- 27 Juev. San Juan Crisóstomo, ob. y doctor, y san Julián y compa-ñeros, mártires.
- 28 Vier. San Julián, ob. y patrón de Cuenca; san Valero, y san Tirso, mártir.
- 29 Sáb. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.
- 30 Dom. *de Sexagésima*. San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen.
- 31 Lun. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Se-ñora de la Merced, y santa Marcela, viuda.



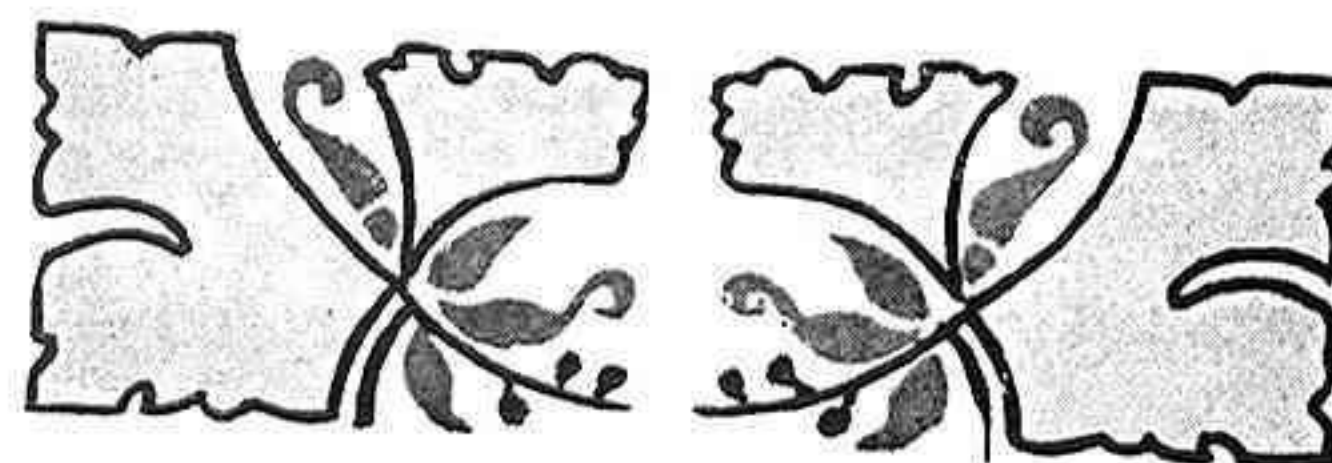
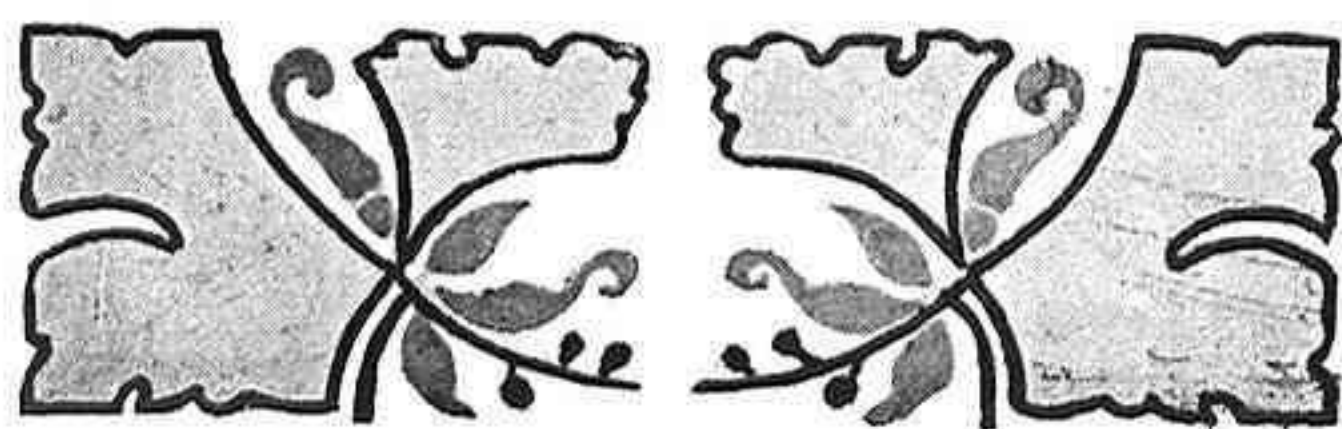


# FEBRERO



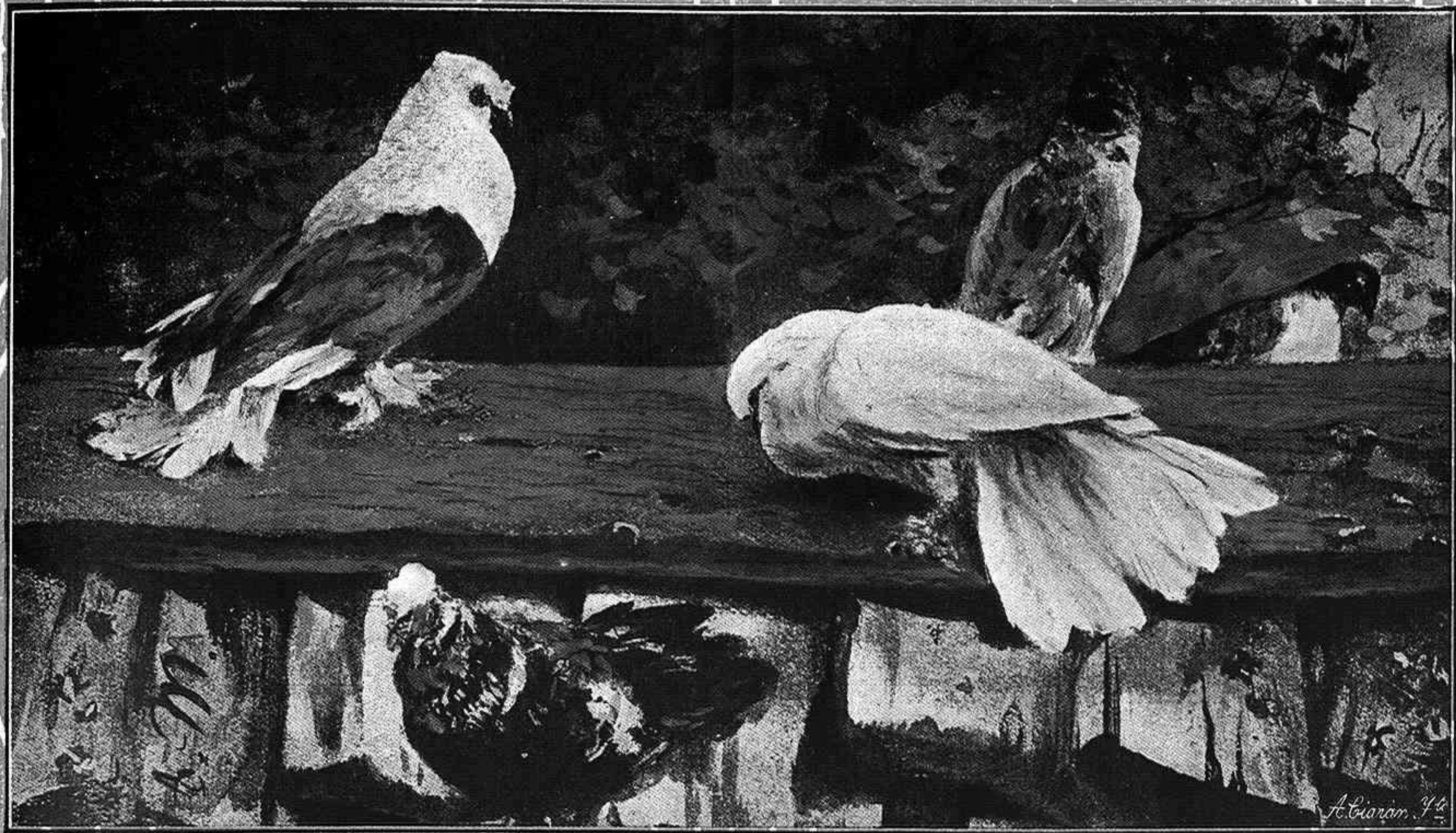
- 1 Mart. San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mrs.
- 2 Miérc. *Fiesta. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo La Candelaria)*, y san Cornelio, centurión romano.
- 3 Juev. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 Vier. San Andrés Corsino, ob., y San José de Leonisa, confesor.
- 5 Sáb. Santa Agueda, virgen y mr.; san Pedro Bautista y veinticinco compañeros, mrs. del Japón.
- 6 Dom. *de Quincuagésima*. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 Lun. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
- 8 Mart. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios. *Cierranse las velaciones.*
- 9 Miérc. *de Ceniza*. Santa Apolonia, virgen y mártir, y san Sabino, obispo.—*Principia el ayuno de Cuaresma.*
- 10 Juev. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
- 11 Vier. San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
- 12 Sáb. Santa Eulalia de Barcelona, y la primera Traslación de San Eugenio.
- 13 Dom. *I de Cuaresma*. San Benigno, y santa Catalina de Ricci, virgen.

- 14 Lun. San Valentín, presb., y el beato Juan Bautista de la Concepción.
- 15 Mart. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.—*Anima.*
- 16 Miérc. San Julián y cinco mil compañeros, mártires.—*Tempora.—Ayuno.*
- 17 Vier. San Julián de Capadocia, y sta. Constanza, mrs.
- 18 Vier. San Eladio, arzobispo de Toledo.—*Tempora.—Ayuno.*
- 19 Sáb. San Gabino, presb. y mr., y san Álvaro de Córdoba.—*Tempora.—Ayuno.—Órdenes.*
- 20 Dom. *II de Cuaresma*. San León y san Eleuterio, obs.
- 21 Lun. San Félix y san Maximiano, obispos, y san Severino, ob. y mr.
- 22 Mart. La Cátedra de San Pedro en Antioquía, y san Pascasio, ob.
- 23 Miérc. San Pedro Damiano, ob., cardenal y doctor; santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona, penitente.
- 24 Juev. San Matías, apóstol; santa Primitiva; san Modesto, ob., y san Edilberto, rey.
- 25 Vier. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastián de Aparicio.
- 26 Sáb. Santos Fortunato y Félix, mrs, y san Alejandro, obispo.—*Anima.*
- 27 Dom. *III de Cuaresma*. San Baldomero, confesor.—*Anima.*
- 28 Lun. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mrs.





# MARZO



- 1 Mart. El Santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, ob.
- 2 Miérc. San Lucio, san Pablo y san Heraclio, obispos y mrs.
- 3 Juev. Santos Emeterio y Celedonio, mártires; san Ticiano, obispo y confesor, y san Marclo, mr.
- 4 Vier. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mr.
- 5 Sáb. San Eusebio y compañeros, mrs.
- 6 Dom. *IV de Cuaresma*. Santos Víctor y Victoriano, mrs.; san Olegario, ob., y santa Coleta, virgen.—*Anima*.
- 7 Lun. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.
- 8 Mart. San Juan de Dios, fundador; san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.
- 9 Miérc. Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, ob., y santa Catalina de Bolonia, virgen.
- 10 Juev. Santos Melitón y 40 compañeros, mártires en Sebaste.
- 11 Vier. San Eulogio, presbítero y San Vicente, abad, mrs.
- 12 Sáb. San Gregorio Magno, papa y doctor, y san Bernardo, obispo y confesor.—*Ordenes*.
- 13 Dom. *de Pasión*. San Leandro, arz. de Sevilla; San Rodrigo y san Salomón.
- 14 Lun. Santa Matilde, reina, y santa Florentina, virgen.
- 15 Mart. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, y san Sisebuto, abad.
- 16 Miérc. San Julián de Anazarbo, mr.
- 17 Juev. San Patricio, ob. y conf.

- 18 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora; san Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.—*Anima*.
- 19 Sáb. *Fiesta*. SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal.—*Anima*.
- 20 Dom. *de Ramos*. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.
- 21 Lun. *Santo*. San Benito, abad y fundador.
- 22 Mart. *Santo*. Santa Catalina de Suecia, virgen.
- 23 Miérc. *Santo*. San Victoriano y compañeros, mártires, y san José Oriol, presb.—*Abstinencia de carne*.
- 24 Juev. *Santo*. San Agapito, ob. y mr.—*Abstinencia de carne*.
- 25 Vier. *Santo*. LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.—*Abstinencia de carne*.
- 26 Sáb. *Santo*. San Braulio, ob., y santa Eugenia virgen y mr.—*Abstinencia de carne*.—*Ordenes*.
- 27 Dom. PASCUA DE RESURRECCIÓN. San Ruperto, ob.
- 28 Lun. San Sixto III, papa y conf., y los santos Cástor y Doroteo, mártires.
- 29 Mart. San Eustasio, abad.
- 30 Miérc. San Juan Climaco, abad, y santa Margarita; virgen.—*Anima*.
- 31 Juev. Santa Balbina, virgen, y san Amós, profeta.

A. Guzmán '14



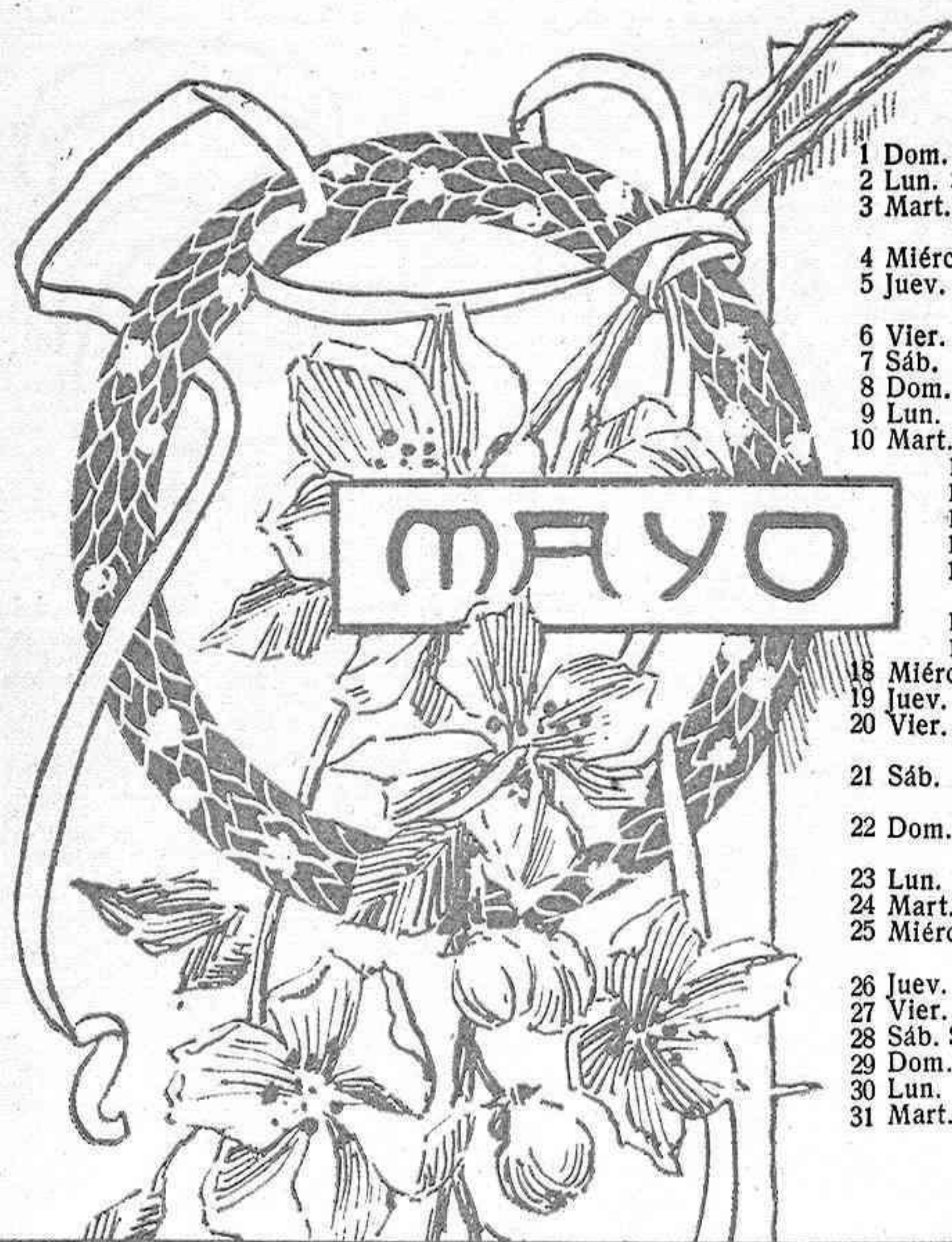
# ABRIL

- |  |   |
|--|---|
| <p>1 Vier. San Venancio, ob. y mr.<br/>         2 Sáb. San Francisco de Paula, y santa María Egipciaca.<br/>         3 Dom. de Cuasimodo ó In albis. Santos Pancracio, ob., Ulpiano mr., y Benito de Palermo, conf.<br/>         4 Lun. San Isidoro, arzobispo de Sevilla. — <i>Abrense las velaciones.</i><br/>         5 Mart. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y la beata Juliana, virgen.<br/>         6 Miérc. San Celestino, papa y mártir.<br/>         7 Juev. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.<br/>         8 Vier. San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín.<br/>         9 Sáb. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen.<br/>         10 Dom. San Daniel y san Ezequiel, profetas.<br/>         11 Lun. San León Magno, papa y doctor.<br/>         12 Mart. San Victor, mr., y San Zenón, ob.<br/>         13 Miérc. San Hermenegildo, mr.<br/>         14 Juev. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs., y san Pedro González Telmo.<br/>         15 Vier. Santas Basilisa y Anastasia, mrs.<br/>         16 Sáb. Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.<br/>         17 Dom. El Patrocinio de San José; san Aniceto, papa y mr.; la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro.</p> | <p>18 Lun. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.<br/>         19 Mart. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mrs.<br/>         20 Miérc. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.<br/>         21 Juev. San Anselmo, obispo y doctor.<br/>         22 Vier. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.<br/>         23 Sáb. San Jorge, mártir; san Félix, presbítero, y Nuestra Señora de las Batallas.<br/>         24 Dom. San Fidel de Sigmaringa, mr., y san Gregorio, ob.<br/>         25 Lun. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.—<i>Letanias mayores.</i><br/>         26 Mart. Santos Cleto y Marcelino, papas y mártires; la Traslación de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.<br/>         27 Miérc. Santos Anastasio, papa y mártir; Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.<br/>         28 Juev. San Prudencio, obispo; san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.<br/>         29 Vier. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, primer abad del Cister.<br/>         30 Sáb. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis.</p> |
|--|---|

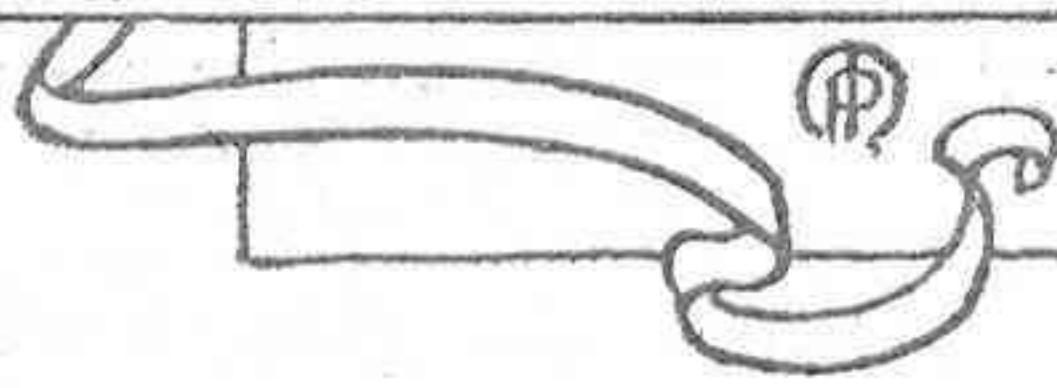


A. G. ...

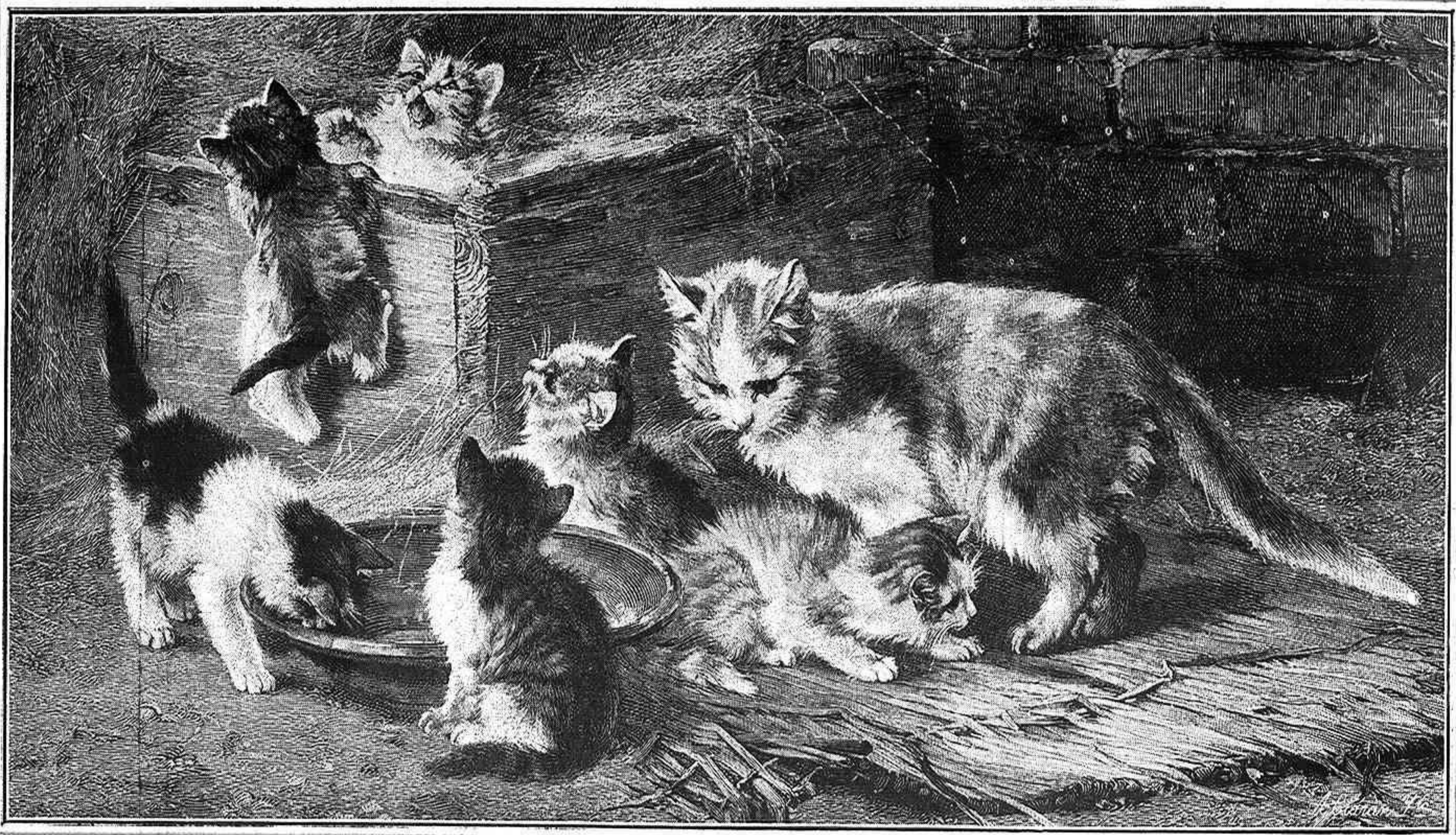
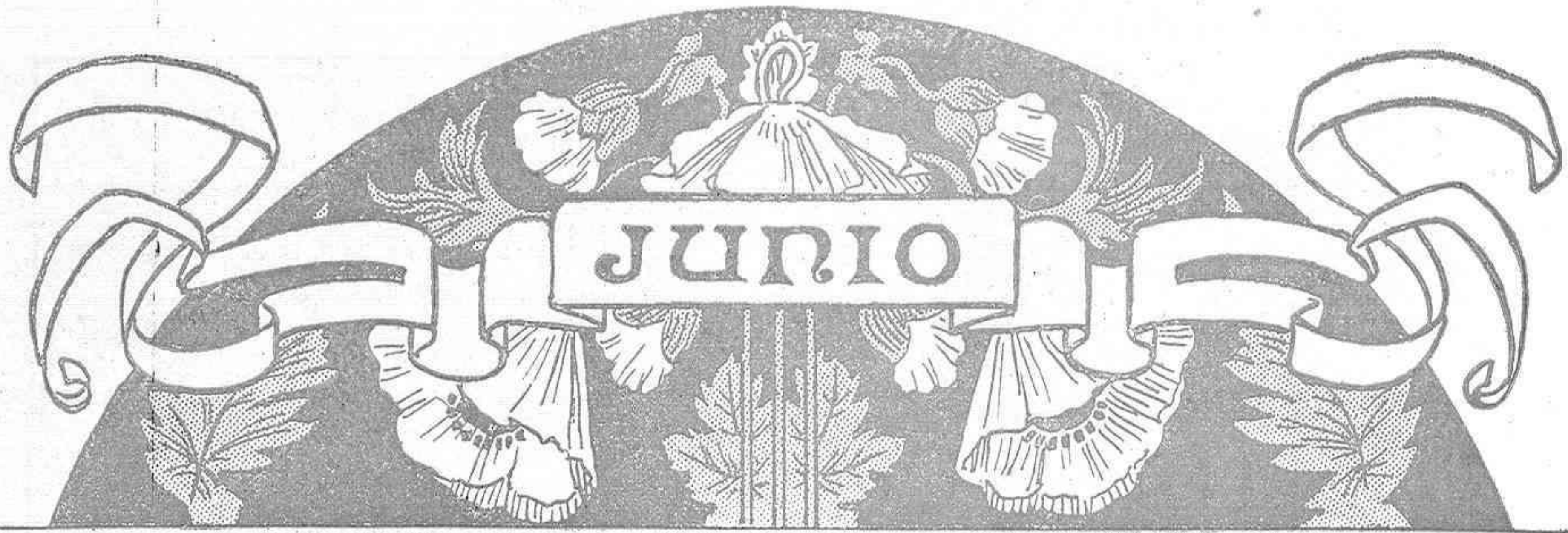




- 1 Dom. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles.
- 2 Lun. San Atanasio, ob. y doctor.—*Fiesta Nacional.*—*Letanias.*
- 3 Mart. La Invención de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa; Evencio y Teódulo, mrs.—*Letanias.*
- 4 Miérc. Santa Mónica, madre de San Agustín.—*Letanias.*
- 5 Juev. *Fiesta.* LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR; San Pío V, papa, y la Conversión de San Agustín.
- 6 Vier. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista.
- 7 Sáb. San Estanislao, ob. y mr.
- 8 Dom. Ntra. Sra. de los Desamparados, y la Aparición del arcángel San Miguel.
- 9 Lun. San Gregorio Nacianzeno, ob. y doctor.
- 10 Mart. San Antonino, arz. de Florencia.
- 11 Miérc. Santos Mamerto, ob., y Anastasio, mr.
- 12 Juev. Santo Domingo de la Calzada, conf., y santa Domitila, mr.
- 13 Vier. San Pedro Regalado, conf.
- 14 Sáb. San Bonifacio y san Víctor, mrs.—*Abstinencia de carne.*
- 15 Dom. PASCUA DE PENTECOSTÉS; SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato, ob.
- 16 Lun. San Juan Nepomuceno, y san Ubaldo, ob.
- 17 Mart. San Pascual Bailón, conf.
- 18 Miérc. Santos Venancio, mr., y Félix de Cantalicio, conf.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 19 Juev. San Pedro Celestino, papa.—*Anima.*
- 20 Vier. San Bernardino de Sena, confesor, y san Baudillo y san Alejandro, mártires.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 21 Sáb. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mr.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*—*Anima.*
- 22 Dom. La Santísima Trinidad; santa Rita de Casia, viuda, y santas Quiteria y Julia, vírgenes y mrs.
- 23 Lun. La Aparición de Santiago, apóstol.
- 24 Mart. San Robustiano, mr., y la Traslación de santo Domingo de Guzmán.
- 25 Miérc. San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.
- 26 Juev. *Fiesta.* SANCTISIMUM CORPUS CHRISTI, y San Felipe Neri, conf.
- 27 Vier. San Juan, papa y mr.
- 28 Sáb. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, conf.
- 29 Dom. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.
- 30 Lun. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mr.
- 31 Mart. Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, y santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mrs.







- 1 Miérc. San Segundo, ob., y mr.; san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mrs.
- 2 Juev. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.
- 3 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús, san Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf.
- 4 Sáb. San Francisco Caracciolo, fundador.
- 5 Dom. El Purísimo Corazón de María, y san Bonifacio, ob. y mr.
- 6 Lun. San Norberto, arz., fundador de la Orden Premonstratense.
- 7 Mart. San Pedro y compañeros, mártires, monjes de Córdoba.
- 8 Miérc. San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.
- 9 Juev. Santos Primo y Feliciano, hermanos, mártires.
- 10 Vier. Santa Margarita, reina de Escocia; santos Crispulo y Restituto, mrs.
- 11 Sáb. San Bernabé, apóstol; san Félix y san Fortunato.
- 12 Dom. Santos Juan de Sahagún; Onofre, anacoreta, y Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.
- 13 Lun. San Antonio de Padua, confesor, y san Fandila, mártir en Córdoba.
- 14 Mart. Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.
- 15 Miérc. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mrs.



- 16 Juev. San Juan Francisco Regis; san Quirico y santa Julita, mrs., y santa Lutgarda, virgen.
- 17 V.er. San Manuel y compañeros, mártires; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Sáb. Santos Marco y Marcelliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Dom. Santa Juliana de Falconeri, virgen; san Gervasio, san Protasio, y san Lamberto, mártires.
- 20 Lun. San Silverio, papa y mártir; santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.
- 21 Mart. San Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo, obispo.
- 22 Miérc. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.
- 23 Juev. San Juan, presb. y mr., y santa Agripina, virgen y mr.
- 24 Vier. La Natividad de san Juan Bautista.
- 25 Sáb. San Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
- 26 Dom. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Lun. San Zolilo, mr. y san Ladislao, rey de Hungría.
- 28 Mart. San León II, papa, y san Argimiro, mr.  
—Ayuno con abstinencia de carne.
- 29 Miérc. **FIESTA. SAN PEDRO Y SAN PABLO**, apts.
- 30 Juev. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, obispo.

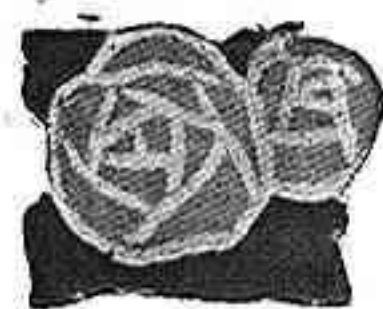


# CALENDARIO

- 1 Vier. Santos Casto y Secundino, mrs.
- 2 Sáb. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mrs.
- 3 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; san Trifón y compañeros, y el beato Raimundo Lullo, todos mártires.
- 4 Lun. San Laureano, ob. y mr. y el beato Gaspar Bono.
- 5 Mart. Santos Cirilo y Metodio, obs.; san Miguel de los Santos, y santa Zoa, mr.
- 6 Miérc. Santa Lucía, mr.
- 7 Juev. San Fermín, ob. y mr.; san Odón, ob., y san Lorenzo de Brindis, conf.
- 8 Vier. Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 Sáb. Santos Cirilo, Zenón y Alejandro, mrs.
- 10 Dom. Santa Amalia ó Amelia, vg., y las stas. Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.
- 11 Lun. San Pío I, papa y mr., y Santa Verónica de Jullianis, virgen.
- 12 Mart. Santos Juan Gualberto, abad, Nabor y Félix, mrs., y sta. Marciana, vg. y mr.
- 13 Miérc. San Anacleto, papa y mr.
- 14 Juev. San Buenaventura, ob. y doctor.
- 15 Vier. San Camilo de Lellis, fundador de los Agonizantes, y san Enrique, emperador.
- 16 Sáb. Nuestra Señora del Carmen, el Triunfo de la Sta. Cruz, y san Sisenando, diác.
- 17 Dom. San Alejo, conf., y san León IV, papa y conf.
- 18 Lun. Santa Sinfarosa y sus siete hijos; san Federico, ob., y santa Marina, vg., mrs.
- 19 Mart. San Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad.
- 20 Miérc. San Elías, profeta; san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, vírgenes.
- 21 Juev. Santa Práxedes, virgen; san Víctor y san Alejandro.
- 22 Vier. Santa María Magdalena, penitente.
- 23 Sáb. San Apolinar, ob. y mr., y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires.—*Ayuno.*
- 24 Dom. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, conf.
- 25 Lun. *Fiesta.* SANTIAGO, APOSTOL, patrón de España, y san Cristóbal, mr.
- 26 Mart. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María, y san Jacinto, mr.
- 27 Miérc. Santos Pantaleón y Cucufate, mrs., y santas Juliana y Semproniana, vírgenes y mrs., patronas de Mataró.
- 28 Juev. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mrs.; san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás.
- 29 Vier. Santa Marta, vg., y los stos. Félix II, papa; Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.
- 30 Sáb. San Abdón, san Senén y san Rufino, mrs.; san Teodomiro, ob., y santas Julita y Segunda, mrs.
- 31 Dom. San Ignacio de Loyola, conf., fundador de la Compañía de Jesús; santos Demócrito, Segundo, y Dionisio, y santa Elena, mrs.



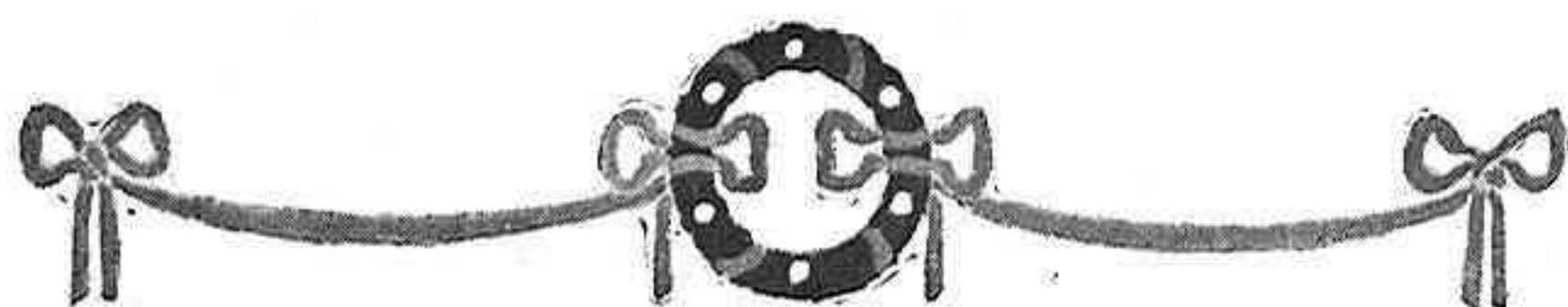




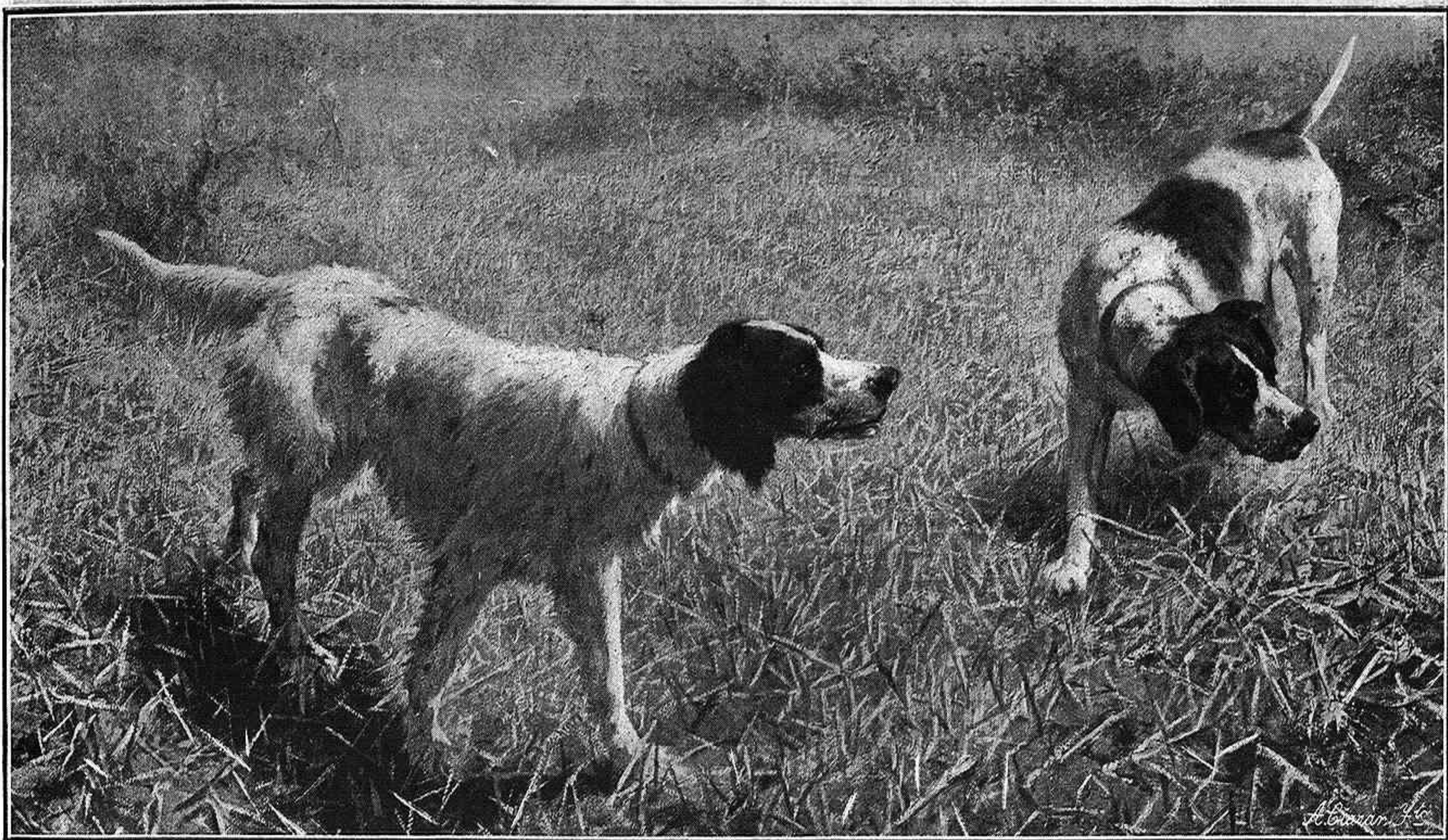
## AGOSTO



- |  |   |
|--|---|
| <p>1 Lun. San Pedro Advíncula, y san Félix, mártir de África.<br/>         2 Mart. Nuestra Señora de los Angeles; san Alfonso María de Li-<br/>         gorio; san Pedro, obispo de Osma, y la beata Juana de<br/>         Aza.—<i>Jubileo de la Porciúncula.</i><br/>         3 Miérc. La Invencción del cuerpo de San Esteban, protomártir.<br/>         4 Juev. Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Pre-<br/>         dicadores, conf.<br/>         5 Vier. Nuestra Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo, abad.<br/>         6 Sáb. La Transfiguración del Señor, los santos niños Justo y Pas-<br/>         tor, mrs., patronos de Alcalá de Henares, y san Sixto II,<br/>         papa y mr.<br/>         7 Dom. San Cayetano, fundador de los Teatinos; san Alberto de Si-<br/>         cilia y san Donato, ob. y mr.<br/>         8 Lun. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.<br/>         9 Mart. San Román, mr.<br/>         10 Miérc. San Lorenzo, diácono, mr., y santa Filomena, virgen y mr.<br/>         11 Juev. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.<br/>         12 Vier. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.<br/>         13 Sáb. Santos Hipólito y Casiano, y santas Centola y Elena, mrs.—<br/> <i>Avuno con abstinencia de carne.</i><br/>         14 Dom. San Eusebio, presb., y san Pablo, diácono y mr.<br/>         15 Lun. <i>Fiesta.</i> LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA; san Alipio, ob.,<br/>         y san Estanislao de Kostka, conf.</p> | <p>16 Mart. Santos Roque y Jacinto, confesores.<br/>         17 Miérc. San Pablo y santa Juliana, hermanos, mrs.<br/>         18 Juev. San Agapito, mr., y santa Elena, emperatriz.<br/>         19 Vier. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.<br/>         20 Sáb. San Bernardo, abad y doctor.<br/>         21 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora; santa Juana Fran-<br/>         cisca Fremiot de Chantal, fundadora, y san Filiberto.<br/>         22 Lun. Santos Timoteo, Hipólito, ob., y Sinfiriano, mrs.<br/>         23 Mart. San Felipe Benicio, conf.; san Cristóbal y san Leovigildo,<br/>         mártires de Córdoba.<br/>         24 Miérc. San Bartolomé, apóstol.<br/>         25 Juev. San Luis, rey de Francia; san Ginés de Arlés, y los beatos<br/>         Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.<br/>         26 Vier. Santos Ceferino, papa, y Victor, presb., mrs.<br/>         27 Sáb. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, y san<br/>         Rufo, ob.<br/>         28 Dom. San Agustín, ob. y doctor; san Hermes y san Pelayo, mrs.<br/>         29 Lun. La Degollación de San Juan Bautista; santa Sabina y santos<br/>         Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mrs.<br/>         30 Mart. Santa Rosa de Lima, virgen, y santos Félix y Aducto,<br/>         mártires.<br/>         31 Miérc. San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val,<br/>         niño mr.</p> |
|--|---|

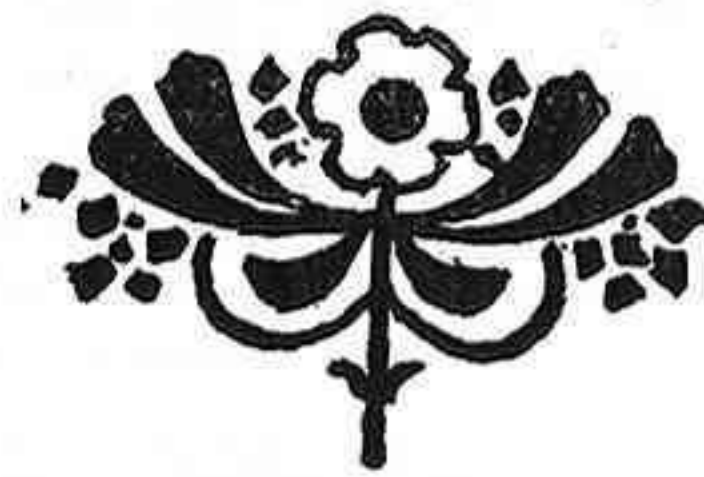
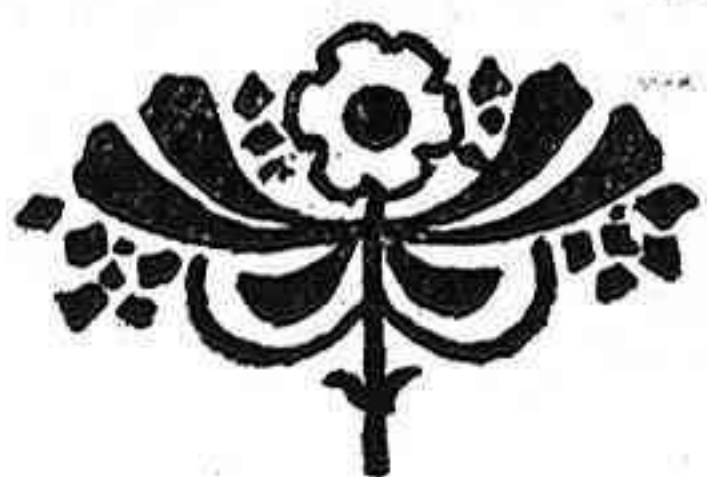






# SEPTIEMBRE

- |   |   |
|---|---|
| <p>1 Juev. San Gil, abad; los santos Vicente y Leto, mártires de Toledo, y santa Ana, profetisa.</p> <p>2 Vier. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mr., patrón de Palencia.</p> <p>3 Sáb. San Sandalío, mr.; san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesús y Gabriel de la Magdalena.</p> <p>4 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa; santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vírgenes.</p> <p>5 Lun. San Lorenzo Justiniano, ob.; santa Obdulia, virgen y mr., y la Conmemoración de san Julián, obispo de Cuenca.</p> <p>6 Mart. San Eugenio y compañeros, mrs.</p> <p>7 Miérc. Santa Regina, virgen y mr.</p> <p>8 Juev. <i>Fiesta.</i> LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrián, mr.</p> <p>9 Vier. San Gregorio, mr., y santa María de la Cabeza.</p> <p>10 Sáb. San Nicolás de Tolentino, y san Pedro, obispo de Compostela.</p> <p>11 Dom. El Dulce Nombre de María; santos Proto y Jacinto, hermanos, mrs.</p> <p>12 Lun. San Leoncio y compañeros, mrs., y san Vicente, abad.</p> <p>13 Mart. San Felipe, mr.</p> <p>14 Miérc. La Exaltación de la Santa Cruz.</p> <p>15 Juev. San Nicomedes, presb. y mr.; san Emiliano, diácono, y san Jeremías, mártir de Córdoba.</p> <p>16 Vier. San Cornelio, papa; san Cipriano, ob.; santas Eufemia y Lucía, y san Geminiano, todos mártires.</p> | <p>17 Sáb. La Impresión de las Llagas de san Francisco de Asís; san Pedro Arbués, mr., y santa Columba, virgen y mr.</p> <p>18 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora; santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, conf.</p> <p>19 Lun. San Jenaro, ob., y compañeros, mrs.; santa Pomposa, virgen y mr., y el beato Alonso de Orozco, conf.</p> <p>20 Mart. San Eustaquio y compañeros, mrs.; san Rogelio y san Siervo de Dios, mártires de Córdoba.</p> <p>21 Miérc. San Mateo, apóstol y evangelista.—<i>Témpora.</i>—<i>Ayuno.</i></p> <p>22 Juev. San Mauricio y compañeros, mrs.; santos Florencio y Santino, obispos.</p> <p>23 Vier. San Lino, papa; santa Tecla, virgen y mr., y las santas Jan-tipa y Polixena.—<i>Témpora.</i>—<i>Ayuno.</i></p> <p>24 Sáb. Nuestra Señora de las Mercedes; san Gerardo, ob. y mr.; santos Tirso, Félix y Patricio, mrs., y san Rústico, obispo y conf.—<i>Témpora.</i>—<i>Ayuno.</i>—<i>Ordenes.</i></p> <p>25 Dom. San Lope, ob., y san Formerio, mr.</p> <p>26 Lun. San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs.</p> <p>27 Mart. Santos Cosme y Damián, hermanos, mrs.</p> <p>28 Miérc. San Wenceslao, duque de Bohemia; san Adolfo y san Juan, mrs., y santa Eustoquia, virgen.</p> <p>29 Juev. La Dedicación del Arcángel san Miguel, y santos Fraterno, Eutiquio y Plauto, mrs.</p> <p>30 Vier. San Jerónimo, presb. y doctor; san Honorio y san Gregorio y santa Sofía, viuda.</p> |
|---|---|



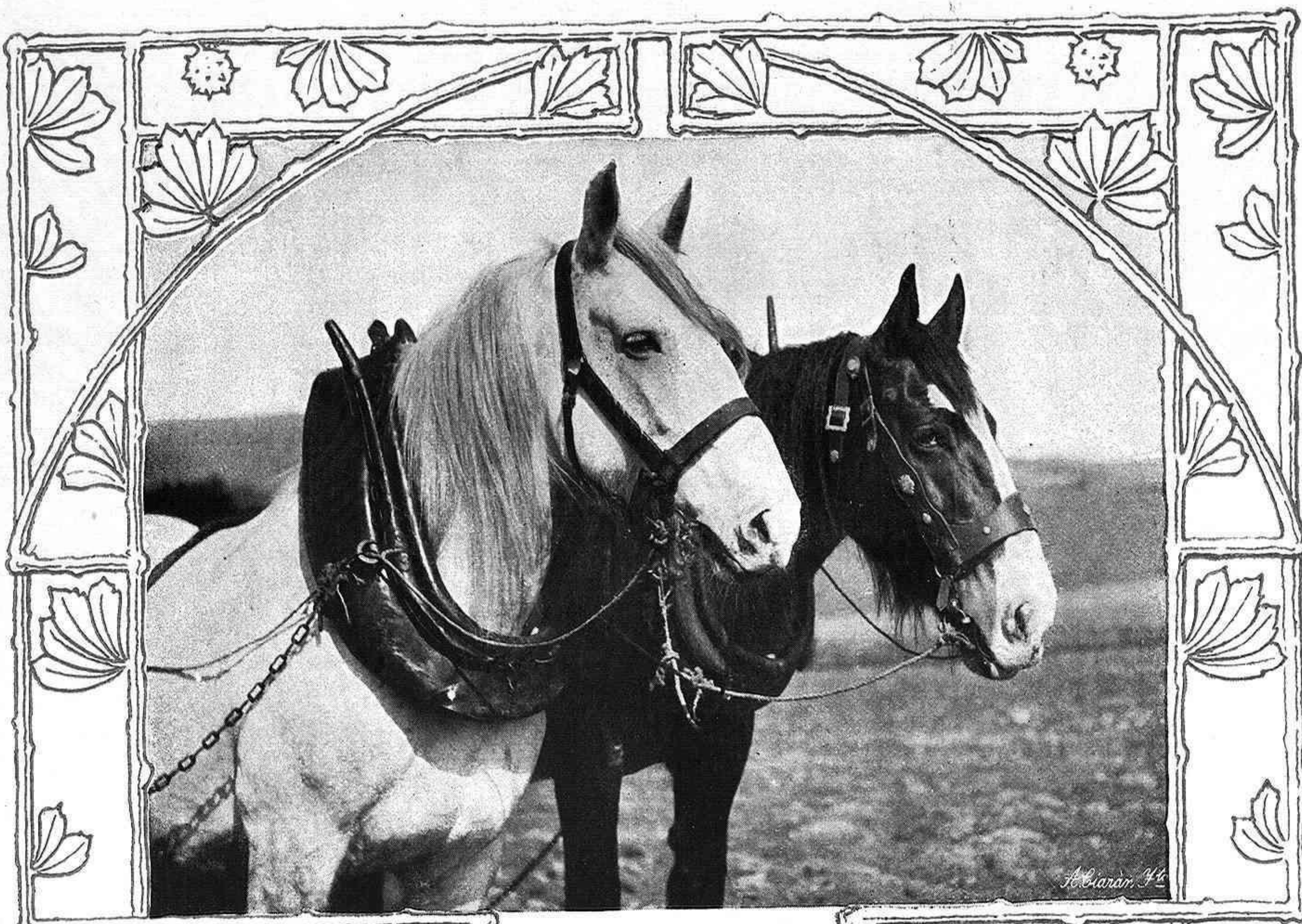


# OCTUBRE



- 1 Sáb. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, ob.  
 2 Dom. Nuestra Señora del Rosario; los santos Angeles Custodios; san Olegario, ob. y mr., y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.  
 3 Lun. Santos Cándido y Dionisio y compañeros, mrs., y san Gerardo, abad.  
 4 Mart. San Francisco de Asis, fundador de la Orden de los Menores.  
 5 Miérc. San Plácido y compañeros, mrs.; san Froilán y san Atilano, obispos.  
 6 Juev. San Bruno, fundador de los Cartujos; san Román, ob., y santa Fe, mr.  
 7 Vier. San Marcos, papa, y los santos Sergio y compañeros, mrs.  
 8 Sáb. Santa Brígida, viuda y fundadora.  
 9 Dom. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mártires.  
 10 Lun. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.  
 11 Mart. San Fermín, ob., y san Nicasio, ob. y mr.  
 12 Miérc. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Félix y san Cipriano, obispos y mrs.  
 13 Juev. San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mrs.  
 14 Vier. San Calixto, papa y mr.  
 15 Sáb. Santa Teresa de Jesús, fundadora de las Carmelitas descalzas y compatrona de las Españas.  
 16 Dom. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.  
 17 Lun. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.  
 18 Mart. San Lucas, evangelista, y san Justo, mr.  
 19 Miérc. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria, y santa Pelagia, virgen y mr.  
 20 Juev. San Juan Cancio, presb., y santa Irene, virgen y mr.  
 21 Vier. San Hilarión, abad; santa Ursula y compañeras, vírgenes y mrs.  
 22 Sáb. Santa Salomé, viuda, y santas Nunilo y Alodia, vírgenes y mártires.  
 23 Dom. San Pedro Pascual, ob. y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán, patronos de Cádiz.  
 24 Lun. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, ob.  
 25 Mart. San Crisanto y santa Daría; santos Gabino, Proto, Jenaro, Crispín y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patrón de Segovia.  
 26 Miérc. San Evaristo, papa y mr., y santos Luciano, Marciano y Valentin, mrs.  
 27 Juev. San Vicente y santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs.  
 28 Vier. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles, y san Cirilo mártir.  
 29 Sáb. San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mr.  
 30 Dom. Stos. Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mártires, y san Alonso Rodríguez.  
 31 Lun. San Quintín, mártir, y la Conmemoración de la batalla del Salado.—Ayuno.

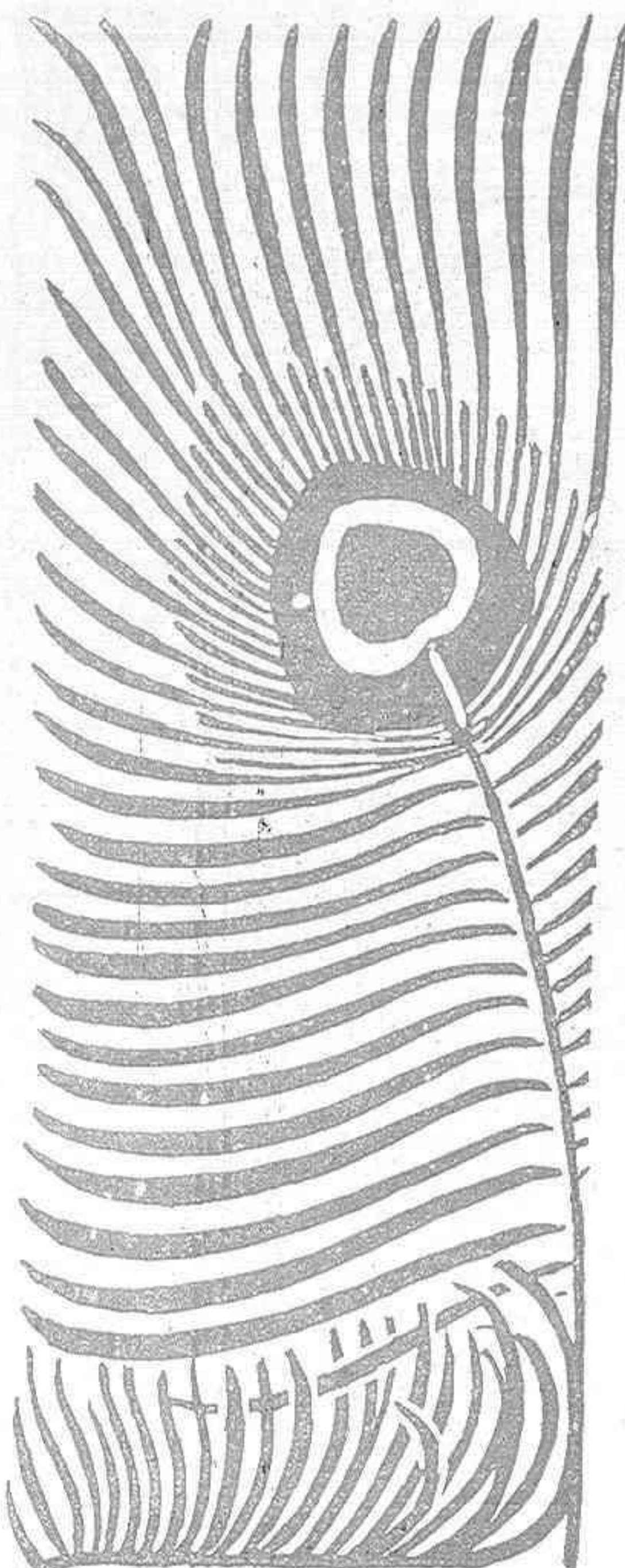




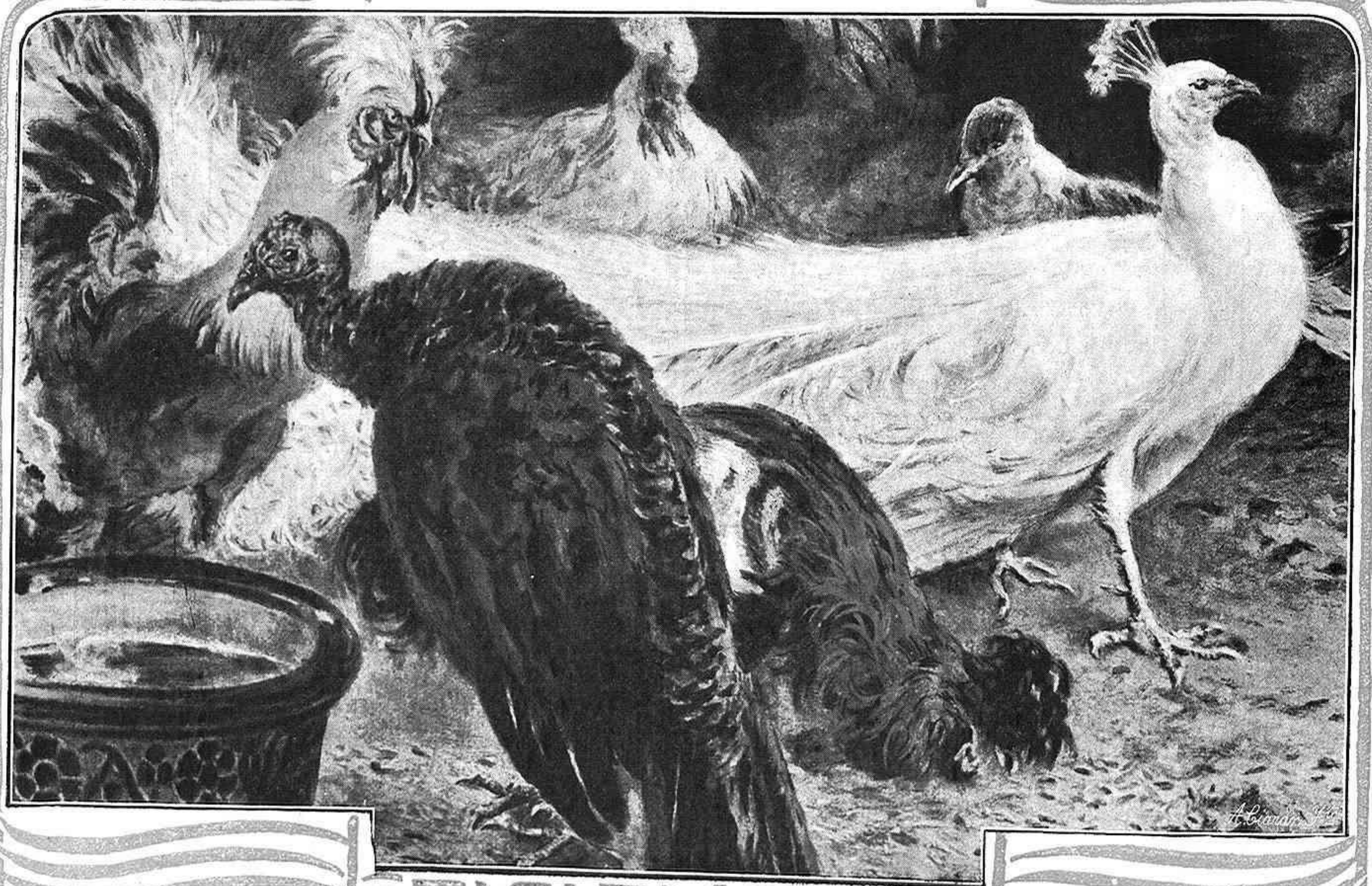
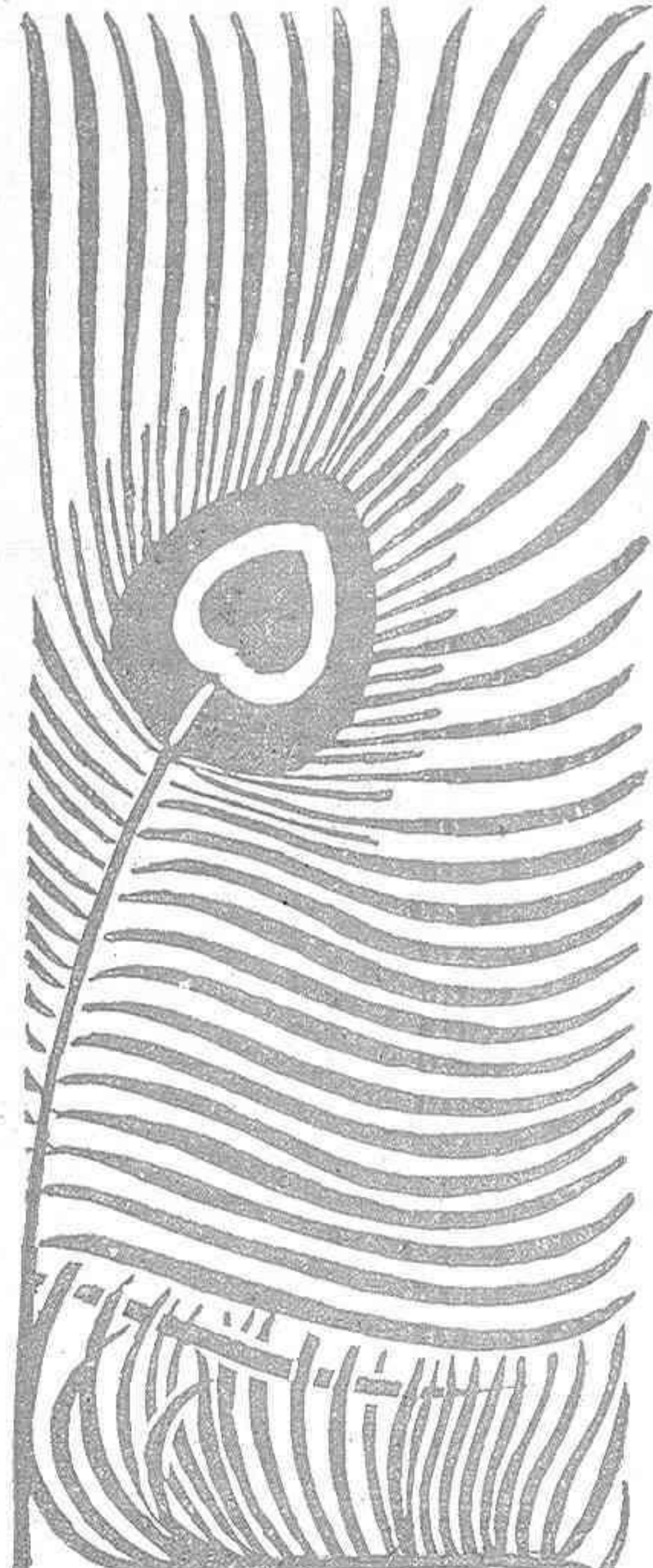
## NOVIEMBRE

- 1 Mart. *Fiesta*. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Miérc. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mr.
- 3 Juev. Los Innumerables Mártires de Zaragoza, y san Armengol ó Ermenegol, ob.
- 4 Vier. San Carlos Borromeo, arz., y san Vidal, mr.
- 5 Sáb. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres del Bautista.
- 6 Dom. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.
- 7 Lun. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Mart. Santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.
- 9 Miérc. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.
- 10 Juev. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 Vier. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Sáb. San Martín, papa y mártir; san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.
- 13 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora; San Eugenio III, arzobispo de Toledo, y San Homobono, confesor.
- 14 Lun. San Serapio, mr., y santos Lorenzo y Rufo, obispos.
- 15 Mart. San Leopoldo, conf., y san Eugenio I, arzobispo de Toledo.
- 16 Miérc. San Rufino y compañeros, mártires, y Santa Inés de Asís, virgen.
- 17 Juev. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 Vier. La Dedicación de la Basílica de san Pedro y san Pablo, en Roma, y santos Máximo y Román.
- 19 Sáb. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 Dom. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.
- 21 Lun. La Presentación de Nuestra Señora, y los santos Rufo, ob. y conf., y Esteban, mr.
- 22 Mart. Santa Cecilia, virgen y mr.
- 23 Miérc. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mrs.
- 24 Juev. San Juan de la Cruz; san Crisógono, mártir; santas Flora y María, vírgenes.
- 25 Vier. Santa Catalina, virgen y mr.; san Moisés, y san Erasmo, mr.
- 26 Sáb. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mártir. — *Ciérranse las velaciones.*
- 27 Dom. *I de Adviento*. Santos Façundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 Lun. San Gregorio III, papa.
- 29 Mart. San Saturnino, ob. y mr.
- 30 Miérc. San Andrés, apóstol, y san Cástulo, mr.





- 1 Juev. Santa Natalia, viuda; san Lucio y san Casiano, mártires.
- 2 Vier. Santa Bibianca, virgen y mr.; san Pedro Crisólogo, obispo, y santa Elisa, virgen.—Ayuno.
- 3 Sáb. San Francisco Javier, conf.; san Claudio y santa Hilaria, mrs.—Ayuno.
- 4 Dom. *II de Adviento*. Santa Bárbara, virgen y mr., y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón.
- 5 Lun. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.
- 6 Mart. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
- 7 Miérc. San Ambrosio, ob. y doctor.
- 8 Juev. *Fiesta*. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
- 9 Vier. Santa Leocadia, virgen y mr., patrona de Toledo.—Ayuno.
- 10 Sáb. La Traslación de la Santa Casa de Loreto; san Melquiades, papa y mr.; santas Eulalia (ú Olla) de Mérida, y santa Julia, vírgenes y mártires.—Ayuno.
- 11 Dom. *III de Adviento*. San Dámaso, papa, y san Sabino.
- 12 Lun. Nuestra Señora de Guadalupe, de Méjico; san Hermógenes y san Donato y compañeros, mrs.
- 13 Mart. Santa Lucía, virgen y mr., y el beato Iuan de Maríoni, conf.
- 14 Miérc. San Nicasio, ob. y mr.; san Espiridión y san Pompeyo, obispos.—*Témpora*.—Ayuno.
- 15 Juev. San Eusebio de Vercelí, ob. y mr.; san Eusebio y san Faustino, mrs.
- 16 Vier. San Valentín y comps., mrs.—*Témpora*.—Ayuno.
- 17 Sáb. San Lázaro, ob. y mr.; san Franco de Sena, conf., y santa Olimpia (ú Olimpiades), viuda constantinopolitana.—*Témpora*.—Ayuno.—*Ordenes*.
- 18 Dom. *IV de Adviento*. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo la Virgen de la O).
- 19 Lun. San Nemesio, mr.
- 20 Mart. Santo Domingo de Silos, abad, y san Julio, mr.
- 21 Miérc. Santo Tomás, apóstol.
- 22 Juev. San Demetrio y compañeros, mrs.
- 23 Vier. Santa Victoria, virgen y mr.—Ayuno.
- 24 Sáb. San Gregorio, presb. y mr.—Ayuno con abstinencia de carne.
- 25 Dom. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia, mr.
- 26 Lun. San Esteban, protomártir.
- 27 Mart. San Juan, apóstol y evangelista.
- 28 Miérc. Los Santos Inocentes, mrs.
- 29 Juev. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.
- 30 Vier. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, ob.
- 31 Sáb. San Silvestre, papa y conf., y santa Melania, viuda.



# DICIEMBRE





MATERNIDAD  
Cuadro de Marchi.





EL PÁJARO VOLÓ  
Cuadro de Spadoni.



## Frases corrientes.

MUCHAS veces me ha ocurrido pensar en la rara fortuna de algunos dichos que se les ocurrieron, Dios sabe á quiénes y sabe Dios cuándo, y que tan bien parecieron á todo el mundo, que los adoptó desde luego, y por el uso constante los hizo llegar hasta nosotros de generación en generación.

He de advertir que no me refiero á aquellos pensamientos y sentencias de sabios y de literatos, que así por la profundidad ó el ingenio que encierran, como por la gran autoridad de los que los pronunciaron ó escribieron, han pasado á la posteridad á fuerza de ser repetidos en citas y comentarios. Tampoco me refiero á los refranes, que, según los entendidos en la materia, son expresión de una ley aprendida en la experiencia, que poco á poco, en lenta elaboración, ha ido tomando la forma más sencilla y más breve, y que, buscando el modo de grabarse en la memoria de las gentes, ha adoptado el verso, la rima ó cuando menos el sonsonete que tienen la mayor parte de los castellanos.

Me limito, para decirlo de una vez, á aquellos dichos de autor totalmente ignorado que se refieren á cosas vulgares de la vida y que consisten en una comparación cuya exactitud y oportunidad debieron de parecer admirables á cuantos los oyeron decir, cuando así los adoptaron y repitieron durante siglos.

Porque los hay que lo mismo en el lejano día en que se inventaron, que en éste que los seguimos diciendo, expresan perfectamente su sentido. Negro como *boca de lobo*, feo como *una noche de truenos*, largo como *un día sin pan*, alegre como *unas pascuas*, ligero como *una liebre*, sordo como *una tapia*, bueno como *el buen pan*, son dichos que convencen, y se explica perfectamente que se apresurara á adoptarlos nuestro pueblo, tan propenso y aficionado al lenguaje metafórico, en lo que demuestra, á mi juicio, que tiene mucho más de poeta que de músico ni de loco, á pesar del refrán que asegura que todos tenemos un poco de las tres cosas.

Pero hay otras muchas frases que por el movimiento adquirido continúan viviendo en nuestra conversación y se hallan consagradas en el léxico, de las cuales no acertamos á darnos cabal cuenta, sin duda por haber cambiado mucho con el transcurso del tiempo el modo de ver y de juzgar ciertas cosas de entonces.

Carezco yo en este instante de los estudios y apuntes previos que serían necesarios para examinar metódicamente tales dichos; pero aun cogiendo al azar los primeros que acudan á la evocación de

la memoria, creo que podré justificar mi asombro y mi extrañeza.

Desandando el camino y remontándonos al tiempo en que las frases se inventaron, hemos de convenir en que, así los autores como el público que las admitió, entendían que los términos elegidos para el símil eran los que con más relieve y acentuación expresaban la idea en la forma hiperbólica ó por excelencia.

Pues bien: para expresar la fortuna de un suceso próspero aumentada con la añadidura de otro igualmente venturoso, se decía y aun hoy se repite: *Eso es miel sobre hojuelas.*

Sabido que la hojuela es una humildísima fruta de sartén, y conocido el valor de la miel, que ha desaparecido de los dominios de la confitería fina, derrotada por el azúcar, hemos de convenir en que ni el autor del dicho ni los que le encontraron admirable estaban á gran altura en el ramo de repostería.

No sé yo lo que le parecerá al bondadoso lector esta golosina; pero de mí sé decir que si me sirvieran de postre las tales hojuelas, por mucha miel que las pusieran por encima, no me darían la sensación de una felicidad, y menos de dos.

Verdad es que aquellos venerables antepasados no andaban tampoco muy acertados en el ramo de cocina, si hemos de juzgar de su predilección por otra frase de las más usadas.

Para ponderar y encarecer la importancia de un convite, se decía: *Habrà arroz y gallo muerto.*

No está mal el arroz, ni tampoco el gallo, aunque indudablemente resultará mucho más duro de cocer que el pollo, y muy lógico parece que, tratándose de un convite, se advierta que el gallo en cuestión estará muerto, dado lo desagradable que debe resultar comer gallos vivos; pero ¿no conocían otro plato de más importancia para despertar el apetito y la ilusión del invitado? Sin salir de la esfera de la volatería, ¿dónde estaban entonces los pichones, las codornices, las perdices, los pavos y los faisanes, que no lograban disputar al gallo la primacía de los platos succulentos?

No más adelantados que en la caza me parece que andaban en la fruta, pues cuando acudían al reino vegetal para buscar algo que representase el gran valor de una buena prebenda, decían que era aquella *una buena breva*. Libreme Dios de execrar este almibarado fruto de la higuera, pero por más vueltas que le doy no acabo de explicarme su preferencia sobre el pintado albaricoque, la jugosa y lustrosa guinda, la carnosa pera, el aterciopelado melocotón, la jugosa ciruela, el substancioso melón, la refrigerante y alegre sandía, la perfumada fresa, las transparentes y gustosas uvas y tantas otras frutas superiores á la blanducha y pringosa breva.



Decididamente hemos cambiado mucho en los gustos de la mesa y también en la urbanidad de los comensales, pues no hay sino recordar otra frase corriente. Para significar que una persona estaba convidada á un banquete de alguna importancia se decía que iba á estar *de servilleta prendida*, lo cual claramente indica que en las comidas caseras y sin importancia no se ponía nadie la servilleta, que sin duda se reservaba para las grandes solemnidades.

No me extraña que así fuera, cuando era también costumbre decir para celebrar la excelencia de un manjar, que con él se iba uno *á chupar los dedos*. Admitido el chuparse los dedos detrás de los buenos platos, resulta en verdad menos necesaria la servilleta.

En cuestiones de aseo la humanidad ha debido de progresar mucho. Una de las exclamaciones de extrañeza ante el desenfado y la frescura ajenas, era decir que había hecho esto ó lo otro... *con sus manos lavadas*.

Al lado de estas deficiencias existían otras excelentes condiciones de sobriedad y de modestia realmente encantadoras, que para nosotros las quisiéramos en los tiempos que corremos.

El colmo del lujo y de la compostura en una mujer era ir *de veinticinco alfileres*, cosa, en verdad, de muy reducido precio. Hoy sería preciso decir, para expresar la misma idea, que iba de veinticinco mil francos. Los francos visten más todavía que las pesetas.

También las criaturas, tan insaciables en sus caprichos, eran entonces de bueno y facilísimo contentamiento. El prototipo de la satisfacción y de la alegría era un chico *con zapatos nuevos*. ¡Cómo han cambiado los tiempos! ¡Sin cosas que necesita estrenar un chico de nuestros días para regocijarse!

En el ramo de joyería también se conoce que andaban más limitadas las aspiraciones de la gente. No se mencionaban para calificar el gran valor de una cosa, rubíes, turquesas, esmeraldas ni brillantes, sino únicamente las perlas. *Una perla* era toda cosa preciosa ó exquisita en su clase, y *de perlas* parecía lo que encontraban perfecto y venido como de molde.

Solamente superaba en valor á la perla el oro cuando estaba molido, pues para atestiguar lo dispuestos que estaban á conceder cuanto se les pidiera decían como un colmo: *Oro molido que fuera*.

Para las cuestiones de finura todavía aventajaba al oro molido y á las perlas otra cosa cuyo valor ha descendido mucho desde entonces. Por algo se decía *más fino que el coral*.

En otro orden de ideas me ha chocado mucho siempre lo antipática que era para los antiguos la contabilidad. Anuncio de una reconversión severa

era el decir que se iba á enseñar á una persona *cuántas son cinco*, y si se pensaba en tomar una resolución enérgica contra alguno, se decía que le iban *á ajustar las cuentas*.

Gran parte de estos símiles de uso vulgar y corriente están tomados del reino vegetal, y á poco que uno se fije en ellos tiene que acusar á sus inventores de arbitrarios en la gratuita adjudicación de defectos humanos á inocentes vegetales.

Comprendo que se dijera y que se siga diciendo hasta la consumación de los siglos, de un carácter áspero y desagradable, que es *como un cardo*, y que se saque á colación la frescura de la lechuga y lo picante de la guindilla; pero ¿con qué justicia se ha señalado como tipos de la brutalidad y la torpeza al camueso y al alcornoque? ¿Dónde está el mayor talento del peral, del pino ni del palosanto? Y en esfera más humilde, ¿qué pecado han cometido las fecundas y nutritivas habas para que á la planta que las produce se la considere como el arquetipo de la tontería?

Hay árboles á los que el vulgo ha tenido el capricho de atribuir muy mala sombra. *Estar en la higuera* y *caerse de un guindo* son frases que denotan ignorancia ó simplicidad supinas, mientras nada tiene de particular estar sobre un nogal ó caerse de un manzano. Pero ¿qué se va á esperar de la justicia de una gente para con los vegetales si motejaban inicualemente al honrado y sincero olmo porque *nunca dió peras*?

Aun de todo lo vegetal, lo más despreciable y lo más penoso, sin duda, era la faena de *escardar cebollinos*, porque es á lo que mandaban á la gente con cajas destempladas, tarea que á veces era sustituida por la de *freir espárragos*, igualmente denigrante.

Creo que vale la pena de que alguien entendido en estas cosas se tome el trabajo de formar expediente á una porción de estas frases, que si antaño tuvieron sentido y apropiada aplicación, hoy hacen oficio de ripio y de cascote en nuestro hablar corriente, para ver si es llegado el instante de que se les dé el canuto.

Mientras tanto, y después de tirar por mi parte esta piedra, séame lícito esconder la mano, no sin antes apuntar con el dedo á los automovilistas más acérrimos el verdadero precursor de sus máquinas portentosas. El automóvil no ha hecho más que sustituir á otro vehículo hoy desconocido, del que nos hablan á voces las frases corrientes. Antes de él se iba y se venía rápidamente... *en un periquete*.

CARLOS LUIS DE CUENCA.







SICILIANAS  
Cuadro de Siemiradski.





EL ENCANTO DEL ABUELITO  
Cuadro de Füttner



## El lenguaje del rostro y su lectura.

SÓCRATES no admitía ningún discípulo sin haberlo visto previamente y estar seguro, al contemplarle la cara durante una breve conversación, de que podía seguir sus lecciones. Esto indica la importancia que el filósofo griego daba á la expresión de la fisonomía, juzgándola reflejo fiel de las condiciones mentales del individuo.

En efecto: por el solo aspecto de una persona y un rápido examen de sus rasgos fisonómicos podemos juzgar de su inteligencia, de su bondad, de sus cualidades morales; en la cara se manifiestan como en un espejo, aunque sea de un modo fugaz, todos los sentimientos que agitan nuestro ánimo, los pensamientos que cruzan por nuestra mente, las pasiones que nos perturban. «La cara es el espejo del alma», dice el vulgo, resumiendo con esta frase gráfica y feliz la experiencia y el instinto de centenares de generaciones.

Pero ¿cuál es la causa de que así se muestren en el semblante las condiciones mentales del individuo y sus diferentes estados de ánimo? ¿Qué relación tan íntima y precisa puede haber entre la expresión de la cara y las circunstancias del cerebro, para que aquélla sea manifestación exacta de estas últimas? La anatomía y la fisiología dan respuesta categórica á estas preguntas. El caso no es más que un efecto del funcionamiento de músculos y nervios.

La expresión de la fisonomía se determina por el juego de los músculos de la cara. Estos músculos constituyen un sistema particular. Son delgados, aplanados y están adheridos á la piel; por consiguiente, cuando aquéllos se contraen, ésta se pliega, se arruga, se mueve, y estos cambios, por rápidos y poco marcados que sean, modifican profundamente el aspecto del semblante.

Pero los músculos se contraen bajo la acción de los nervios, y éstos obran transmitiendo la impulsión recibida del cerebro; de suerte que, en último término, el cerebro, asiento de las facultades intelectuales y, en suma, de todas las potencias anímicas, es quien tiene bajo su dependencia inmediata el juego de los músculos del semblante, esto es, la expresión de la fisonomía. Así se comprenderá, sin necesidad de más explicaciones, la íntima relación

existente entre el aspecto que en cada momento ofrece la faz y las diversas impresiones recibidas por los centros nerviosos. Por eso *la cara es el espejo del alma*.

\*  
\*  
\*

Todo el mundo ha podido observar que los niños, antes de llegar á comprender el lenguaje de las personas que les rodean, y antes de ser capaces de articular una sola palabra, comprenden muy bien la significación de nuestros gestos, la mímica que constantemente acompaña á nuestra conversación. Este hecho permite deducir que la mímica ha sido el único medio de comunicación entre los hombres primitivos, antes de la invención del lenguaje articulado. Nuestra mímica actual representa, por lo tanto, la permanencia, la supervivencia en nosotros de un estado antiquísimo de la humanidad, estado que abarcó probablemente un período de larguísima duración en edades muy remotas. Tal estado es el que se reproduce en cada niño, antes de que le sea posible articular las primeras palabras.

El famoso Darwin notó, tras largas y minuciosas observaciones, que los diferentes estados anímicos se traducían por los mismos rasgos de expresión fisonómica, no sólo en todas las razas humanas, sino en todas las edades del individuo y aun en ciertos animales. Impresionado por este hecho, y buscando la razón de tal similitud, llegó á concluir que los movimientos expresivos de la cara no son sino gestos en relación con el cumplimiento de ciertas funciones útiles al organismo. Algunas de estas funciones han conservado su utilidad, y los movimientos de la fisonomía que las acompañan son fácilmente explicables, así como su semejanza en los distintos seres; otras de estas funciones, que han dejado de ser útiles, han conservado sus gestos faciales correspondientes por la fuerza del hábito transmitido por herencia. Así, pues, un gran número de movimientos expresivos han sido primitivamente movimientos voluntarios ejecutados con un fin útil al individuo; pero, poco á poco, estos movimientos se han asociado á los sentimientos que les dieron origen y han pasado á ser instintivos; y por último,



estos movimientos, así asociados á los sentimientos, se han transmitido por herencia.

\*  
\*\*

Queda ya, pues, explicada la razón de ser de los movimientos del semblante y el por qué de su relación íntima con el estado cerebral del individuo; pero hay en esta cuestión una segunda parte de gran utilidad práctica, á saber, el estudio de lo que podíamos llamar la gramática de ese lenguaje de los gestos. Así como cada palabra responde á una idea ó modifica una idea, y en cada oración se desenvuelve ésta y se relaciona con otras, cada movimiento particular del semblante corresponde á un impulso particular del cerebro, y la expresión total de la fisonomía en cada momento es una oración completa en el idioma mímico. Aprender bien este idioma será capacitarse para leer en la cara de cada individuo qué pasiones le agitan, qué impulsos le dominan, qué ideas acaricia, la índole de sus instintos, de sus intenciones, hasta la naturaleza de sus pensamientos. Y si esto, en el curso de la vida, puede ser de utilidad general, ha de serlo de aplicación particular inmediata á los que, como los pintores, los escultores y los artistas dramáticos, necesitan saber traducir á ese lenguaje mímico las ideas, los estados anímicos de toda clase.

Aristóteles consagró un libro entero al estudio de la fisonomía humana, pero puede decirse que hasta los tiempos de Le Brun y Leonardo de Vinci no se tuvieron conocimientos serios é indicaciones precisas acerca de la correspondencia entre los rasgos fisonómicos y ciertas pasiones, entre la semejanza de algunos semblantes humanos y determinadas cabezas de animales. Se han reproducido recientemente, por los procedimientos más perfectos del heliogravado, los numerosísimos estudios anatómicos hechos por Leonardo de Vinci relativos á este asunto, y que habían permanecido inéditos hasta ahora. Asombra, al contemplar esta obra admirable, la suma de conocimientos anatómicos adquiridos por el famoso artista italiano y la claridad de sus teorías anatómico-fisiológicas acerca del juego de las fisonomías.

El suizo Lavater publicó á fines del siglo XVIII su obra *Arte de conocer á los hombres por la fisonomía*, que tuvo gran resonancia en el mundo entero. Lavater era, al mismo tiempo que un observador sutil, un dibujante muy hábil, y su riquísima colección de semblantes reflejando estados distintos del ánimo y personas de muy distintas condiciones mentales, es, aun hoy día, una mina inagotable de datos y enseñanzas para el artista y el psicólogo, pues todos los casos representados están tomados

fidélisimamente del natural y acompañados de reflexiones muy curiosas.

Camper, tan conocido por haber imaginado el ángulo facial para medir la capacidad intelectual, hizo también un estudio muy completo de la fisonomía en las diversas razas humanas y en los monos. Se propuso analizar el mecanismo de las expresiones fisonómicas tomando por guía no solamente la observación, sino también los conocimientos anatómicos y fisiológicos. Á él se debe un dato importantísimo, á saber: que todos los pliegues de la cara cortan en ángulo recto la dirección de las fibras musculares, que, al contraerse, producen el pliegue que se considera. Así, por ejemplo, el músculo frontal, cuyas fibras tienen una dirección vertical, determina por su contracción las arrugas horizontales de la piel que cubre la frente.

Pero el investigador que mejor ha puesto en claro el mecanismo fisiológico de las modificaciones del semblante, ha sido Duchenne. Este fisiólogo, en lugar de concretarse, como sus predecesores, á la observación pura y simple, tuvo el mérito de aplicar el método científico experimental al estudio de la fisonomía.

Para ello procuraba provocar aisladamente la contracción de cada uno de los diversos músculos faciales por medio de una excitación eléctrica, y fijaba por la fotografía el juego fisonómico así obtenido. Por este procedimiento, Duchenne ha logrado formar una colección de imágenes que representan todos los matices posibles de la expresión humana.

En efecto: todos los estados anímicos, como la atención, el asombro, la reflexión, el desprecio, la amenaza, la benevolencia, el dolor, etc., provocan la acción de músculos especiales. Generalmente, la contracción de un solo músculo basta para expresar una emoción, una pasión, un sentimiento. No es necesario modificar todos los rasgos del semblante para dar á éste la expresión del dolor, de la alegría, de la atención, de la amenaza, etc. Cada uno de estos sentimientos y de estos estados psicológicos se pinta en la cara con una ligera modificación, ya de la vista, y únicamente de la vista; ya de los labios, y únicamente de los labios. En suma: cada expresión tiene su nota exacta, precisa, única, producida por una sola modificación local que parece reflejarse sobre toda la fisonomía.

La experiencia muestra que el dolor se expresa principalmente por la acción de un músculo especial que eleva y arruga el entrecejo. Á estas alteraciones del entrecejo se añaden, al parecer, cambios en la parte inferior de la cara; pero esto no es más que una apariencia. En algunas fotografías del atlas de Duchenne, en las que se expresa el dolor, la boca parece estar contraída como el entre-



cejo, pero basta cubrir la parte superior del semblante, en las indicadas fotografías, para convenirse de que la boca se halla en estado completamente normal. Es decir, que en este caso se produce una ilusión óptica de contraste, comparable á la que resulta por la impresión simultánea de ciertos colores. Una hoja de papel gris, colocada sobre un fondo de color distinto, aparece modificada en su matiz por la proximidad del otro color, y da la impresión de tener una coloración distinta de la que realmente tiene. La faz humana presenta un fenómeno análogo. Una región determinada del semblante, modificada por una expresión cualquiera parece dar á toda la fisonomía un aspecto distinto del normal.

Por este procedimiento de Duchenne se puede llegar á conocer el funcionamiento de todos los músculos especiales de la expresión, y se comprende que este conocimiento dará la clave para descifrar la fisonomía, esto es, para aprender la gramática del lenguaje mímico. El profesor Matías Duval ha acometido en la Escuela de Bellas Artes de París la enseñanza de esta gramática con gran provecho de la juventud artística que á su aula acude.

Últimamente, el pintor francés José Frappa ha hecho un estudio tan sencillo como original y un análisis delicadísimo de las modificaciones que sufre el semblante bajo la influencia de los estados anímicos de toda clase.

Frappa admite que todos nuestros actos y todos nuestros deseos están regidos por dos grandes pasiones, á saber, el amor y el odio, dando á estas palabras su significación más amplia, es decir, el sentido de atracción ó de repulsión. Cuando un individuo es atraído por una cosa cualquiera, sea una flor, una obra de arte, un paisaje, etc., el efecto siempre es el mismo: la expresión de alegría, de agrado, de placer. Por otra parte: cuando una fealdad, un enemigo, algo que esté en desacuerdo con nuestros sentimientos, que pugne con nuestras ideas, nos produzca un efecto de repulsión, el resultado viene á ser una expresión de dolor, de tristeza, de desagrado.

Según esto, las expresiones del placer y del dolor, de la alegría y de la tristeza, del agrado y del desagrado, son las expresiones principales. Todas las demás expresiones de la fisonomía derivan de ellas, lo mismo las que sean puramente instintivas, que las que tengan por causa una alta noción moral. Á las dos expresiones principales, Frappa añade, como expresión independiente, la de la admiración ó del asombro, que, según él, supone precisamente la ausencia de alegría y de tristeza. El asombro, la

sorpesa, el choque de impresiones, corresponden á un estado de ánimo que precede siempre al dominio de la emoción ó de la sensación en un sentido determinado. Este estado de ánimo ha de tener, por consiguiente, su manifestación fisonomónica propia. De este modo, tomando por base las expresiones del semblante para el asombro, la alegría y la tristeza, y yuxtaponiéndolas, asociándolas á dosis iguales ó desiguales, se puede, según Frappa, obtener todos los tonos y semitonos del cuadro viviente de la fisonomía humana.

\*  
\*\*

Todos estos estudios han servido para poder analizar con precisión y exactitud la significación de los distintos rasgos fisonomónicos, esto es, para profundizar en el conocimiento de la gramática del lenguaje mímico. Pero dependiendo todas las variaciones del semblante de las contracciones musculares provocadas por la acción de los nervios, según el estímulo cerebral, pueden ocurrir dos cosas, á saber: que tales contracciones sean completamente independientes de nuestra voluntad, ó que sean provocadas por un movimiento decisivo de esa misma voluntad. En el primer caso, el lenguaje mímico es genuino, responde con toda exactitud á nuestro estado de ánimo. En el segundo, la expresión de la cara miente, ya porque con el velo del disimulo oculta nuestra verdadera condición mental en el momento, ya porque expresa un estado distinto, como la persona que, valiéndose del lenguaje articulado, dice lo contrario de lo que siente. Pero es mucho más difícil mentir con la cara que mentir con la palabra, pues lo primero supone un dominio extraordinario sobre sí mismo, una potencia cerebral grandísima en lo que se refiere al ejercicio de la voluntad para ahogar ó alterar en su mismo origen los impulsos que corresponden á nuestras emociones, á nuestros sentimientos. Aun así, en las grandes emociones del ánimo el hombre más dueño de sí mismo no puede contener alguna ráfaga que siempre aparece, aunque sea de un modo brevísimo y fugaz, en su fisonomía, y que un hombre observador, atento y entendido, puede apreciar, bastándole esto para darse cuenta de la pugna cerebral treménda que aquella ráfaga representa, y leer el pensamiento del que disimula, como el arqueólogo con unas cuantas letras compone y descifra una inscripción fragmentaria en ruinas antiquísimas.

VICENTE VERA.





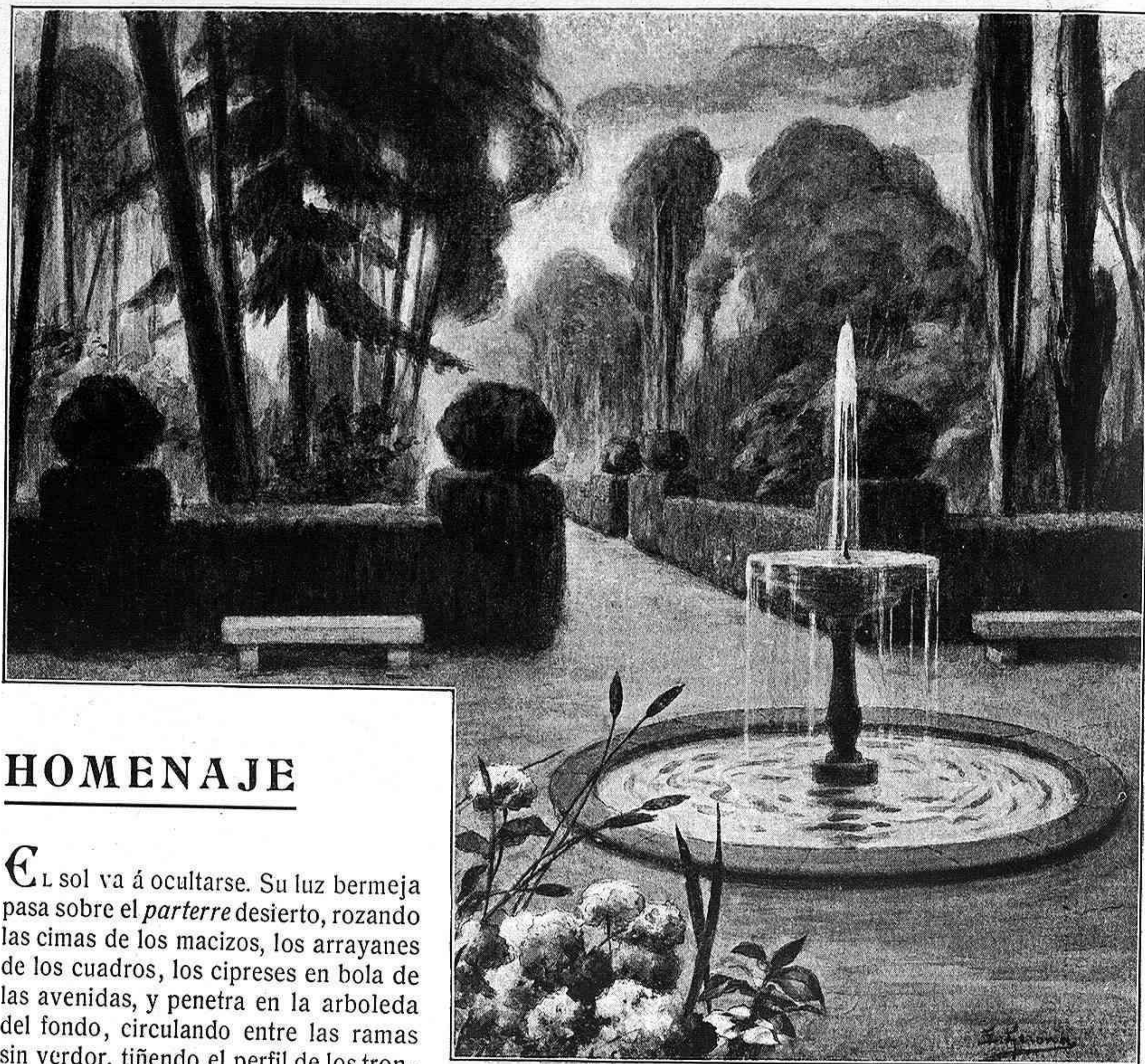
LAS CEREZAS  
Cuadro de Schramm.





LAS PRIMERAS FLORES,  
Cuadro de Schramm.





## HOMENAJE

EL sol va á ocultarse. Su luz bermeja pasa sobre el *parterre* desierto, rozando las cimas de los macizos, los arrayanes de los cuadros, los cipreses en bola de las avenidas, y penetra en la arboleda del fondo, circulando entre las ramas sin verdor, tiñendo el perfil de los troncos escuetos con pinceladas carmíneas.

Alumbrado el bosque por esta luz maravillosa, parece arder con fuego de encanto que relumbra y no quema, así como la zarza bíblica del monte Horeb, que llameaba sin consumirse.

Al extremo del *parterre* hay una casita árabe de un solo piso, que sirve de vivienda á Jorge, al administrador de los jardines. Jorge no tiene más de veintiocho años, pero vive lejos de toda alegría y está siempre solo y taciturno: es una vida tronchada.

Desde un ajimez contempla con persistencia de absorto el hilo de agua que brota de una fuente de mármol frontera á la casita.

Como los rayos del Poniente alcanzan á la taza de piedra, el surtidor, coloreado de minio, hace muy lindos juegos de luz sobre el cielo de la tarde.

Pero Jorge no puede gozar de esto, porque lo apacible de la puesta del sol le ha traído á la mente sus amores con Teresina—la mujer de su existencia,—y cuando estas ideas le ocupan la imaginación, ya no quiere enterarse de nada.

Bien es verdad que si en vez de contemplar un ocaso de invierno, presenciara un orto primaveral,

aconteciérale la misma cosa; porque Jorge piensa en Teresina con cualquier motivo.

Mientras, sin verlo, mira salpicar el chorro de la fuente, recuerda las horas felices que precedieron á la catástrofe. Horas nada más, pues tan ruin fué la dicha gustada con sus amores, que aquel corto módulo era bastante para apreciarla; en cambio, los sufrimientos podíanse medir por eternidades. Ella era mala, hábale atormentado sin tregua; viéndole esclavizado por su amor, hízole padecer todas las torturas que sabe producir la coquetería, todas las humillaciones que puede imponer el señorío. Había truncado su juventud y su porvenir, hábale ensombrecido para siempre. Y él nunca tuvo energía para arrancarse de sus lazos, y aun siguiera preso si ella, abandonándole un buen día, no le concediese la libertad miserable de que ahora goza: la libertad de morir de pena.

El pobre muchacho, sin fuerza para guerrear en el palenque de las altas miras, solicitó el modesto cargo que desempeña. Al menos, puede estar todo lo triste que quiera, sin temor de molestar á nadie.





El disco solar va á juntarse con el horizonte. Sus rayos de luz son más rojos que nunca; todo cuanto alcanzan á tocar parece incendiado.

Cuando mayor es el sosiego en los jardines, cuando ni un paseante discurre por las sendas enarenadas, viene de allá, del bosque del fondo, alegre



rumor de voces juveniles; luego, entre los troncos se vislumbran vestidos, telas de bellos colores que el sol hace más brillantes.

En pocos momentos surge de la arboleda un vistoso remolino femenino, alrededor del cual caracolean elegantes jóvenes.

El empleado ha seguido inmóvil en el ajimez, sin parar la atención sobre el grupo de gente moza que invade el *parterre*. Pero de pronto levanta la cabeza y queda escuchando, sañudo y tembloroso, como una fiera escapada de la jaula que oyese desde su cubil la voz del domador.

Dominando el bullicio había estallado una risa sensual, cristalina de timbre, irónica de expresión, desenfrenada, obsesionante: su risa. Nadie reía en el mundo como *ella*; nadie como ella sabía hacer feliz ó desgraciado con una carcajada. Teresina está allí Jorge, angustiado, la boca entreabierta, anhelante, escudriña entre el lujoso tropel Poco tarda en distinguirla; su traje es el más rico, su figura la más gallarda. Entonces, antes de que pueda divisarle, se oculta precipitadamente para que aquella mujer, á un tiempo aborrecida y deseada, adorada y temida, no descubra su paradero.

Está seguro de que nunca volverá á haber nada entre los dos, pero ha sido un movimiento instintivo de animal dominado. Quiere además contemplarla sin que ella le vea, y para esto corre á un templete cerrado por celosías que avanza sobre la fachada del pabellón.

Hacia éste llega el riente torbellino persiguiéndose, bromeando, lanzándose frases picarescas, turbando la paz majestuosa del crepúsculo, como una banda de gorriones. Es, sin duda, una divertida expedición que ha hecho alto en el parque para desentumecer las piernas; á lo lejos se oye el zumbido de los automóviles que conducen á la alegre tropa.

Teresina parece la sugeridora de este alto: marcha delante mostrándoles la plazuela de la fuente.

—¡Por aquí, por aquí!—les insinúa.

El antiguo adorador la encuentra más hermosa que antes. En los dos años transcurridos sin verla, ha llegado á la plenitud de su venustidad.

—¡Aquí; venid hasta aquí!

Y al jugar con los compañeros, cimbréase su talle en bellas ondulaciones, y su cuerpo soberano adopta áticas posturas llenas de fuerza y de gracia.

Jorge teme por un momento que ella conozca su asilo y que la insistencia en atraer hasta allí al mundano tropel, tenga por objeto hacerle á él presenciar su vida escandalosa y darse el gusto de encender sus celos. Ella sabe de sobra que aun después de cien años podría conseguirlo.

Pero no; Teresina debe ignorar su paradero, porque corre y grita como todos los demás, sin fijar sus ojos siquiera en la construcción árabe.

Erguido en toda su estatura, un joven alto y menudo extiende los brazos é impone silencio con voz cómicamente grave.

—¡Niñas, silencio! ¡El sol muere!

Una garganta de soprano canta burlesca:

«Vorrei morir nella stagion dell' anno,  
Vorrei morir quando tramonta il sole...»

Desde su escondite, el enamorado devora á la mujer de su vida con los ojos encarnizados. También él quisiera morir en aquel punto; acaba de sorprender una ojeada fugaz dirigida al pabellón por su amada de antaño, y en ella ha leído que sabe quién lo habita.

La banda alborotadora emprende después el vuelo y va perdiéndose tras de los arrayanes y los bojés. Risas y gritos se apagan poco á poco.

Teresina, que se ha ido quedando la última, cuando comprende que nadie la observa, retrocede apresurada y cautelosa hasta cerca de la fuente. Desde allí cela de nuevo los alrededores y examina atentamente las ventanas moriscas.

Segura de la soledad del *parterre*, y viendo que el pabellón, mudo y silencioso, parece desierto avanza algunos pasos hacia la puerta de herradura.

Jorge, desde el templete, la espía temblando como un calenturiento. ¿Qué se propone aquella mujer? ¿Se le antoja corto martirio el que su refinada crueldad le hizo sufrir en tiempos pasados? El sacrificio de una gloria y de una juventud, hecho ante el ídolo de su belleza, ¿párecelle aún pequeño holocausto? Ahora mismo, ¿no cree haber escarnecido bastante la memoria de sus amores, salpicando delante de él el lodo en que se arrastra? ¿Y aun va á penetrar en aquel refugio postrero?

Todo su sér se subleva ante la idea de un nuevo oprobio. Su orgullo y su amor, exacerbados, dicenle al oído palabras de sangre.

Teresina llega ya á la casa...

Pero no alza el pie para subir el escalón de mármol; se detiene, y desde allí vuelve á inspeccionar en torno suyo. Entonces tiene lugar una cosa inusitada: la arrogante mujer va humillándose hasta caer de rodillas frente á la puerta; su talle grácil se dobla respetuoso, su frente se inclina como delante de un ara ó de una tumba, hasta signarse con el polvo del umbral.

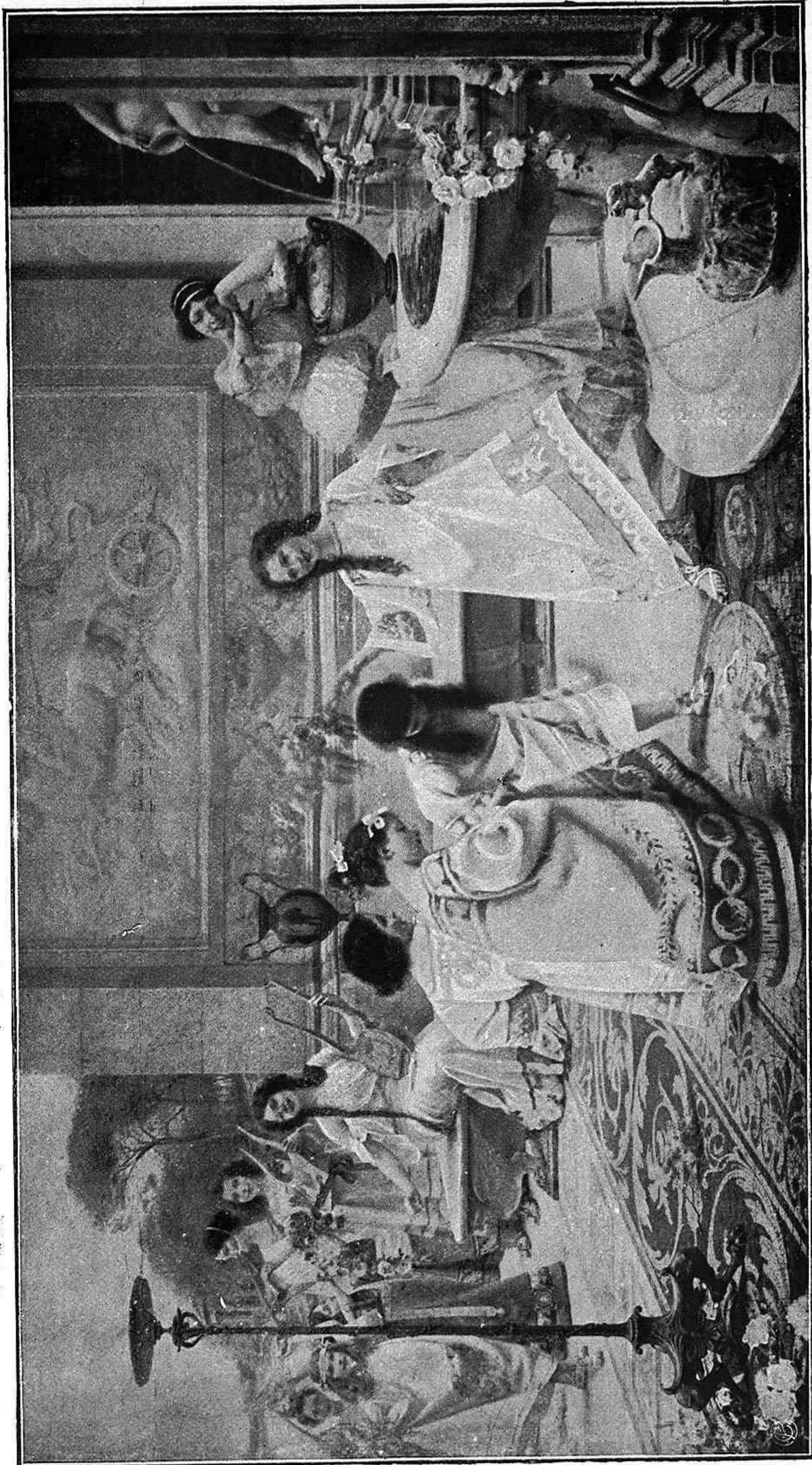
En el mutismo del crepúsculo resuena sobre la losa un beso ardiente y devoto. Luego se vuelve á enderezar el divino cuerpo y se aleja enigmático y leve.

Á lo lejos, la bocina de un automóvil, clamando insistente y dolorosa, parece llamarla.

La noche surge de todas partes; jirones de obscuridad se extienden como una niebla de sombra...

JOSÉ SÁNCHEZ GERONA.





FONTANALES  
Cuadro de Vassari.



# SALMANTINA

“Dar de beber al sediento.”

Rosa era su nombre, y Rosa,  
Por el su rostro divino,  
Era la flor más hermosa  
Del campo salamanquino;  
Moza de grandes primores;  
Al despuntar la mañana,  
Venían los ruseñores  
Cantando á la su ventana,  
Y la su ventana abría  
Por ver el monte y la vega;  
Ella era el sol que salía,  
Ella era el día que llega.  
Rosa, infeliz, ignoraba  
Qué es el amor pasajero,  
Y un día que clareaba  
Pasó por allí un vaquero  
Que cantaba:

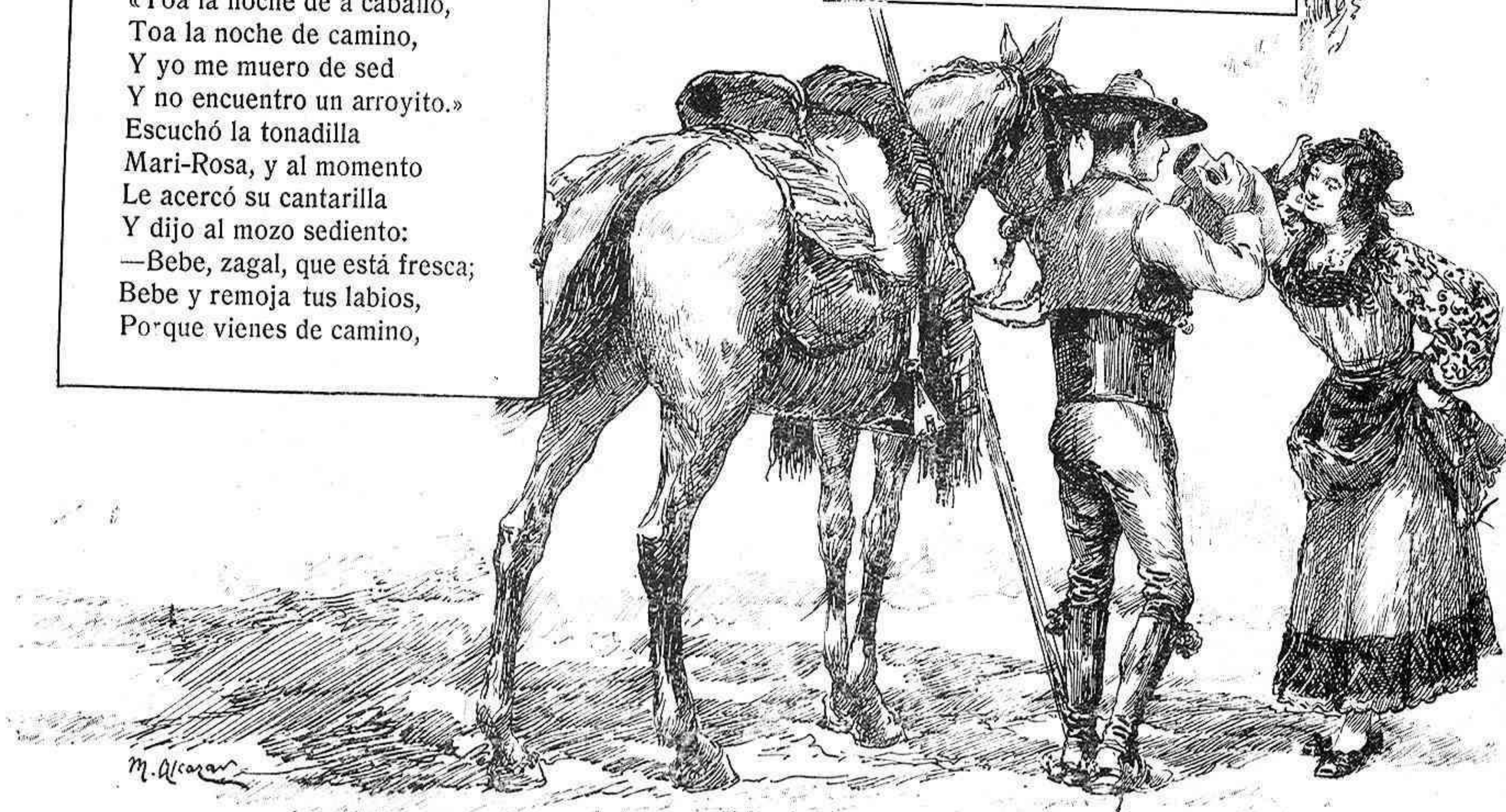
«Toa la noche de á caballo,  
Toa la noche de camino,  
Y yo me muero de sed  
Y no encuentro un arroyito.»  
Escuchó la tonadilla  
Mari-Rosa, y al momento  
Le acercó su cantarilla  
Y dijo al mozo sediento:  
—Bebe, zagal, que está fresca;  
Bebe y remoja tus labios,  
Porque vienes de camino,

Porque vienes de á caballo.—  
Hizo el vaquero parada,  
Del caballo se apeó,  
Ella se puso encarnada...  
El del cacharro bebió  
Y dijo:—No encuentra hartura  
Mi sed.

—¿Está fresca?

—Está,

Y si el agua es fresca y pura,  
Más pura es quien me la da.—  
Rosa bajó ruborosa  
Los ojos; la cantarilla  
Tomó de su mano Rosa  
Y él cantó otra tonadilla:





«Agua fría de la sierra  
Tu mano, niña, me dió;  
El agua que tú me diste,  
Agua es que me supo á amor.»  
Subió al caballo el vaquero,  
Siguió su marcha el ganado  
Y se escuchó un «yo te quiero»  
Del zagal enamorado;  
En la zagala amorosa  
Nació la flor del amor,  
Y hoy Rosa ya no es la rosa  
De aquel lozano color;  
Ya no es de la su alquería  
El pajarillo parlero;  
Ya toda la su alegría  
Se la llevó el su vaquero,  
Por el sendero,  
Al amanecer de un día.  
Ya no reposa un momento,  
Ya desde el llano á la altura  
Quiere que vuelva sediento

Á beber de su agua pura;  
Pronta, con su cantarilla,  
Ya le espera enamorada;  
Ya en la aldea y en la villa  
La cantan esta tonada:

«Aquella moza  
De la alquería  
Perdió hace tiempo  
La su alegría;  
Aquella charra,  
Por el su amor,  
Perdió el encanto  
Del su color.  
Si al Tormes vas por agua,  
Ten cuidadito  
No se te haga de noche  
Por el camino,  
Que en los senderos  
Suele haber muchos lobos  
Que están sedientos.»

ANTONIO CASERO.

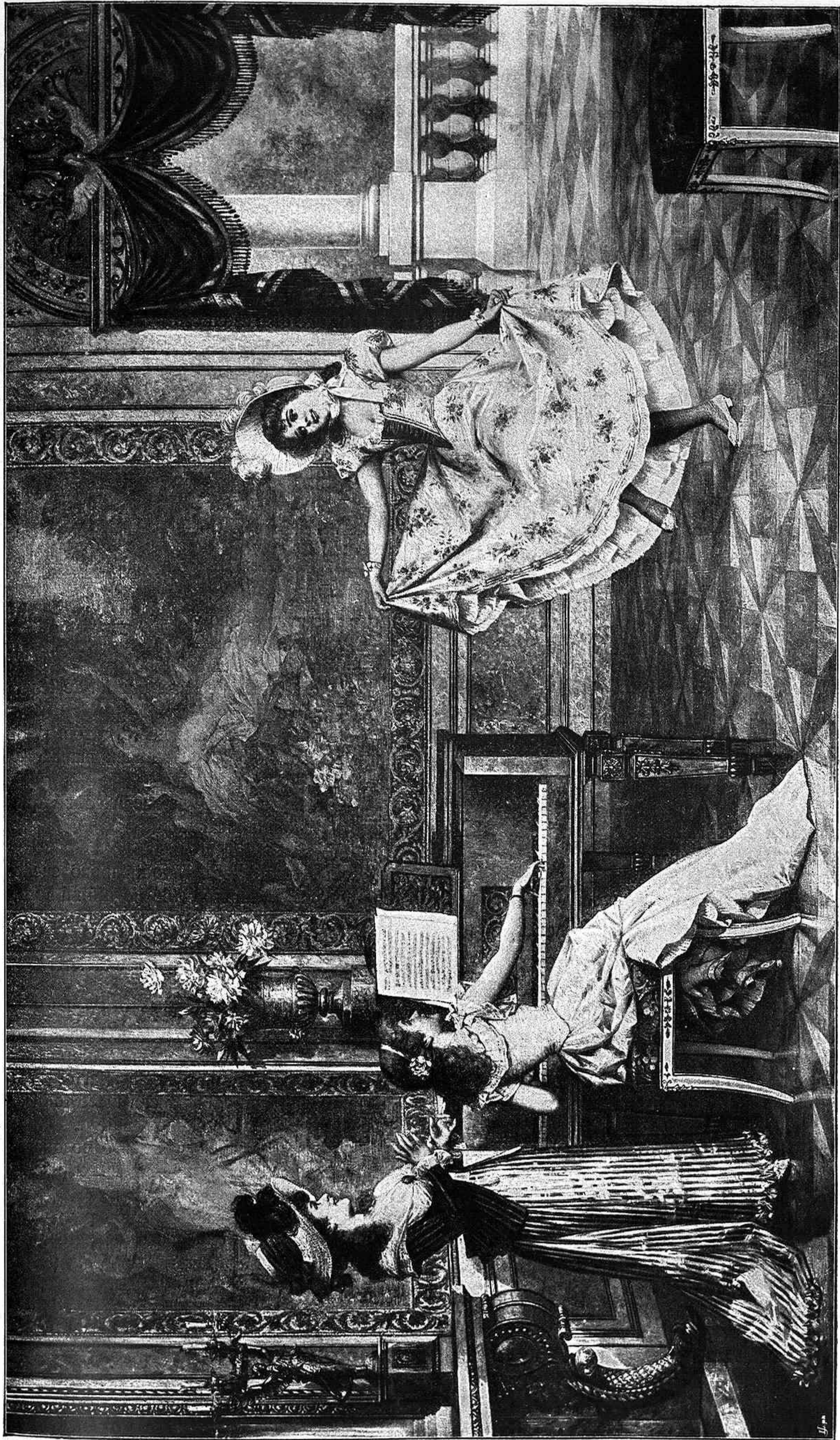






REGRESO DE LA PESCA  
Cuadro de Gabrini.





Kunsterverlag Kupfer & Hermann-Berlin.

LECCIÓN DE BAILE  
Cuadro de Schwening.



## La limosna de amor.

(Cuento.)

**A**BREN y cierran los festejos anuales de la ciudad de Zutania dos bailes del Casino. Celébrase el último con la triste animación de una despedida.

Á partir de tal noche, la ciudad vuelve á su éxtasis, recobra su tono gris, su tedio silencioso. Sigue al gozo epiléptico la parálisis.

Uno de los forasteros habilitados como socios transeuntes, Amaro Semper, es nacido en la ciudad, y desde niño no ha puesto en ella los pies. Resulta conocido *in stirpe*, pero no *in capite*.

Al saber quién es, unos se hacen presentar, y otros, excusando ceremonias, le dicen:—¿Es usted (ó eres tú) el hijo de Frasquito Semper?—¿Qué mosca te ha picado para venir al pueblo?—¿Conque estás en capilla!—¿Cuándo se casa usted?—¿Pero hombre! ¡Al demonio se le ocurre venir al final de las fiestas!

El elemento femenino le ha filiado también perfectamente. Se han preguntado unas á otras quién es el forastero: en votación secreta se aprobó su buena figura, y con la misma unanimidad se admiró en él ese aire *capitaleño*, inaccesible á toda imitación local.

De pronto bajó el papel del forastero.

Súpose, con desencanto de *las disponibles*, que estaba *fuera de concurso*: que su boda en Madrid era inminente.

Por ministerio de la hospitalidad y por el rango de su familia en Zutania, fué presentado á las señoras y señoritas de más viso. Cruzó breves cortesías, dió una vuelta por la *sala del crimen* y, como si adoptara una actitud pasiva, fué á sentarse en uno de los divanes que circunvalan el salón central, casualmente al lado de una muchacha á quien fué un poco antes presentado, y á quien vió desde entonces sola, sin bailar, desairada, mientras su padre jugaba á la *malilla*, y las primitas con quienes vino se derretían bailoteando con los novios respectivos.

Mari-Gloria Leal. Una belleza de expresión, una mujer interesante, sin resplandores de hermosura, ni preciosismo de *bibelot*.

Unas facciones indemnizadas en sus defectos por alguna virtud suplementaria: ojos chicos, entre dulce nimbo violáceo, con mirada de ensueño, que parecen mirar muy desde adentro; labios gruesos, pero sanos, jugosos, encendidos; delgada en general, pero con *excepciones* admirables, y ese *no sé qué* en andares y en posturas, en gesto y en voz,

que triunfa, en las estatuas vivas, del dibujo inexorable y frío.

Vestía con esa sencillez que sobrevive á todas las modas: pocas galas y efluvios de limpieza; distinción natural y modestia sin encogimiento; una belleza, en fin, como la luz esmerilada, que desde lejos deslumbra menos, y desde cerca se resiste mejor.

Al sentarse Amaro junto á ella, hablaron así:

AMARO.—Dios nos cría y nosotros nos juntamos.

MARI.—¿Por qué dice usted eso?

AMARO.—Porque me parece que los dos estamos aquí descabalados.

MARI.—De usted..... sé algo: de mí no sé nada.

AMARO.—¿No tiene usted el novio fuera?

MARI.—Ni..... en ninguna parte.

AMARO.—Quisiera poderlo creer, pero.....

MARI.—¿Duda usted de mí?

AMARO.—Á la fuerza. Ó dudo de su palabra, ó dudo de su mérito. Y esto es menos cortés y menos justo.

MARI.—Pues, á pesar de esa complicada galantería, no tengo novio.

AMARO.—¿Tienen ojos y no ven!

MARI.—Ó ven y..... como si no.

AMARO.—¿Tan tirana es usted?

MARI.—¿Tan de menos me hace, que he de tener novio bueno ó malo?

AMARO.—Después de todo, tiene usted razón. ¡Valiente personalito hay aquí para una muchacha como usted!

MARI.—Pues ya ve usted. Otras que valen más que yo *se surten* en la localidad.

AMARO.—¿Y usted?

MARI.—Yo no tengo prisa. Pero tampoco sueño en príncipes extranjeros. Me llegará mi hora, como á todas, y me equivocaré después de pensarlo mucho.....

AMARO.—Y entretanto, ¿por qué no se divierte?

MARI.—¿Pues qué hago ahora?

AMARO.—¿Como no baila, como la veo sola! Soy algo quiijote, y empezaría á cachetes con toda la pollería de mi pueblo. Me he sentado cerca de usted á propósito, para enmendar el yerro de los otros y para bailar con usted toda la noche, si me permite este homenaje.....

MARI.—¿Estaría bonito! ¡No tener..... ó no querer parejas de buena ley y adornarse con plumas de pavo real!

AMARO.—Gracias por los honores de pavo que, sobre tantos pollos, me concede; pero ¿qué tengo yo para que mis atenciones la perjudiquen?

MARI.—Usted lo ha dicho antes: somos dos descabalados, y dos descabalados no hacen pareja nunca.



- AMARO.—Yo no he dicho tanto todavía..... como hacer pareja con usted.
- MARI.—Lo va usted arreglando. Se trata entonces de una limosna. ¿Le ha dado lástima mi soledad?
- AMARO.—Exactamente. Lástima....., ira....., despecho. Si llego á venir al principio de las fiestas y la veo á usted así, me proclamo su caballero en todas partes, para lección de los cegatos y envidia de las demás.
- MARI.—¿Envidia? ¿Usted cree que me daría tono pretendiéndome?
- AMARO.—No por mí, sino por la fuerza ocasional de mi situación. Un forastero que, entre tantas, se fija sólo en una señorita, es como el mantenedor que elige una reina. Queda proclamada. Esa es la restauración que yo le proponía. Rescatar para usted el sitio que le corresponde, por su belleza y su.....
- MARI.—¿Y cómo se obraría ese milagro?
- AMARO.—Cortejándola.
- MARI.—¿Un cortejo por horas? ¿Y usted me supone capaz de ser cómplice de esa farsa? ¿Para qué? No necesito reclamos, ni me conviene que murmuren de mí, pensando que quiero desban-car á otra. Su aburrimiento en esta fiesta no ha podido idear mejor alivio que entretenerse en dar una limosna de amor á una pobre señorita que no tiene novio.
- AMARO.—Es eso, y no es nada de eso. Las cosas son buenas ó malas según la intención. Es que la primera vez que vuelvo á mi pueblo, desde niño, veo en un baile cursi destacarse entre un montón de sílfides vestidas como arlequines; á la única digna de exportarse: y al notar que, sea por lo que sea, es el único altar que no tiene culto, la única imagen sin devotos, me acerco, me prosterno y le ofrezco.....
- MARI.—Una limosna que no pido. La oración para el *ánima sola*.
- AMARO.—Las imágenes no protestan. Tiene usted que aceptar las devociones que le vengan.
- MARI.—¿Cuando se sabe que el devoto es Hermano mayor de otra cofradía!.....
- AMARO.—Pues mire usted: aunque las fiestas han terminado oficialmente, sé que se darán los dos bailes que se suspendieron, y no sólo la sacaré á usted á bailar cuantas veces la vea libre, sino que la pretenderé.
- MARI.—Me hará usted no ir.
- AMARO.—La llevarán. Le haré el amor, me rechazaré.
- MARI.—Eso es lo que usted no sabe. ¿Y si en castigo de tomarme por juguete le comprometo con mis preferencias? ¿Y si le atraigo con mala intención? ¿Y si le interesara de veras?
- AMARO.—Sería que tenía usted razón para interesarme.
- MARI.—¿Así anda de firmeza un casi casado?
- AMARO.—Mientras se es libre, siempre se está á tiempo de..... mejorar.
- MARI.—Tonta sería yo si le diera oídos. Temería que en el camino de la iglesia encontrara otra con quien mejorar y cambiar de opinión.
- AMARO.—Eso me ha pasado ya con usted. He cambiado de opinión en cinco minutos. Creí que era usted discreta y es usted..... discretísima, ingeniosísima y complicadísima. Creí de lejos que era usted guapa, y de cerca me parece.....
- MARI.—Un desencanto.
- AMARO.—No. Una tentación.
- MARI.—Eso es un peligro.
- AMARO.—De los que se buscan.
- MARI.—Pues quien ama el peligro.....
- AMARO.—¿Perecer en usted? No me acobarda.
- MARI.—Me llevarían presa.
- AMARO.—¿Por qué?
- MARI.—Porque viniendo usted á darme una limosna de amor, le robaba el amor entero.
- AMARO.—¿Y si ese robo está ya hecho? ¿Y si olvidándolo todo y afrontándolo todo, llamara á su corazón y pidiera á sus ojos una limosna de amor?
- MARI.—Respondería: «Hermano, perdone por Dios que aquí no se da limosna á los ricos, ni se socorre con amor á quien tiene la mesa puesta.»
- AMARO.—Y yo me transformaría diciendo: «No pido aquí limosna; busco un tesoro oculto; un paraíso ignorado; un rico manantial. Quiero el tesoro para envanecerme con su riqueza; quiero el paraíso de su compañía para mi eterna morada; quiero el manantial de su amor para la sed que me abrasa.»
- MARI.—Y yo diría, llena de contento: «¡Padre! ¡Madre! ¡Primas! ¡Venid, que ha llegado á nuestra casa un bardo, un trovador, ó mejor un juglar, que va de puerta en puerta cantando amores rimados, amores aprendidos, amores que oyó cantar y no ha sentido nunca! ¡Venid y veréis qué inspirado y qué..... divertido es este amante vagabundo, este cómico audaz que viene..... al pueblo al negocio de recoger una herencia, y de paso toma por juguete el corazón de una señorita que no ha merecido tal escarnio, por coqueterías que no usa, ni por..... nada!
- AMARO.—¿Llora usted? ¡Por Dios!
- MARI.—¿No ha de llorar el ciego á quien le hablan de la luz para atormentarle?
- AMARO.—¿Y cómo no hablar de la luz, si el ciego era yo, que veo ahora; si soñé en el sol, y el sol.....



MARI.—¡Ya vuelve la trova, el canto, la poesía sin alma!....

AMARO.—¿Quiere usted alma? Allá va. Mari-Gloria, dígame bien. Dije á usted al saludarla que si estaba su novio fuera: me afirmó que no lo tenía: porfié, discutimos, y de ahí nació nuestra plática. Bien. Pues era yo quien tenía razón. Usted tiene novio. Lo juro.

MARI.—¿Me lo quiere usted presentar á ver si le conozco?

AMARO.—Amaro Semper.

MARI.—¿Por cuántos días?

AMARO.—Por todos los de mi vida.

MARI.—¡Huy! ¡Qué largas relaciones! ¿Nos casaríamos *in articulo mortis*?

AMARO.—Se burla usted porque no me cree; pero me creará cuando sepa que no me acerqué á usted casualmente, que el que no tiene novia soy yo, que he reñido con mi ex futura por usted.

MARI.—¡Por mí!

AMARO.—Por usted. Y no he venido á recoger una herencia, sino á verla, á tratarla, por si se confirmaba el presagio de mi corazón de que en usted estaba mi felicidad.

MARI.—¿Otro embrollo?

AMARO.—Óigame y.... crea. *La Ilustración Española y Americana* y el *Nuevo Mundo* han publicado recientemente fotografías de los Juegos Florales de Zutania. En un lindo grupo de la reina de la fiesta y su corte de amor, figuraba usted. Mi novia, la de antes....

MARI.—¿Hay otra?

AMARO.—La de ahora.

MARI.—¿Quién es?

AMARO.—Usted.

MARI.—Siga el cuento.

AMARO.—Mi ex novia y yo entreteníamos la velada comentando los grabados, y me dijo, refiriéndose al grupo de señoritas de Zutania:

«¿Cuál te gusta más?»

Miré, repasé y dije: «Ésta.» (Y ésta era usted.)

«¿Más que la reina?»

«¡Ya lo creo! ¡Es encantadora!»

«Pues cómprala dulces.»

Me reí primero; nos callamos; y cuando creí que había olvidado el incidente, me dice:

«¿Qué has visto en esa paleta de tu pueblo para preferirla á las demás?»

«Un no sé qué de la mirada que revela mu-

cha alma, mucho espíritu. Esas otras parecen muñecas vestidas, y ésta es una mujer.»

«¿La conoces?»

«No; pero hasta creo que no está bien enfocada, por estar en segundo término, y que de cerca será mucho mejor.»

«Puedes comprobarlo fácilmente: tomas el rápido mañana y te largas á verla.»

Me picó, repliqué, se levantó airada, y sin venir á cuento me dijo un chaparrón de groserías. Para cortar la reyerta, me marché. Al día siguiente recibí una carta intolerable. Todavía en una entrevista quise aplacar su ira, tan sin motivo, y lo que no vi en muchos meses lo vi en un día. Su boca profirió palabras y desprecios.... de plazuela. Me salvé á tiempo, y la imagen de usted ha sido mi redentora.

MARI.—De la balada hemos pasado al folletín.

AMARO.—Ese folletín es.... el evangelio. Y su segunda parte, que he venido expresamente á mi pueblo, impulsado por una corazonada. Vea usted. Llevo encima, sobre un tarjetón, el recorte de su linda cabeza. Aquí está.

MARI.—¿Y qué es esto que ha escrito al pie?

AMARO.—«*Mi futura providencial.*»

MARI.—Mi padre viene á buscarme....

AMARO.—Dos palabras nada más. ¿Quiere usted que.... nos tratemos?

MARI.—¿Y si ahora le saliera yo á usted con que tengo novio?

AMARO.—¡Imposible!

MARI.—¿Por qué?

AMARO.—Porque estaría á su lado.

MARI.—¿Y si lo estuviera?

AMARO.—No le veo....

MARI.—Yo sí.

AMARO.—Aquí no hay más novio que yo.

MARI.—Y basta.

AMARO.—¿Lo dices de verdad?

MARI.—¿Me tuteas ya?

AMARO.—Se estaban ya tuteando nuestras almas.

MARI.—Adiós, que me dan prisa....

AMARO.—¿Irás á los bailes?

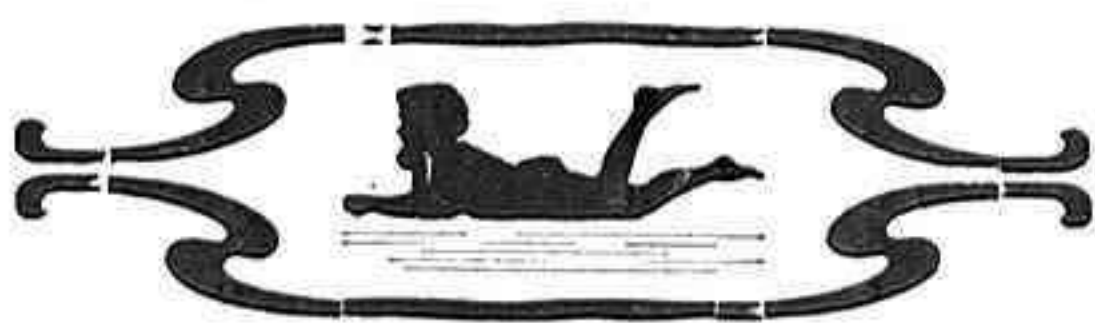
MARI.—Iré donde quieras.

AMARO.—Dame por despedida una limosnita de amor con esos ojos.

MARI.—¿Así?

AMARO.—Así. Dios te lo pague y te lo aumente de gloria.

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.







VUELTA DEL TRABAJO  
Cuadro de Gabrini.



## Dificultad de precisar el verdadero origen de ciertos proverbios.

**D**ECÍA Cervantes por boca de maese Pedro (*Quij.*, parte II, cap. XXVI), y tenía razón, «que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y reprobas». Esto, que se verifica en muchos lances de la vida, es igualmente aplicable en el terreno de la Paremiología, al tratarse de pretender averiguar á qué circunstancia deben su origen ciertos proverbios. Porque la verdad es que la multitud de unos mismos nombres y apellidos aplicados á distintas entidades, ya personales, ya locales, sin contar varias otras concausas, ha introducido cierta confusión en la adjudicación de la paternidad á favor de tal ó cual dicho proverbial: de ahí que, una vez pasado un número considerable de años, resulte difícil, si ya no imposible, el conseguir averiguar quién fué el padre de la criatura. Una breve ojeada por algunas locuciones que se hallan en este caso, nos quitará el peso de encima, satisfaciendo al propio tiempo la duda que tal vez pudiera asaltar á algún lector menos confiado. En nuestra actual investigación, conste que no procederemos observando orden de ningún género, sino conforme se vayan presentando los ejemplos al volar de la pluma.

### *Obispo por Obispo, séalo D. Domingo.*

Según el P. Flórez (*Esp. sag.*, t. XXVI), que copia al *Valerio de las Historias*, tuvo origen este refrán en el obispo de Burgos *Domingo de Arroyuelo*, antes del año 1366. Pero su existencia data de época anterior, siendo más verosímil que quien dió pie á la creación del refrán cuestionado, fué un tal *Domingo Martín*, canónigo de Ciudad-Rodrigo, el cual llegó á ser Obispo de esta diócesis al adjudicarse á sí mismo la Mitra en los términos y por los motivos siguientes:

Sabido es que era costumbre antiguamente en España el elegir á sus Prelados los cabildos de las iglesias catedrales. Vacó la Silla episcopal de Ciudad-Rodrigo en el año de 1264, reinando en Castilla y León *D. Alonso el Sabio*; y juntándose los canónigos de aquella iglesia con el objeto de proceder al nombramiento de Prelado, resultó ser tantos y tales los disturbios, debates y escándalos que se suscitaron acerca de dicho objeto (lo cual prueba, dicho sea entre paréntesis, no ser de hoy el ocurrir borrascas en achaque de elecciones), que, para evitar mayores discordias y turbulencias, acordaron unánimes los prebendados someter el nombramiento al fallo del canónigo *D. Domingo Martín*, sujeto venerable por su mucha virtud y prudencia, á quien prome-

tieron recibir por Prelado al sujeto que él eligiese. Aceptado el compromiso, y comprendiendo desde luego el árbitro componedor los disgustos que habían de seguirse por parte del bando caído sobre el agraciado, resolvió proceder neutralmente adjudicándose á sí la prelación, y exclamando al propio tiempo: *Obispo por Obispo, séalo D. Domingo.*

(Así consta del tomo II de la *Historia civitatense*, escrita por *D. Antonio Sánchez Cabañas*, natural de Cáceres, y prebendado que fué de Ciudad-Rodrigo, MS. que pára en la Biblioteca de Palacio, VII, A. 1.)

El refrán que da margen á esta explicación se emplea, proverbialmente, tratándose de un sujeto que, teniendo en su mano ó á su arbitrio la adjudicación de alguna cosa, se la aplica á sí mismo con preferencia á cualquiera otra persona, ya sea guiado por miras de prudencia y buen gobierno, ya, lo que suele ocurrir más frecuentemente, por aquello de *primero yo, luego yo y siempre yo.*

### *Ser más feo que Picio.*

Hay quien cree que *Picio*, al ser presentado como prototipo de la fealdad, es un ser fabuloso ó ideal; pero nada menos que eso. Ya en el año de 1879 dió á conocer al público, en el tomo I de *El Averiguador Universal* (pág. 326), la existencia real y verdadera de tan estrafalario sujeto, á pesar de lo cual no ha faltado individuo que asegurara en letras de molde que nadie se había ocupado en averiguar quién era ese personaje paremiológico.

Comprendo, y se explica fácilmente, que no se pueda conocer todo cuanto se ha publicado, máxime hoy que tanto sudan las prensas (mejor dicho, las máquinas); pero lo que no comprendo es que, antes de tomar la pluma para tratar de determinado asunto, no se consulte con detenimiento todo lo más interesante que sobre el particular se haya escrito por los técnicos, sobre todo cuando la obra cuestionada es coetánea, y por lo tanto, fácil de hallar. Pero, *quid faciendum?*, es achaque de nuestra época el vivir volando, no sólo por el aire, sino también por la tierra; y á la manera que los automóviles van atropellando todo cuanto encuentran al paso, atropellan también no pocos escritos los fueros de la verdad, del sentido común y de otras frioleras á este tono, con lo cual no hay que decir cuánto va ganando la Historia.

Sea como quiera, voy á repetir ahora lo que dije el citado año de 1879 acerca del particular:

«Á principio del siglo actual (xix), vivía en Grana-



da un zapatero de este nombre, natural de Alhendín (provincia de Granada, distante legua y media de su capital), el cual, por no sé qué delito, había sido sentenciado á la última pena. Hallándose en capilla, recibió la consoladora noticia del indulto; y fué tal y tanta la sorpresa que le causó tan inesperada nueva, que, cayéndosele á poco el cabello, las cejas y las pestañas, y llenándosele de tumores la cara, quedó tan monstruoso y deforme, que en breve pasó á ser citado como tipo de la fealdad más horrorosa. Retiróse después á Lanxarón (villa á siete leguas de Granada), donde, por no querer quitarse de la cabeza el pañuelo que constantemente la tapaba, á fin de no descubrir la calva, jamás entraba en la iglesia; lo cual, observado un día y otro por los habitantes, fué causa de que le hicieran salir más que de prisa de aquella población. Entonces se refugió en Granada, donde murió no há muchos años, según declaración de personas fidedignas que me aseguran haberlo conocido.»

Empresa á la que no se daría fin, sería el pretender agrupar aquí todos los dichos de nuestra Paremiología, cuyo origen es más ó menos dudoso, más ó menos probable, siendo los menos aquellos cuya cuna se puede acreditar que es verdadera. Teniendo que poner ya punto final á este centón, no lo haré sin dar cabida antes al siguiente proverbio, cuyo legítimo origen no se llegará á fijar jamás, á causa de ser tan varia la tradición en sus manifestaciones respecto del particular, y ostentar todas ellas cierto sello de respectiva garantía. Me refiero, pues, al conocido refrán que dice:

*El diablo anda en Cantillana,  
y el Obispo en Brenes.*

Este proverbio, del cual se suele usar frecuentemente en sólo su primera parte, así como sustituir la segunda en la forma: *urdiendo la tela y tramando la lana*, es de origen sevillano, por hallarse situadas dichas dos poblaciones próximo á *la Reina del Guadalquivir*. Ahora, lo que no resulta tan fácil es precisar á qué causa debe su razón de ser.

En su significación conviene todo el mundo, pues se aplica á aquel pueblo ó familia en que reinan constantemente toda clase de disturbios y desavenencias, mayormente si predominan escándalos y

algazaras; en cuanto á la causa ocasional, basta pasar la vista por las siguientes líneas, para notar la divergencia de opiniones.

Si damos crédito á la autoridad de Gonzalo de Oviedo en sus *Quincuagenas* (parte II, est. 9), entiende éste que se dijo por un capitán de la parcialidad del Almirante de Castilla, llamado Jofre Tenorio, quien durante las turbulencias de la minoría de Alfonso XI recorría los alrededores de Sevilla «haciendo muchos males y desafueros», sobre todo en la barca de Cantillana sobre el Guadalquivir, con cuyo motivo los arrieros y caminantes esquivaban el pasar por aquel lugar, diciendo: «Vámonos por otra parte, que *está el diablo en Cantillana.*»

Si atendemos á Bartolomé de Góngora, leeremos en su *Lista de los Conquistadores de Nueva España* (1632), al tratar de Narváez: «Hernando de Cantillana, por quien se dijo el refrán de *el diablo está en Cantillana.*»

El pueblo sevillano, que sueña con la sombra del rey D. Pedro, dice que pretendió en aquel pueblo este Monarca el amor de una joven desposada perteneciente á familia distinguida, y que el marido, con objeto de ver si conseguía alejar al temerario solicitante, salía de noche por las calles disfrazado de fantasma. ¡Buen mozo era el tal D. Pedro para conocer el miedo!

Últimamente (y antójase ser esto lo más probable), refiere otra antigua tradición sevillana, que hubo un Obispo auxiliar que poseía una casa de recreo en Brenes, y que mientras pasó allí cierta temporada, se divertieron unos sobrinos suyos trasladándose algunas noches al contiguo pueblo de Cantillana, vistiéndose de fantasmas para asustar á las gentes y aprovecharse de sus fines amorosos. De ahí vino la fórmula *el diablo está en Cantillana. y el Obispo en Brenes*, que es la aceptada por Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, etc., y que, como indiqué arriba, estimo ser la versión que tiene más visos de probabilidad.

Con todo lo cual queda demostrado *lo difícil, si no ya imposible, de precisar el origen de ciertos proverbios*, que es lo que me propuse probar.

JOSÉ MARÍA SBARBI.







AGUA FRESCA  
Cuadro de N. Luci.



# Mar adentro.

Solo estoy, en el morro del espigón del puerto,  
Que sin mí, que lo cruzo, sintiérase desierto;  
Porque la noche es fría, con una bruma intensa  
Que, en torno al largo muelle, difunde pavorosa  
Sobre la mar, que en calma tristísima reposa,  
Todo el misterio trágico de su negrura densa.  
Solo estoy. En las sombras, aún más solo me encuentro.  
Solo voy por el muelle, y hacia el mar; mar adentro.  
Solo voy en la noche, que me presta su manto  
De tinieblas densísimas, en que nada percibo,  
Porque pueda con sombras recatar el espanto  
De mis locas alarmas; el espanto en que vivo.  
Este pavor de todo; este pavor constante  
—Que me aterra—del Mundo, del Hombre, de la Suerte;  
De la misma Fortuna, para mí tan distante;  
De mi muerte cercana... ¡Me horroriza mi Muerte!  
Solo estoy, y en el aire que de bruma se llena  
—Cada vez más opaca, más fúnebre,— resuena  
De improviso, rasgando la terrible neblina,  
La ronca voz de un buque, la voz de su sirena;  
La voz de un buque ciego que al puerto se encamina;  
Que en vano lo demanda, bajo sombras hundido,  
Que viene como á tientas, en la niebla marina,  
Y clama como un loco, sintiéndose perdido.  
¡Ah, qué voces de angustia, de zozobra, de pena!  
Parece que traducen otra angustia: la mía.  
¡Ay, cielos, enloquece la voz de la sirena!  
¡Ay, qué triste, qué triste, qué espantosa resuena  
Bajo la noche cruda, bajo la niebla fría!...  
¡Sosténme, oh Dios! ¡Sosténme! La doliente negrura  
De las tétricas sombras en mi pecho se infunde.  
Cunde la bruma densa, dentro la noche oscura,  
Y en la neblina lóbrega nueva neblina cunde.  
Bajo las sombras frías, nuevas sirenas claman.  
Dijérase que ruegan, que imploran y que llaman.  
¡Pobres naves, que sienten la angustia del espanto!  
¡Pobres buques, perdidos en la noche, que imploran!  
¡Sálvalos, Dios clemente! ¡Protégeme, Dios Santo!  
¡Por sus voces que claman! ¡Por mis versos que lloran!

## II

¿Fue prodigio quizás? Magno prodigio  
Debió de ser. De pronto, de repente,  
Como en alas de un aire poderoso,  
Pero blando á la vez, por halagüeño,  
Me sentí transportado... Por el aire  
Y á través de la bruma... Juraría  
Que el viento me llevó sobre las rocas  
De un islote brevísimo; que en ellas  
Mis plantas se afirmaron, y que en torno  
Me aprisionaba, sin cesar, la bruma.  
¡Oh, cuán tremenda, sigilosa cárcel!  
De improviso también nuevos clamores  
Llegaron hasta mí; no ya lamentos,  
Prolongados, agudos, angustiosos,  
De las sirenas de los buques; voces  
Más angustiosas por humanas. Eran  
Todas las voces del dolor humano:  
Las de la angustia que consume viva;  
Las de la duda que devora lenta;  
Las del martirio corporal que roe;  
Las del tormento de las almas... ¡Todas!  
¡En ráfagas intensas, en intensos  
Lúgubres torbellinos, resonaban  
Sin cesar! ¡Sin cesar! ¡Cuán espantosas!  
Doblé la frente, con entrambas manos  
Sosteniendo su grave pesadumbre;  
Cerré los ojos y aguardé... ¿Qué instinto,  
Cuál anhelo, qué afanes, me infundían  
Alientos de esperanza? Lentamente,

Las ráfagas intensas, los clamores  
De angustia y de dolor, fueron cesando;  
Perdiéndose, quizás, en la distancia;  
Y al fin, tan sólo resonaron leves,  
Cual voces vagas, cual distantes ecos.  
Alcé los ojos, y ¡oh, delicia! Rota  
La espesa bruma, sobre el mar de Oriente  
Un sonrosado resplandor lucía.  
¡La aurora al fin! Y la anhelada aurora  
Fue cundiendo risueña, difundiendo  
Por el aire dormido, sobre el agua,  
Su alegre claridad... Y por el aire,  
Cual tropel de fantasmas perseguidos,  
Los deshechos jirones de la bruma  
Se escapaban huyendo... Vivos rayos,  
Cual explosión de fuegos celestiales,  
Coronaron después la gaya fiesta  
De la Aurora gentil,—fiesta sublime,  
Con tan sublime luz;—y al fin, rasgando  
Su noble frente las dormidas ondas,  
Sobre el espejo de la mar en calma  
Miré surgir el Sol. ¡Oh, Sol que vuelves,  
Para el hombre infeliz, como la imagen  
De la luz, de la fe, de la esperanza  
Que tras las noches y las penas tornan;  
¡Oh Sol, alegre Sol, padre del día:  
La risa de los aires te saluda,  
Y el gozo de los hombres te bendice!

## III

Surgió su rojo disco del mar, como rodela  
De fuego remontada por mano de gigante;  
De un buque portentoso, redonda, magna vela,  
Y sobre el mar sereno, con ráfagas de estela,  
Tendióse un gran camino de luz, centelleante;  
Tendióse un gran camino de luz, cual si brotara  
Del Sol, del rojo disco del Sol, allá en Oriente;  
Tendióse un gran camino de luz, intensa y clara,  
Que sobre el mar corría, vibrante, reluciente,  
Con rápidos temblores, con múltiples reflejos;  
Cual una piel abierta de anchísima serpiente,  
Vestida con escamas de chispas y de espejos.  
Y sobre el ancho disco del Sol, con leve y blando  
Gentil andar, movióse bellísima figura,  
Que fué sobre la mágica rodela destacando  
Con luz, como de Gloria, su espléndida hermosura.  
Con planta leve y pura bajó por el camino  
Que hasta mis pies llegaba, que desde el Sol corría,  
Y sobre el mar luciente como á mi encuentro vino,  
Radiante de hermosura, radiante de alegría.  
Bajó... Siguió... ¿Quién era? Jesús, Jesús divino,  
Que sobre el mar sereno su marcha proseguía,  
Cual Sol del Sol brotado, por gracia del Destino;  
Cual astro portentoso, cual nueva luz del día.  
Sonó, vibró su acento con dulces inflexiones;  
Sonó sobre las aguas; vibró por el ambiente,  
Tan puro y sosegado; vibró con claros sonos,  
Cual agua de un arroyo brotando de su fuente.  
Su voz era un arrullo de célica armonía;  
Su voz, la voz más pura, ¡la voz de su pureza!  
Jesús, sobre las ondas, su marcha proseguía,  
Y en tanto que marchaba, con noble gentileza,  
Así la voz del Justo—su dulce voz—decía:

«Bienaventurados los pobres de espíritu.  
Las dichas del Cielo, sin mal ni cuidados  
Que angustien sus horas, serán con sus almas...  
¡Bienaventurados!

»Bienaventurados los mansos y humildes;  
Por mí silenciosos, por mí resignados.  
Dueños y señores serán de la Tierra.  
¡Bienaventurados!

»Bienaventurados los tristes que lloran.  
Pues lloran, pues sufren, serán consolados.  
Los que sufren ansias y sed de justicia,  
¡Bienaventurados!



»Hombres compasivos del sufrir ajeno;  
Por mi fe piadosos, de mi fe soldados;  
Pues habrán, en premio, gran misericordia,  
¡Bienaventurados!

»Los que hubieren puros, limpios corazones;  
Los que en sí mataren, por nobles dictados,  
Rebeldes instintos, pasiones bastardas,  
¡Bienaventurados!

»Los que mal sufrieren, por buenos y justos,  
En cárceles duras, de hierros cargados,  
De penas y oprobios; pues han mis favores,  
¡Bienaventurados!»

IV

... Y por el mar, hacia la tierra, todo  
Palpitó con latido de alegría.

... Y las ondas del aire transmitieron  
Serenamente, venturosamente,  
La palabra de Dios consoladora.

... Y arrebatado por celeste llama  
De intensa claridad, en un instante  
Despareció Jesús...

... Y en el espacio,  
Cual la huella de un grande meteoro,  
Dejó su huella, su ondulante huella;  
Vivo reguero de crujiertes chispas;  
Himno triunfal de fuego, crepitante.

... Y en la paz del ambiente despejado,  
Despejado y espléndido, sin mancha,  
Quedó la luz, que lo llenaba todo,  
Que lo arrollaba todo, vencedora,  
Cual una rebelión contra las nieblas,  
Cual una afirmación contra las dudas.

¡Oh, la paz de las ondas, inefable!  
¡Oh, del ambiente la inefable y quieta  
Diafanidad azul!... ¡Oh, la sublime  
Gracia de Dios!... ¡La claridad de juicio,  
Que la palabra de Jesús me impuso!...

¡Oh, paso de Jesús sobre las aguas!  
¡Oh, palabra de Dios para los hombres!

¡Oh, bienaventuranzas, sed eternas!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.



ATRAVESANDO UN VADO  
Cuadro de Chaperon.



## **COBARDE**

ERA la hora de las confidencias. Todos hemos sentido alguna vez en la vida llegar ese momento propicio á las confesiones casi inconscientes de nuestras intimidades; aun de aquellas recatadas por escrúpulos de honor en los más escondidos rincones de la conciencia. Yo no sé qué circunstancias vienen á producir estos estados de nuestro espíritu, en que dejamos manar con dulce complacencia el hondo, caudal de la vida remansado en el alma. Lo que sé, lo que siento, es que estas fugaces incitaciones nos impelen con esa fuerza sobrehumana que es la magia del misterio. ¿Quién resiste á su impulso?

Éramos tres los confidentes; éramos tres antiguos camaradas. El acaso había roto el hilo de nuestra intimidad, separándonos; años después, ese mismo acaso tuvo el inesperado capricho de volver á concertar, por unas cuantas horas, nuestras cordialidades, en la paz de un jardín lleno de aromas, en la paz de una noche llena de estrellas. Quizá fueron los perfumes intensos, ó quizá fueron los resplandores de los astros estímulo ignorado de las confidencias. Nuestra charla era, cual correspondía á la quietud nocturna y á la serenidad del cielo: apacible. Cada uno de nosotros creía tener por oyente el recuerdo, la sombra de amigos lejanos, acaso desaparecidos de la vida. Así son estas confesiones muchas veces, como vaga recordación algo sonámbula.

—Mi cobardía, mi deserción..... Desertor y cobarde..... — dijo Juan Antonio, brillando de una chupada la chispa de su cigarro;— eso creyeron todos, y yo mismo dí pábulo á la creencia, como lo doy ahora á la lumbre de este veguero. No me costó más trabajo.

Llevábamos bastantes días de inactividad forzada. La vida de campamento era tediosa; estos intervalos de paz en la guerra, suelen servir para enconar los odios, y ya sabéis que nosotros todos, hasta el último soldado, odiaba al enemigo. Enemigo era allí el suelo que pisaban nuestros pies, el aire que respiraban nuestros pulmones. Así estaba de enardecida entre nosotros la ferocidad del odio.

Juan Antonio hizo aquí una pausa; respiró hondo.

— ¡Qué extraña, qué torva me parece aquí, y ahora, en este lugar, en esta noche, entre vosotros, aquella furia! Son terribles estas guerras en que cada soldado avanza, mata y muere ebrio de odio. Estas guerras están como purificadas por la grandeza de odiosidad entre dos razas, y la sangre es ofrenda, la matanza holocausto. El libro de la historia reserva para estas guerras sus páginas de oro. Las otras

luchas, las que hacen por deber ejércitos que sólo avanzan á voz de mando, parecen de mayor crueldad, pero ello es que en ellas cada soldado no deja de ser lo que era: un hombre.

Ya sabéis que aquella contienda fué de las sanguinarias. Yo mismo.....—¿os asombra, verdad?—yo mismo sentí acosos de furia dañina. Os aseguro que la ferocidad carnícera estaba como diluída en la atmósfera; yo la percibía en el aire como percibimos un vaho infecto, como el relente de aquellas noches tropicales, impregnadas de humedad densa. Hasta los perfumes acres de la floresta esparcían no sé qué extrañas emanaciones de venganza. Las pesadas horas de campamento las consumíamos en azucar los enconos. Era una amenidad casi voluptuosa; la charla predilecta.

Á poco trecho del lugar en que acampábamos, florecía, entre muros blancos, un jardín que me pareció, como éste me parece, de perpetua primavera. Acaso conocéis alguno de estos jardines, á los que nunca alcanza el despojo invernal, ni la tristeza de una hora sin rosas en los rosales, y sin resonancia de agua en pilas de mármol. Cuando llega la adversidad á estos jardines suele ser para siempre, y entonces, en la negligencia del abandono, tienen en el desamparo la misma intensidad de expresión que antes tuvieron para el alborozo.

En medio de aquel jardín había una casa. Y esta casa era como un nido de intimidad y de frescura. Ella misma parecía anidada en el recogimiento del bosque, punteado de rosas. Yo no sabré deciros lo que allí dentro se entreveía como más deleitable y apetecible: si la mansión, perfumada en recato de verjel, ó el verjel poseído, del recato familiar de la mansión. Era como una tierna fraternidad; benigna alianza de fronda y morada.

Sólo un indicio nos hizo suponer habitado aquel retiro de escondidas pasedumbres: en las noches tan ardorosas y calmas, veíamos resplandecencias, hebras de luz filtradas entre el ramaje. Á las altas horas se extinguían, y la beatitud del reposo nocturno envolvía en doble paz de sombra y silencio la morada.

Nosotros la teníamos ya envuelta en la torvedad de nuestra venganza; desde los primeros días de vivac la sentenciamos: al reanudar los combates serviría de primer blanco á nuestros fuegos. Su aspecto algo señoril, algo romántico, pareciónos procaz; ostentaba con excesiva coquetería el don de la vida apacible, que nos estaba vedado.

\*  
\* \*

Lo tibio de la tarde, lo suave del crepúsculo, lleno de rojez candente, me incitó á prolongar mi paseo tierra enemiga adelante, caballero en un potro mal



domado. Era mi favorito, ó diré que mi único esparcimiento, cabalgar á la ventura por aquellos campos enriquecidos de selva virgen.

Al saltar una barranca, el potro, espantadizo, rebelde al espoleo, corcoveando, dió con mi cuerpo en tierra, según supe después, en el fondo del barrancaral. Apenas tengo conciencia del golpetazo; perdí la noción de la vida, y creo que conservé sólo una vaga noción del dolor, que me hacía exhalar débil quejido. Esta quejumbre fué mi salvadora; acaso el corcel también, que amansado al sentirse libre de carga y espuela, tuvo el increíble instinto de permanecer al borde de la barrancada acompañando mis quejas con sus relinchos.

Recobré la exacta percepción de las cosas circundantes en una estancia que, para dar cuenta cierta del efecto que en mi espíritu produjo, no puedo menos de llamar primaveral. Era como blancura y hermosura de naranjos en flor. Cualquiera menos propenso que yo á los raptos líricos, se creería arrebatado de la terrena realidad. Dudé si al salir de la inconsciencia doliente no flotaba mi pensamiento en vaguedad de fantasía. Veíame sumido en una atmósfera de luz verdosa, cual tamizada á través de espesa arboleda, y de este claror tibio iban surgiendo con lentitud formas de objetos que parecían bañados de albura. Todo era níveo, de una pureza que removía nostalgias de recogimiento familiar.

No; no era mi ampo aposento cámara de hospital; sentíase allí el inconfundible perfume que exhala la vida en los hogares bonancibles. Y me dejé flotar anegándome en la gratitud del ensueño. No me atrevía ni á formular en lo más hondo del pensamiento la pregunta: «¿En dónde estoy?» ..... Nunca supe, como en aquella hora de reposo y soledad, lo que es el placer de abandonarse, dejándose arrastrar por la corriente del misterio.

\*  
\* \*

Vi que entreabrían con mucho sigilo una puerta frontera á mi lecho; vi que una espléndida cabeza de mujer asomó cauta y como vigilante.

Por primera vez desde el accidente oí la resonancia de mi propia voz, que se esforzaba, tal vez en vano, por apagar rudezas del campamento:  
—¡Pueden pasar, pueden pasar!

Yo no quiero recrearme y aburrirme con inútiles ponderaciones sobre la extraña, permitidme decir la imponente hermosura de aquella mujer, que franqueando la puerta y acercándose á la orilla del lecho, puso su mano sobre mi frente, echó atrás mis

cabellos sudorosos y miróme con gravedad....., sí; os parecerá imposible: con gravedad risueña. ¡Ay! ¡Triste del que no sienta su vida iluminada por la luz de este mirar sereno y fugitivo!

Á poco tiempo, Laura—ella me lo dijo, me lo ordenó: «Llámeme usted Laura»,—sentada con aire de dulce tranquilidad en uno de esos sillones que trascienden á veladas familiares, hablaba, hablaba melodiosamente. Era su charla como su mirar, ó como la estancia en que me dió albergue: fresca, matutina.

La charla misma trajo con deliciosa inconsciencia la pregunta, la hizo relampaguear. Lo digo así porque me pareció ver la interrogación zigzaguear fosforescente como un relámpago:

—¿No amó usted nunca?

—Sí.

—¿Él.....?

—Lo mataron.

—¿Quién?

—Ustedes.

¿Comprendéis el silencio que siguió? Lo cruel es que estos golpes no nos borran la realidad, privándonos del sentido, como los golpetazos materiales. Hubiera deseado volver á verme en el fondo del barrancaral, muriéndome, desangrándome.

Quise incorporarme, pero sus manos oprimieron mis hombros con tal ternura, que hubiese sido torpe acción persistir en mi intento, y en mis sofocadas exclamaciones: «Salga usted....., salga usted, Laura; ya puedo levantarme, huir de aquí.... Déjeme usted, Laura.»

Laura volvió á arrellanarse en la butaca evocadora de vida familiar; Laura volvió á coger el hilo de la charla melodiosa. Las ideas, aun las palabras, se desvanecían incomprensibles para mi rebelde percepción; lo que yo oía era un gorjeo, era una música, como un salmo religioso, un gido de piedad.

.....  
.....  
Juan Antonio hablaba ahora con palabra ungida de emoción. Las flores del jardín perfumaban su relato; la paz nocturna les infundía una profunda solemnidad.

Oyóse tembloroso el preguntar de un camarada:

—¿Y era aquel jardín....., era aquella casa?

Juan Antonio respondió:

—Aquel jardín, aquella casa.

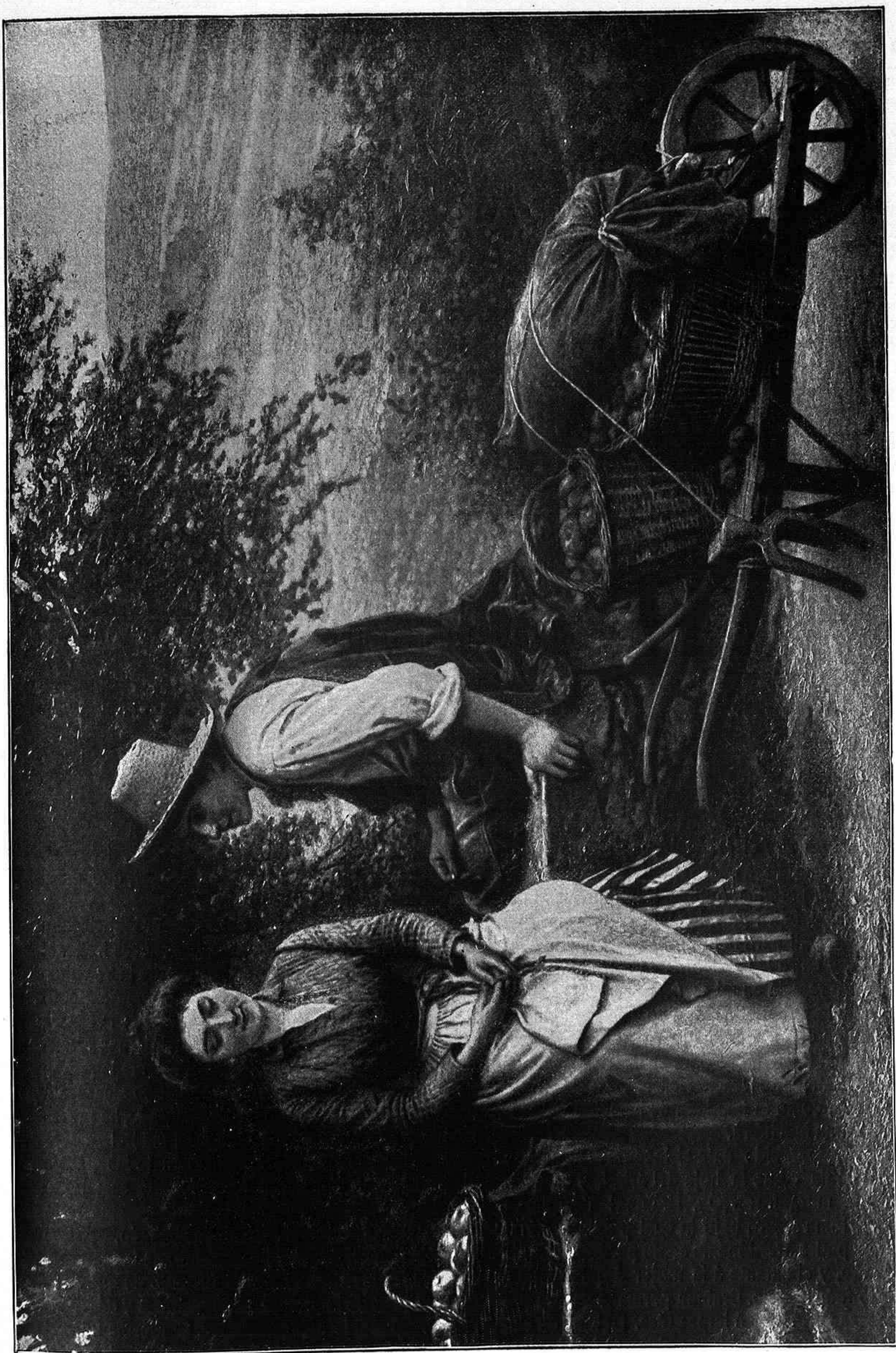
Y después, mirando la roja chispa de su veguero:

—Ahora ya sabéis cuál fué mi cobardía, cuál fué mi deserción.

FRANCISCO ACEBAL.







CAMINO DEL MERCADO  
Cuadro de Bellanger.

Copyright by Braun Clément & C.



## La memoria de las madres.

HA muerto Soma Kanada, y el suelo de la India se ha estremecido de pesar al recibir en sus entrañas el cuerpo del justo. Ha sido fiel súbdito de Brahma; su conducta se ha ajustado al espíritu y á la letra del Darmastra; en saber ha emulado el de los Somapas y el de los descendientes de Maharichí.

Su voluntad ha sido firme como el bambú; su conciencia pura como el loto sagrado. Su vejez ha transcurrido en el bosque. Allí ha vivido inmóvil, con los cabellos espesos y erizados, fijas las pupilas en el disco del sol, su cuerpo incrustado en la arcilla depositada por los termitas.

Ceñía su cintura una piel de serpiente; plantas espesas y nudosas se enroscaban en derredor de su cuello; nidos de pájaros cubrían sus hombros.

Ha muerto como justo, exento de cólera y de pecado, como cumple á los Pitris que nacieron mucho antes que los dioses; en su honor han hecho las oblações los brahmanes, después de cubrir con estiércol de vaca un lugar solitario, orientado hacia el Mediodía.

Derramada ha sido el agua del Ganges en las manos de los sacerdotes, impregnada de sésamo y yerba kusa; y los panes han sido partidos, mientras pronunciaban las palabras rituales: «Esta ofrenda sea para él.»

Sin embargo, el espíritu de Soma Kanada está inquieto y turbado, porque ha de presentarse, para ser juzgado, ante Brahma; ha de comparecer ante aquel que ha dicho: «Yo soy el alma que reside en todos los cuerpos; yo soy el principio, el medio y el fin para todas las criaturas.

»Soy Visnú para los Aditias, Raví para las lumbreras celestes, Indra para los Devis, Siva para los Rudras, Vriaspátí para los Pontífices. Soy entre las letras la A, y entre las palabras la cópula. El universo entero reposa en mi esencia.»

Y el justo teme haber delinquido y ser condenado á encarnar en el cuerpo de un perro ó de un cocodrilo. Teme al tiempo, que abre su enorme boca, en que se abisman las generaciones, como en el Océano los torrentes, como la bandada de insectos voladores en la llama mortífera.

Y así, comparecido ante el Inconmensurable y Eterno, tiembla como la hoja del árbol, y con voz balbuciente murmura: «¡Oh, Brahma! Templa tu esplendor, toma figura bajo la cual pueda darte el nombre de padre. Perdóname como perdona el amigo al amigo, y el amante á la mujer á quien ama.»

Abierto fué el juicio. Brahma permanecía con sus siete cabezas erguidas é impasibles. Detrás, en columna cerrada, aparecían los semidioses y los muer-

tos brahmanes. Á lo lejos, la sombra, las aguas dormidas y calladas y el aullido del perro *Sura* encima de los tramos del puente Cinerad.

—¿Quién—pregunta Brahma—se sintió agraviado por Soma Kanada? ¿Quién sabe de su culpa? ¿Quién puede censurar en él una sola acción incorrecta que le impida ser absorbido como intachable por el Nirvana?

Entonces adelantóse un Duydia y dijo: «Yo.»

—¡Oh Brahma, esplendoroso—clamó—como el astro de los mil rayos, primogénito de todas las verdades y todos los mundos! Yo he sido injuriado por Soma Kanada. Una vez me llamó por mi nombre, dibujando en sus labios una mueca despreciativa. Reclamo que, con arreglo á lo escrito en el Darmastra, le sea clavado ardiendo, en la boca, un puñal de hierro de diez dedos de largo.

El Padre de la luz sonrió compasivo ante la iracundia del rival ofendido.

Temblando de cólera, adelantóse entonces una mujer.

—Preparen Neriosengh y Duzac—balbució—sus lagos sangrientos. Ese torpe esclavo me llamó fea. Pido que se le mutilen los labios y se le condene después á la más vil de las transmigraciones. Sea perpetuamente reptil y arrastre sobre la tierra su asqueroso vientre.

Volvió á sonreír el poder que existe por sí mismo y preguntó si no había en el concurso un agraviado más.

Cien voces se alzaron. Eran las de los levemente agraviados en su orgullo ó su vanidad; voces enconadas, hinchadas de saña, incapaces de olvido y perdón. La justicia de Brahma iba á decidir la absolución completa, cuando turbado, trémulo, Soma Kanada pidió licencia para hablar, que en el acto le fué concedida.

—¡Oh tú, potentísimo y sapiente!—pronunció con las lágrimas en los ojos.—¡Tú que conoces hasta el menor detalle los actos y el sentido de las obligaciones universales, inconcebibles al pensamiento humano! Caiga sobre mí tu rigor, porque, en verdad, no merezco clemencia. Yo he cometido una crueldad mayor que cuantas mis enemigos me imputan; he realizado una villanía para la cual no alcanza la sanción de los Vedas. ¡Yo he atormentado, he escarnecido y he privado de la vida á mi madre!

Un murmullo de horror se alzó en todas partes al escuchar la confesión tremenda de semejante iniquidad.

—Apenas nacido—siguió el desdichado,—pagué con rebeldías el sacrificio sacrosanto de la maternidad. Yo he mordido el pecho fecundo de que succioné el jugo de la vida. Á abnegaciones y desvelos he correspondido con iracundias. Conforme fuí adquiriendo fuerza, entendimiento y actividad, los fuí



empleando en acarrear á mi desgraciada madre infortunios. Ya hombre, la maldije, y un día, cuyo recuerdo me abochorna, me atreví á golpear con mi mano culpable sus mejillas escuálidas.

Un lúgubre aullido del perro fatídico *Sura* ahogó el murmullo de indignación que produjeron estas palabras.

—Por cada beso—continuó Kanada—que mi madre ha depositado en mi frente, yo he hecho derramar de sus ojos cien lágrimas; por cada caricia de sus manos, he hecho surgir en su pecho una tribulación. He sido con ella ingrato, rebelde, cruel; yo la he sumido en la miseria y en el oprobio. Por último, indignado porque un día se negó á procurarme medios de proseguir mi vida de disipación y desorden, la suministré un tósigo que la llevó á la tierra, y, una vez en ella, no la tributé las exequias que son debidas á los manes y abominé de su memoria, maldiciendo la hora funesta en que me concibió.

Se hizo un silencio aterrador. Luego, sonora, amenazadoramente enigmática, se oyó la voz del Padre de los astros.

—Que comparezca ante mi presencia—dijo—la madre de Soma Kanada.

De la sombra surgió una mujer pálida, exangüe, aniquilada por el dolor, postrada por el infortunio. Apoyado en un báculo entró el fantasma en el gran círculo de luz, y el criminal corrió á ocultarse avergonzado y trémulo. La anciana llevaba en sus pupilas las huellas de un dolor infinito y en sus carnes las manchas amoratadas producidas por los golpes sacrílegos del hijo cruel. Lanzó un gran suspiro y esperó las órdenes de la Trimourti.

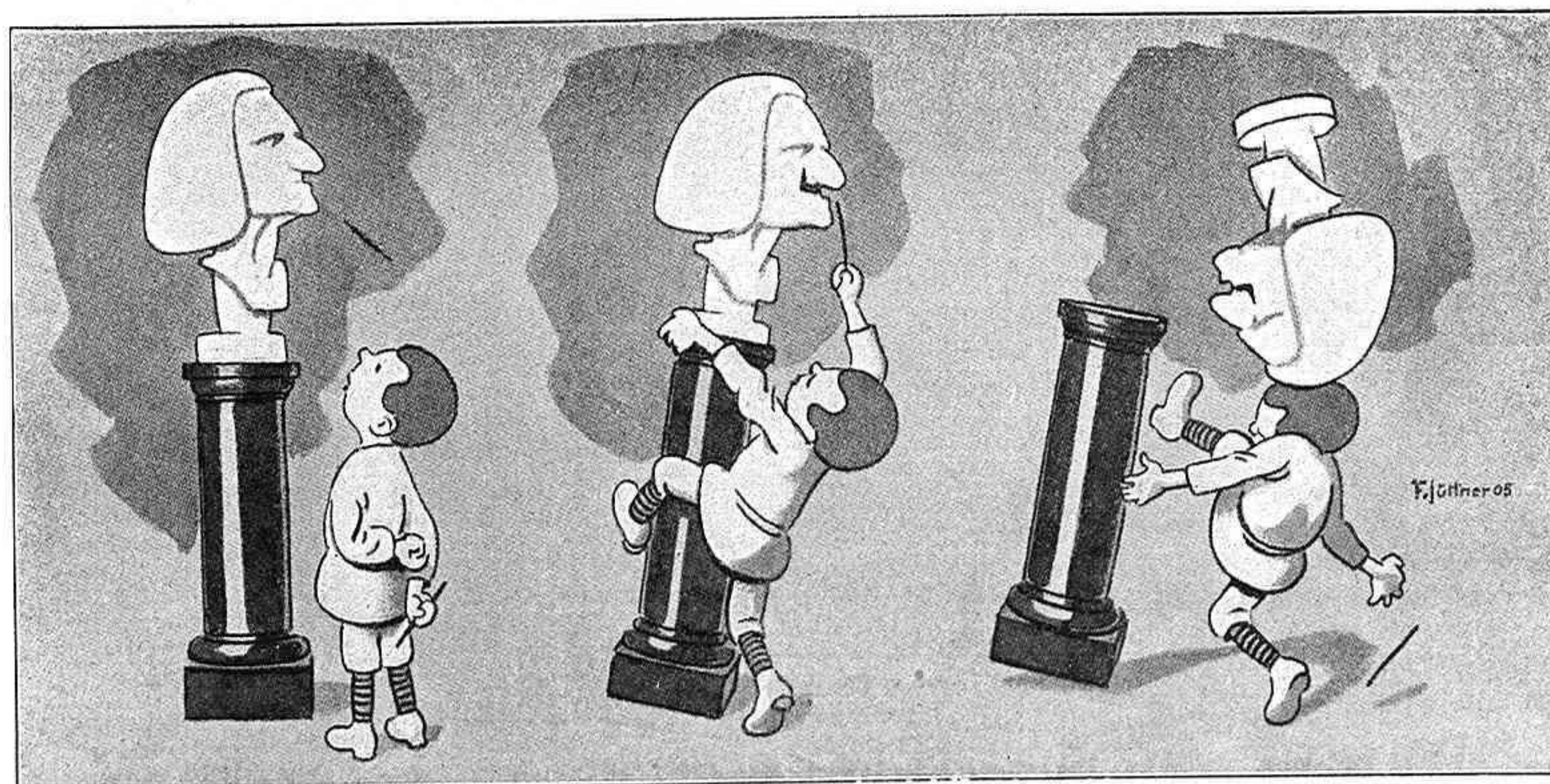
—Has padecido—pronunció Brahma—el dolor más intenso y terrible; pero serás vengada. Cuéntanos, sin reserva alguna, lo que tu hijo te ha hecho sufrir.

Entonces la anciana alzó la cabeza, estupefacta, revelando en su rostro la más sincera y honda sorpresa. Y como si inútilmente quisiera recordar, preguntó á su vez con acento de incredulidad:

—¿Á mí? ¿Cuándo?

.....

ANTONIO ZOZAYA.



.....

||Cataplúm||





JUVENTUD  
Cuadro de Blas.





## ESCEPTICISMO

Eso de la aviación,  
Para mí es una invención  
Totalmente baladí,  
Y digo que es para mí,  
Porque soy una excepción.

Yo no puedo tolerar  
Que digan los inventores  
Que se vuela con motores....  
¡Qué ha de ser eso volar,  
Audaces aviadores!

No se puede confundir  
El hecho de ir y venir,  
Más de prisa ó más despacio,  
Atravesando el espacio,  
Con volar, en mi sentir.

El volar es muy distinto;  
El volar es, verbigracia,  
Ir del álamo á la acacia,  
Como va el pájaro pinto  
En Asturias ó en Alsacia.

El volar es una cosa  
Completamente ideal;  
Vuela el águila caudal,  
Y vuela la mariposa,  
Y vuela el pavo real.

Vuelo, es ir de flor en flor  
Libando su dulce miel;  
Vuelo, es el del rui señor,  
Que recorre á su sabor  
La enramada de un verjel;

Pero ir en un armatoste  
Con hélices y motores  
Á matarse contra un poste,  
Sin decir oxte ni *moste*,  
¡Qué ha de ser volar, señores!

Eso es, á todo tirar,  
Otro medio de viajar  
Del hombre en lo porvenir;  
Todo se reduce á ir  
De un lugar á otro lugar.

También se dice que vuela  
Un caballo, si el jinete  
Le azuza y le mete espuela,  
Y se dice de un cohete,  
Y aunque se diga, no cuela.

Los duros vuelan también,  
Y vuela el tiempo, y el tren,  
Y usando la dinamita,  
Vuela un buey y una sartén,  
Y un quinqué y una garita.

También vuelan las cometas,  
Si hace aire, y los papeles;  
Yo he visto, puesto á manteles,  
Que volaban las croquetas,  
Los vinos y los pajeles;

Pero ¿qué tiene que ver  
Que se diga que es volar  
Lo que es desaparecer?  
Pues bien: eso es *aviar*,  
Irse un día y no volver.

Desde este punto de vista  
La aviación es un vuelo,  
Y no habrá quien se resista  
Á creer en la conquista  
De los ámbitos del cielo;

Porque á todo aviador  
Que se le rompa el motor  
Y llegue á tierra hecho añicos,  
Merece, como los chicos,  
Ir al reino del Señor.

Yo afirmo sin ser rotundo  
Al juzgar las *martingalas*  
De *nuestro* ingenio fecundo,  
Que *no volará* en el mundo  
Más que á quien Dios le dé alas.

Por eso la aviación  
Para mí es una invención  
Totalmente baladí,  
Y digo que es *para mí*,  
Porque soy una excepción.

FÉLIX MÉNDEZ.



## Diálogo de los olores.

JUANITO, no huelas el pan, que es una costumbre muy fea. ¡Jesús y qué niño tan mal educado! Comíamos los íntimos de la casa, santificando los días de la dueña, una de las Marquesas viudas que mejor juegan al *bridge* en Madrid.

—Déjele usted, Marquesa—replicó el doctor García Ricino, famoso especialista de niños.—Déjele usted.

Se puso los lentes y añadió solemne:

—Los olores alimentan.

La Marquesa se mordió los labios algún tanto contrariada por la desautorización de Ricino. Y se hizo un largo silencio embarazoso.

Al servirse el café—en el mismo comedor, según costumbre en las fiestas de confianza—reanudóse el tema por iniciativa de la Marquesa, que no había cesado de rumiar la doctoral y sentenciosa afirmación.

—Decía usted que los olores...

—Los olores—atajó D. Hermógenes, metiéndose por medio—son efectivamente alimenticios, digamos nutritivos. Es decir, algunos y determinados olores. Ésta era, al menos, la doctrina, digamos el parecer, del divino Platón.

Generalizóse la conversación de sobremesa y cada cual metió su cucharada, aunque repartiéndose el peso principal de la tesis, digamos la tesis y el peso, entre el reputado médico y el sabio y erudito maestro, también perpetuo opositor á cátedras como su homónimo de *La comedia nueva*.

—Ahora me explico—insinuó *Madapolín*, el revisero de saloncillos y subcrítico—que en los juguetes cómicos del antiguo régimen nos pinten siempre á los cesantes, á los poetas, á los maestros de escuela y á toda clase de famélicos, por decirlo así, profesionales, contemplando los escaparates bien surtidos de cuanto se relaciona con la *Ingesta*, que diría nuestro amigo el doctor.

—No hay que echar estas cosas á broma—respondió el doctor, amoscado.

Quitóse los lentes para cambiar de tono y prosiguió familiarmente:

—Lo que me choca es que no conozcan ustedes, ó lo han olvidado, el refrán popular que lo reza bien claro. Es á saber: *De los olores, el pan; de los sabores, la sal*. Los refranes son la cifra y compendio de la sabiduría. Vea usted, señora mía, cómo Juanito no es ningún niño viciado por mala costumbre ni reñido con la educación. Muy al contrario, se atiene por instinto á las buenas máximas aspirando el olor más sano, más agradable y más sustancioso que puede imaginarse. Mi ilustre colega... (Se encas-

quetó de nuevo los lentes.) Mi ilustre colega Sorapán de Rieros...

—Ese fué un médico extremeño—volvió á atajar el impaciente D. Hermógenes—que floreció á últimos del siglo XVI y principios del XVII y escribió su *Medicina española en proverbios vulgares* (un tomo en 4.º, impreso en Granada), y entre ellos se halla el del olor del pan.

—Así es—apoyó Ricino, todavía con el atributo de los lentes puestos, y se me olvidaba decir que la armadura la tenían de oro.—Y en sus Comentarios—continuó,—cita Sorapán de Rieros varios casos clínicos en que los enfermos recuperaron sus perdidas fuerzas merced al olor del pan, y añade que los filósofos de la antigua Grecia, con el propio Platón, opinaban que *los olores alimentan los cuerpos*. Yo... (Se quitó los lentes.) Yo, la verdad, no he leído á Platón por falta de tiempo y porque no sé el griego, que es una razón; pero me atengo á la autoridad de la referencia.

—Entiendo yo también—confirmó el erudito—que Sorapán estaba en lo firme, aunque tampoco tuve ocasión de evacuar, digamos compulsar, la cita del pan.

La Marquesa escuchaba sin pestañear, y á mí se me pudrían en el cuerpo algunos viles juegos de palabras á que me tentaban el pan y Sorapán.

—Andan muy descuidados estos importantes estudios, amigo doctor—exclamó D. Hermógenes.—Me refiero á la *Osfresilogía*, que para mayor claridad se compone de dos palabras griegas y que quiere decir discurso, digamos tratado, de los olores, y del sentido del olfato por extensión. El olfato, señores, se anticipa al gusto.

—Verdad—intervino el doctor, con el atributo montado.—Ningún alimento mal oliente puede ser sano, dijo Haller.

—¡Alto ahí!—saltó la Marquesa con vengativa fruición.—Yo también tengo mis refranes, y hay uno que dice: *Tapar la nariz y comer la perdiz*.

—Bien me ha devuelto la pelota—murmuró Ricino entre dientes, con la risita del conejo; pero se rehizo en seguida, y afirmando su prosopopeya y su áureo binóculo, nos endilgó una conferencia inacabable, como para distraerse á sí mismo de la impresión de la *cogida*.

Discurrió sobre los perros de caza, el venteo y el rastro; descubriéronse el descubrimiento de América, con los salvajes que *nos* olfateaban desde lejanísimas distancias; aseguró que hay negros que—como el gitano del cuento, por el tacto,—adivinan los colores por el olor, y adujo, en fin, el ejemplo de un ciego que conoció por el olfato que su hijo había hecho novillos.

—El número de los olores—expuso D. Hermógenes á su turno—es incontable; á cuatrocientos diez



y nueve los hace ascender un tratadista, ampliando las siete secciones de Linneo y los cinco géneros de Fourcroy, y el buitre—*vultur odoratu*—los percibe con una potencia olfatoria mil veces superior á la nuestra. Hay olores especiales, característicos, digamos *sui generis*, como el olor de santidad y el *odoræ femina*, sin extenderme sobre muchos que sería de mal gusto evocar en esta ocasión.

El viejo General, hasta entonces callado, rompió á hablar exclamando:

—¿Y no está incluido en la lista el olor de la pólvora? Éste sí que es un olor especial é incomparable. Por supuesto que yo hablo de otros tiempos, cuando olía la pólvora, y humeaba, y se respiraba, y nos enardecía, y como que nos emborrachaba, estimulando el ardor y el ímpetu del combate. ¡Era un olor aquél! Ahora la pólvora ni humea, ni huele, ni sabe, ni creo que es pólvora. Yo no digo que esto sea ó no sea mejor ni peor que lo otro; lo que digo

es que es otra cosa ¡narices! inodora é insípida.

—No hay que exagerar, tío Manolo—dijo la Marquesa.—Se puede ser muy hombre sin oler á tabaco ni á pólvora.

—Pero más valdría que no apestar á esencias y perfumes.

—Tiene razón el General—observó D. Hermógenes.—Marcial lo dijo: *Non bene olet qui bene semper olet*.

—Y el aforismo higiénico—añadió el médico—lo completa: *Bene olet qui nihil olet*.

Yo, con perdón de la mesa, no me pude resistir más al chiste alevoso, y propuse, para conclusión, que se cambiara la antigua inscripción del templo de Delfos por esta otra variante:

¡OLET TE IPSUM!

Y á todo esto, Juanito, para quien era la lección, se había quedado dormido sobre un plato de postre.

JOSÉ DE LASERNA.

## La lira de Orfeo.

(De Julio Lemaitre.)

ORFEO pierde á su infeliz amada  
Y entonar quiere fúnebre elegía.  
—«Veré, dice, mi pena consolada,  
Á la hermosa cantando, que fué mía.»  
Huye el Ebro fatal y sus riberas,  
Entra en la selva umbría  
Donde escucha el rugido de las fieras,  
Y exhala allí su dolorido acento;  
Mas siente el desdichado  
Que no iguala su queja á su tormento,  
Y así exclama el cantor desesperado:  
—«El arte es impotente;  
El aire conmovido  
Nada dice al vibrar; la Musa miente.»  
Y arranca las tres cuerdas de la lira;  
Y mientras en el bosque su gemido  
Melancólico expira,  
Tendiéndose en el suelo,  
La muerte pide al implacable cielo.

¿Es un dios lo que veo? ¿Es una diosa?  
Una visión etérea, luminosa,  
Á la tierra descende en vuelo blando;  
Detiéndose delante  
Del semidiós; contempla su semblante,

Sobre él las blancas alas desplegando;  
Se inclina, y le abre luego  
El pecho conmovido y palpitante  
Con su dedo de fuego;  
Tres fibras saca de él ensangrentadas,  
Del corazón doliente desgarradas;  
Suspirando las mira,  
Y da estas nuevas cuerdas á la lira.  
Despierta al cantor diestro;  
Con ademán benigno le presenta  
La cítara sangrienta,  
Y le dice jovial:—«Tocad, maestro.»

El rey de los poetas soberano  
El instrumento aquel triste y siniestro  
Pulsa febril con temblorosa mano,  
Y le arranca tan dulces vibraciones,  
Que acuden á escuchar su melodía  
Panteras y leones,  
Y mansos tras él van, en las quijadas  
Llevando todavía  
Jirones de las reses destrozadas.  
Al ver el coro aquel fiero y rugiente,  
Que apaciguó divino corifeo,  
Los pinos doblan la nevada frente  
Por saludar á Orfeo.  
Aún en su lira de oro  
Brilla su sangre, y al vibrar sonoro,  
El vate excelso, á quien el cielo inspira,  
Renacer siente la perdida calma,  
Porque su corazón gime en la lira  
Y sus cuerdas son órganos de su alma.

TEODORO LLORENTE.





## El agua en Granada.

El agua en que su hielo trocó Sierra Nevada,  
Y forma, de su altura bajando hasta la vega,  
El río y el arroyo, la fuente y la cascada,  
Doquiera brota y corre, y bulle y salta y juega,  
Y es vida y ornamento y encanto de Granada.

Doquier su acento rítmico y su murmullo blando  
Es cántico y es risa que sin cesar resuena,  
Pues sabe, porque es clara y pura y noble y buena,  
Templar la sed riendo y hacer el bien cantando.

Y cuando el cielo copia ó cuando al sol se irisa,  
Cumpliendo, satisfecha, su fin y su destino,  
Divierte con su canto y alegra con su risa  
Su horror al despeñarse por el profundo tajo,  
Al rebasar del hondo pilar alabastrino,  
Su lánguida indolencia, y su ímprobo trabajo  
Cuando á mover la obligan las piedras del molino.

Y siempre canta y ríe, tan dulce y tan constante,  
Que cuando en el bullente regato cristalino  
Por las cunetas corre, y, fiel acompañante,  
Modula el són que alienta y anima al peregrino,  
Su copla para oírla suspende el caminante,  
Y atento y silencioso prosigue su camino,  
Dejando que ella sola, mientras avanza, cante.

¡Precioso dón del agua, magnífico tesoro  
Que en mi alma y en mis labios evocas y renuevas  
El culto que en Granada te tributara el moro  
Y el cántico que Píndaro te consagrara en Tebas!

Tú sabes, por dar sombra y dar frescura al bosque,  
Hacer que, como sierpe de trémulas escamas,  
La obscura hiedra al árbol para trepar se enrosque,  
Y suba en espirales hasta vestir las ramas.

Corriendo entre los álamos, los sauces y los chopos,  
En las menudas guijas tu espuma salta leve,  
Y al levantar riendo tus virginales copos,  
Recuerdas que en la sierra naciste de la nieve.

Y si por fin descansa, tan pura y cristalina  
Tu linfa se remansa, que por mirarse en ella  
La flor entre las hojas con presunción se inclina,  
Y ufana, entre las nubes, asómase la estrella.

Por ti la regía Alhambra, sultana que cautiva,  
Ve ajarse sus encantos, doliente y resignada,  
Conserva en su abandono su gracia primitiva,  
Y, por tu alegre y móvil espíritu habitada,

Está, aunque triste, hermosa, y aunque desierta, viva.

Tú tejes la guirnalda de flores que la cerca,  
Y el arrayán salpicas de nardos y de azahares,  
Y, cual bruñido espejo, te azogas en la alberca,  
Para que en ti se mire la torre de Comares.

Y si, aumentando el gozo de los solemnes días,  
Á henchir de nuevo vuelves las viejas cañerías,  
Y en medio de los patios y de las salas brotas,  
Poblando su recinto de vida y de rumores,  
Y haciendo que, al doblarse, los limpios surtidores  
Desgranen sobre el mármol sus perlas y sus notas,  
La Alhambra es nuevamente la Alhambra, que á tu influjo,  
Como por un milagro, recobra de improviso  
La gracia, la opulencia, la majestad y el lujo  
Del soberano alcázar que vió en el Paraíso  
Y que Alhamar en ella fielmente reprodujo.

Entonces, en las puertas de sándalo y de aliso  
Relucen los adornos que ataca la carcoma,  
Lavados resplandecen los mármoles del piso,  
Y brillan y resaltan sobre el labrado friso,  
En áureos caracteres, las suras de Mahoma,  
Porque la luz del día, que quiebra sus fulgores  
En tus movibles prismas, y al refractarse, toma  
Del tornasol viviente cambiantes y colores,  
Irisa, esmalta, bruñe, matiza y policroma  
Relieves, lacerías, dibujos y labores.

MANUEL DE SANDOVAL.

Granada, Julio 1909.





EN EL PARQUE  
Cuadro de José Villegas.



## Ser hombre importante.

**E**s innegable que cuando muchos llegan á una posición que los amigos titulan de «altura envidiable», pierden un tanto la realidad de la vida anterior y comienzan á creerse que hasta han nacido con guantes de cabritilla puestos.

De este modo, vemos á seres más sencillos que un vals, y que antes iban al café y se guardaban los terrones de azúcar *para subir la escalera*, ahora engraidos porque son alcaldes de barrio ó han dirigido un cotillón con figuras... y sietes, como algunos solitarios.

Hay quien desde que llega á ser importante, es hombre perdido.

—Á ver, Teresa, ¿qué hay de almuerzo?

—Pues, como siempre, cocido, y de principio hígado frito.

—¡Retorta! ¿Tú te has creído que yo puedo comer eso, habiendo llegado al puesto que tengo? El hígado está completamente reñido con los deberes políticos, y un hombre que conoce á Vadillo y ha saludado dos veces á Moret, no puede entregarse á semejante alimentación. ¡Ó me pones algo con salsa, que es lo que comen todos los hombres de posición, ó nos divorciamos!

En aquella casa, que antes todo era paz y ventura, desde que el jefe de la familia es hombre importante, las costumbres cambian, y hasta obligan á la criada á que aprenda algunas palabras en francés por si algún día llama á la puerta un diplomático extranjero.

Lo peor es cuando la importancia es por reflejo, ó sea que no la posee directamente la familia, sino algún allegado. ¡Á cuántos sobrinos de Fulano, ó tíos de Mengano, hemos conocido que se daban más *pisto* que un matador de cartel!

Las de Rabadillo, por ejemplo, tienen un cuñado que es Gobernador de provincia, y quieren por ese sólo hecho que hasta los guardias de Orden público las saluden cuando pasan por la calle.

Ayer mismo tuvieron una pelotera horrible con la portera, porque ésta se hallaba en el portal maldando unos guisantes.

—Mire usted, Cipriana, siento mucho decírselo, pero en las casas donde viven personas de viso como nosotras, esos menesteres se hacen en el interior del *cuchitril*.

—Como, mayormente, no ofendo á *naide*.

—Pero va en desdoro del inquilinato. Nosotras, á Dios gracias, estamos acostumbradas á vivir en casas de lujo, y lo que debía usted hacer es obligar á su marido á que se pusiera una librea verde y estuviera en la portería.

Realmente, las de Rabadillo abusan de la posición de su cuñado, y hasta tal punto han tomado en serio su importancia, que la madre ha obligado á una de las niñas á que riña con el novio porque le parecía poco para yerno.

—Pero, mamá, si Arturito es muy bueno, y en cuanto termine la carrera de Música nos casamos.

—¿Y crees tú que voy á permitir que seas la mujer de uno que toca el oboe? ¡Qué diría tu tío! ¡Le parecería que cuando sale de gran uniforme presidiendo una procesión, se iba á encontrar á su pariente entre los murguistas que cierran la marcha!

—Es que, además, cuenta con la protección de un tío suyo que es cerero y que ha prometido dejarle al frente del establecimiento, porque dice que Arturo tiene muy buena mano para evitar que se derrita la cera en el verano.

La madre no transige, y aquellos amores quedan cortados porque los juzga incompatibles con el fajín del pariente.

Claro está que, á cambio de estas contrariedades y molestias, la importancia trae gran número de ventajas, como es la admiración de las multitudes en general y de los conocimientos en particular.

Cuando entra D. Olegario en el café, por ejemplo, todos los contertulios se apresuran á dejarle sitio, á instalarle en el diván, á quitarle el sombrero y á ofrecerle pitillos emboquillados.

—¿Qué hay, gran hombre?

—¡Psé, poca cosa! He estado un momento en el Congreso, he dado un cogotazo cariñoso al Ministro de Gracia y Justicia, y me he salido.

El mozo, que en aquel momento está echando café á D. Olegario, siente una emoción profunda en las cafeteras al ver que está escanciando á un hombre que da cogotazos á un Ministro, y le derrama todo el líquido en el pantalón.

—¡Cuidado!

—Pero, ¡hombre!

Toda la tertulia se precipita á limpiar con sus pañuelos al político, y hasta acude el encargado del mostrador á dar explicaciones á D. Olegario, no



faltando quien proponga que el camarero sea conducido á la Comisaría por faltar de obra á un hombre importante.

Estas son las dulces compensaciones que la vida ofrece á los ilustres hombres, porque bueno es hacer constar que no es oro todo lo que reluce, y el propio D. Olegario, cuando se queda solo con el camarero, le dice:

— Oye, Juan, eso del pantalón no me ha im-

portado. ¡Ah!, ¿sabes?, el café te lo pagaré mañana.

Y pasado este momento de franqueza, vuelve á recobrar su seriedad de hombre importante, á la que tiene supeditada su vida entera.

Créanme ustedes que la importancia de mucha gente es cosa verdaderamente risible.

A. R. BONNAT.



Copyright by C. Bellanger.

AGUADORA  
Cuadro de Camilo Bellanger.



## Cantos eslavos.

### I

SOBRE la verde encina de la colina  
Saltan, se arrullan y juguetean,  
Tiernas y amantes, unas palomas.

Cuantos pasean  
Por estas lomas  
Cuando la tarde su luz declina,  
Ven envidiosos cómo aletean,  
De amor, las aves sobre la encina.

De envidia heridos, no os dé ello pena,  
¡Oh pobrecillos que sin ventura  
Buscáis afanes en los amores!

En la cadena  
De la ternura,  
Yo amé unos ojos encantadores  
Que me arrullaron en las colinas,  
Cual las palomas allá en la altura,  
Y al fin, traidores,  
Los mis amores,  
Rotos, huyeron cual golondrinas.

### II

—BUENA madre, buena madre,  
¿Dónde se halla vuestra hija,  
Que no la vi hace tres años  
Y he perdido la alegría?

—Bajo la tierra descansa,  
En la tierra bendecida;  
No la busques, ni la esperes:  
Ser tu esposa no podría.

—Madre, ¿en qué sitio mi muerta  
El sueño eterno dormita?  
Cavaré su sepultura,  
Posaré en ella mi vista.

.....  
Camino del cementerio  
Los dos cuitados caminan.

Al cabo encuentran su tumba:  
La tierra está removida,  
Y dos rosas encarnadas  
Sobre la tierra se erguían.

—Dime, rosa, ¿ésta es la tumba  
De la reina de mi dicha?—  
Dice el mozo; y, afirmando,  
La rosa su tallo inclina.

—Vuelve á mí—el doncel exclama,—  
Levántate, amada mía.

Y del fondo del sepulcro  
responde una voz tristísima:  
—Quedó el corazón contigo,  
Salir de aquí no podría.

—Pobre reina, pobre amada,  
¡Cuánta fué nuestra desdicha!  
Por no ser libre en mis brazos,  
Te hizo la muerte cautiva.

### III

PÁLIDA estrella que mis ojos llenas  
Con tu luz, en mis noches de aflicción,  
¡Dichosa tú, que brillas y no sientes!  
¡Feliz tú, que no tienes corazón!  
Si corazón tuvieses, alba estrella,  
Tu pálido fulgor  
Se desharía en lágrimas de fuego...  
¡Que es sangre ardiente el llanto del amor!

### IV

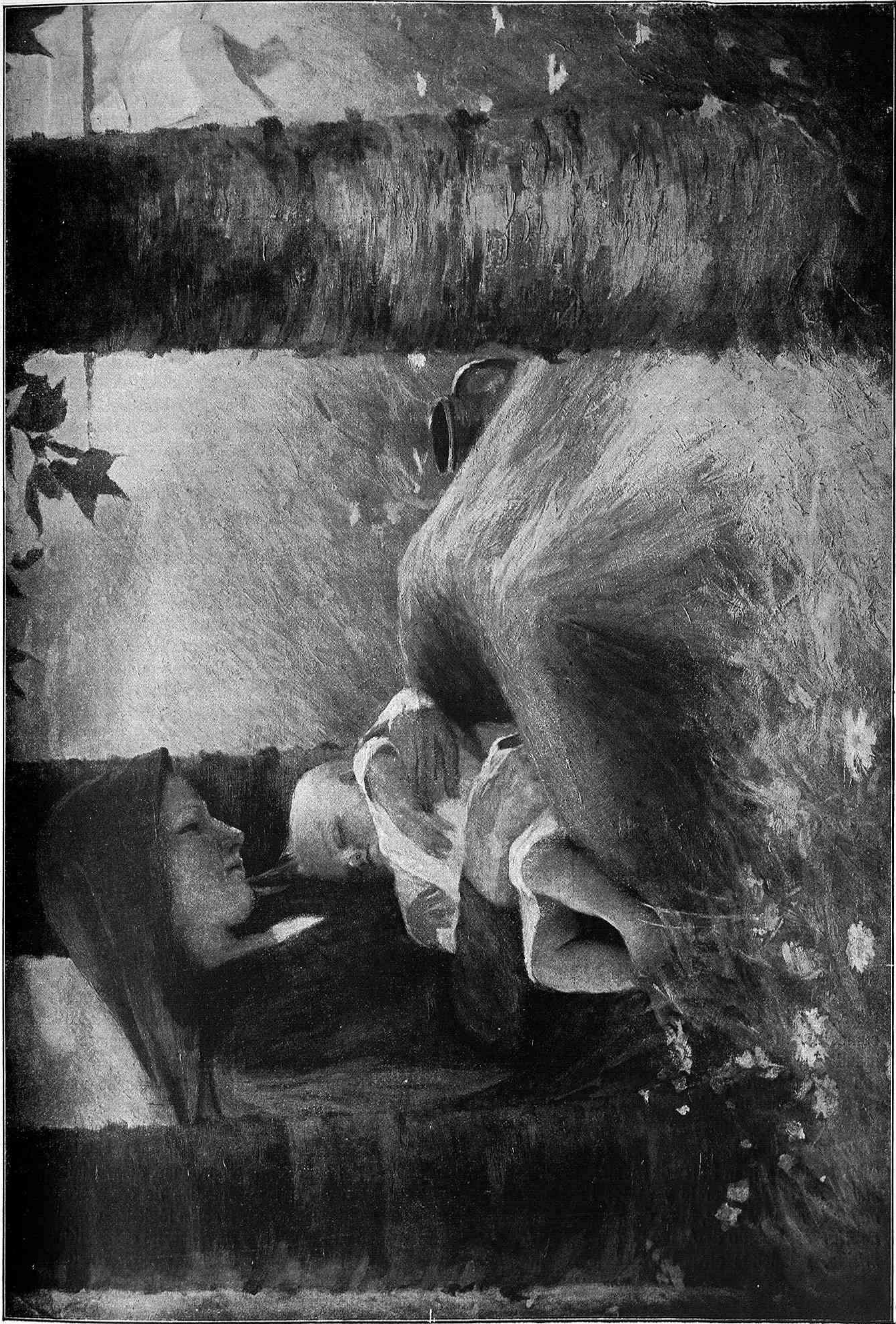
—MI niña, la noche  
Nos ha sorprendido;  
Di, ¿dónde hallaremos  
Protector asilo?  
—Abajo, delante  
Del álamo altivo  
Que, en medio del prado,  
Se mira en el río.  
—Y el descanso, ¿dónde?  
—So el césped mullido.  
—¿Qué habrá de librarnos  
Del viento y del frío?  
—La sombra en que teje  
La noche sus hilos.  
—¿Quién, cuando la aurora  
Rasgue su tul fino,  
Vendrá á despertarnos  
De un sueño rendido?  
—Las aves parleras  
Nos darán sus trinos.  
—Y, una vez despiertos,  
Vida y angel mío,  
¿Con qué rostro y manos  
Trocaremos limpios?  
—Yo tendré mis lágrimas,  
Tú el fresco rocío.  
—¿Y cuando los cuerpos,  
Ya desfallecidos,  
Pidan reparemos  
Fuerzas que perdimos,  
Cómo?

—Tú, en los árboles  
Tendrás exquisitos  
Frutos; mi vergüenza  
Brindaráme bríos.  
—Vida, ven.

—No, aparta,  
Seductor maldito;  
Jamás en tus ojos  
Se posen los míos.  
¿Quisiste perderme?  
Pues ya me has perdido:  
¡No has de verme nunca  
Más en tu camino!

Por la versión castellana,  
RODOLFO GIL.





"EL NIDO" Cuadro de Bautzer.



## El matonismo en acción.

Costumbres del siglo XVII.

Es creencia general que la sana lectura y amplia difusión del *Quijote* desterró de nuestra literatura el tema absurdamente caballeresco, inverosímil y fantástico que durante muchos años fué asunto permanente de los libros de caballería andante, que fueron la recreación de una gran parte de la Europa culta, y que tanto influyeron en las costumbres.

Cervantes se burló donosamente de esos libros, y por virtud de su crítica y de su sátira aficionóse la gente á las novelas del gusto italiano, cayendo en desuso la novela caballeresca—ó de caballería—por la pesadez en la narración y por la inverosimilitud y monotonía de los sucesos.

«La risa de Cervantes mató la caballería española», ha dicho lord Byron, y antes y después de esa afirmación del poeta inglés se ha creído que el mencionado género literario había muerto definitivamente á manos del *Ingenioso Hidalgo*.

No participaba de esta creencia D. Pedro Calderón de la Barca. En su comedia *El maestro de danzar* hay un aventurero, del cual se burla otro personaje de la obra en estos términos:

«Todas las locuras dejo  
De Esplandianes y Belianis,  
Amadís y Beltenebros,  
Que, á pesar de *Don Quijote*,  
Hoy á revivir han vuelto.»

Con efecto: si era indudable que los libros caballerescos disparatados habían dejado de ser la lectura favorita de sus antiguos apasionados, no era menos cierto que el germen de aquella nociva literatura había quedado en los romanceros, y sabido es el irresistible incentivo que tiene para el gran público la música de la versificación y el encanto del lenguaje. Por consecuencia, siguió viviendo el género, y aun en forma más atractiva, pues se refugió en la poesía lírica y en la dramática.

Lo que en la novela había llegado á ser insoponible, se admitía con agrado en el romance y en la comedia, en la comedia singularmente. Que esto es indudable, pruébase sólo con decir que se escribieron muchas obras escénicas de caballeros andantes por los más notables autores del siglo XVII, y que tales producciones se representaban con extraordinario aplauso.

El doctor D. Juan Pérez de Montalbán en *El Palmerín de Oliva*, Moreto y Matos Frago en *El mejor Par de los doce*, Mira de Mescua en *El conde Alarcos*, Cubillo de Aragón en *El vencedor de sí mismo*, y muchos otros cuya enumeración fuera

prolija, dedicaron su ingenio á desarrollar y poner en acción argumentos tomados de los libros de caballerías.

El mismo Calderón, siguiendo en esto la máxima de Lope, que había dicho:

«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo  
Hablárle en necio para darle gusto»,

dejóse arrastrar también por la afición popular reinante, y escribió *El castillo de Lindabridis*, *El conde Lucanor*, *Fineza contra fineza*, *El jardín de Falerina*, *El mejor amigo el muerto*, *La puente de Mantible* y *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*, que nosotros sepamos, pertenecientes á dicho género.

Puede decirse, por el número y calidad de obras y de autores, que se creó un teatro *caballeresco* y *exaltado* que sustituyó, con ventaja (la ventaja de la forma poética y dramática), á los libros de caballerías.

Á este propósito dice, muy atinadamente, Adolfo de Castro:

«Coincidieron con la lectura de aquellos libros (y las representaciones de aquellas comedias) los sucesos portentosos del descubrimiento del Nuevo Mundo y las empresas atrevidas de los aventureros españoles, así en aquellas apartadas regiones, como en las campañas de Italia y Flandes. ¿Qué extraño, pues, que un pueblo donde la lozanía de la imaginación es grande, y mayor la viveza, estuviese exaltadísima y pronta á ejecutar lo que de la andante caballería pudiese ser ejecutado? Evidentemente que no saldrían muchos españoles á peregrinar por el mundo, haciendo profesión de caballeros, ni á vencer desaforados gigantes, ni á combatir con endriagos; pero que en emprender hazañas temerarias por amparar lo que juzgaban merecedor de amparo, y en estar prontos á la defensa del que impetrase su auxilio ó hubiese menester el poderío de su brazo y el arrojo de su valor, seguían las doctrinas aprendidas en la lección de los Amadises, Palmerines y Esplandianes, es una cosa en todo extremo evidente.»

Este razonamiento no tiene vuelta de hoja: para esos extravíos de la imaginación y esas exaltaciones del valor temerario, hemos tenido siempre la primera materia y una vocación irresistible.

Como la propaganda del teatro es mucho más eficaz que la de la novela, por varias razones, la primera y principal por ser un cuadro vivo y el que más aproximadamente pinta la existencia real y las costumbres del país donde se produce, de la admiración que causaban las comedias de caballeros andantes surgió, como derivación lógica, la raza de los *valientes* y *guapos* y *matones*, no extinguida todavía, y que, especialmente en el siglo XVII, los



tales *caballeros*, como los modelos que se proponían imitar, tenían por divisa aquellas palabras de Cervantes: «Sus fueros eran sus bríos, su pragmática su voluntad.»

«Estos modernos Floriseles y Tirantes (dice el escritor antes citado), practicando en el orgullo de su desnudo y en su fortaleza impetuosa las leyes de una caballería no escrita, desfacían agravios y enderezaban tuertos á su capricho, y se encargaban de acorrer á los que creían necesitados del socorro de su carácter belicoso.»

Esa clase de caballeros, que pudiéramos llamar *mixtos ó adulterados*, fueron retratados implacablemente por Calderón en algunas de sus comedias. En *Luis Pérez el Gallego*, por ejemplo, el protagonista recibe en su quinta á un amigo y á su amada, que vienen perseguidos por la justicia, y los acoge y ampara con estas razones:

«Para decirme: Luis Pérez,  
Un hidalgo dejo muerto,  
Conmigo traigo una dama  
Y á vuestra casa me vengo,  
¿Era menester andar  
Por frases y por rodeos?»

Así como «entre amigos, con verlo basta», entre aquellos caballeros bastaba que uno hubiera cometido cualquier crimen ó tropelía, para que encontrase amparo y protección, y hasta ayuda y *complicidad*, en un leal y pundonoroso compañero.

Después de acoger como se ha visto á la enamorada y fugitiva pareja, se presenta otro caballero, perseguido también, y Luis Pérez, que maldito lo que se apuraba por esas *pequeñeces*, le dice:

«Pues tener pecho,  
Que para estas ocasiones  
Es el generoso esfuerzo.»

No contento con animarle de esa suerte, le dice que se escape á Portugal, y que él, Luis Pérez, detendrá á los que vengan á su alcance.

El caballero, ni corto ni perezoso, sale de estampía; llega la justicia, efectivamente, y Pérez, *el terrible Pérez*, la detiene, peleando con ella, y á consecuencia de esta tremolina, tiene también que huir á Portugal, teniendo que abandonar, por meterse á redentor, su casa y su familia. Á poco vuelve á España, y después de muchas bravatas, entra en casa del juez que lo procesaba, se da á conocer con la mayor frescura, exige que se le muestre su causa, la examina, y arranca de ella una hoja en que constaba la declaración de un testigo falso. Luego de arrancada la hoja, acuden los alguaciles; el temerario Pérez tira de la espada y sale de la casa batiéndose en retirada. Una vez ahuyentados sus perseguidores, exclama:

«Pendencia que á mí me llame,  
Como quiera que yo esté,  
Me ha de hallar dispuesto siempre,  
Valga mal ó valga bien;  
Mas la que yo he de buscar,  
Con mi seguro ha de ser,  
Que del nadar y reñir,  
El guardar la ropa fué  
La gala.»

Luis Pérez el Gallego tenía muchos semejantes en aquella literatura y en aquella sociedad.

*Fernando de Zárate* (seudónimo de un escritor de la época) escribió *El valiente Campuzano*, que era un remedo del susodicho Pérez, y Cristóbal de Monroy y Silva, sin duda para hacer el *pendant*, *El más valiente andaluz, Antón Bravo*.

La moda de llevar al teatro, como reflejo de las costumbres, esa nueva y degenerada caballería andante, duró muchos años y subsistía en los comienzos del siglo XVIII. En esta época, Gabriel Suárez escribió y dió al teatro *El asombro de Jerez y terror de Andalucía, Don Agustín Florencio*. Se atribuye al mismo autor *El más temido andaluz y guapo, Francisco Esteban*, cuya leyenda ha llegado hasta nosotros, y fué, puede decirse, la crisálida del bandolerismo andaluz. Nunca pudo decirse con mayor motivo:

«Entre un héroe y un bandido,  
Sólo media la fortuna.»

Y ya hubo un bandido, *Don Juan de Serrallonga* que dijo, por boca de un autor dramático:

«Si porque me ves bandido  
Piensas que estoy deshonrado,  
Tu congoja te ha engañado.»

Lo primero, lo único digno de loa, era el valor temerario, sin pararse un momento á examinar la justicia ó legitimidad de su empleo. Un cronista del siglo pasado, recogiendo impresiones y referencias autorizadas de aquel singular período histórico, dice:

«El pueblo, que no reflexiona, aplaudía los atropellos á la justicia, y cuando ésta perseguía ó castigaba esos héroes, se condolía, como si el valor fuese arbitrariamente el perseguido ó el castigado, y no el yerro, no las desatentadas empresas, no el desprecio de las leyes, no la turbación de la paz de las poblaciones, no los ejemplos de la sangrienta osadía.»

Tan cierto es eso, y tal fué el influjo de esa perniciosa propaganda, que aun subsisten en esta sociedad del siglo XX sedimentos y resabios de aquellas costumbres.

Salvo el culto y el respeto á la mujer, que fué la religión de los caballeros (y aun de los rufianes) del siglo XVII, respeto y culto que casi han caído



en desuso en nuestros días, el matonismo bravucón en que degeneró la caballería andante, la rebelión sistemática y perpetua contra la autoridad, el desprecio de las leyes y la *sangrienta osadía* que lleva á las más desatentadas empresas, palpitan entre nosotros y forman el rasgo más saliente del carácter distintivo de lo que puede llamarse *españolera andante*.

En tal sentido, y mal que pese al progreso de las

ideas y á la constante renovación de las costumbres, puede asegurarse que no pasan años por nosotros.

Los matones del siglo XX, salvo la diferencia señalada más arriba y la sustitución de la espada por la navaja, son herederos legítimos de los del siglo XVII.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.



¡MÍRALO!  
Cuadro de César Philipp.



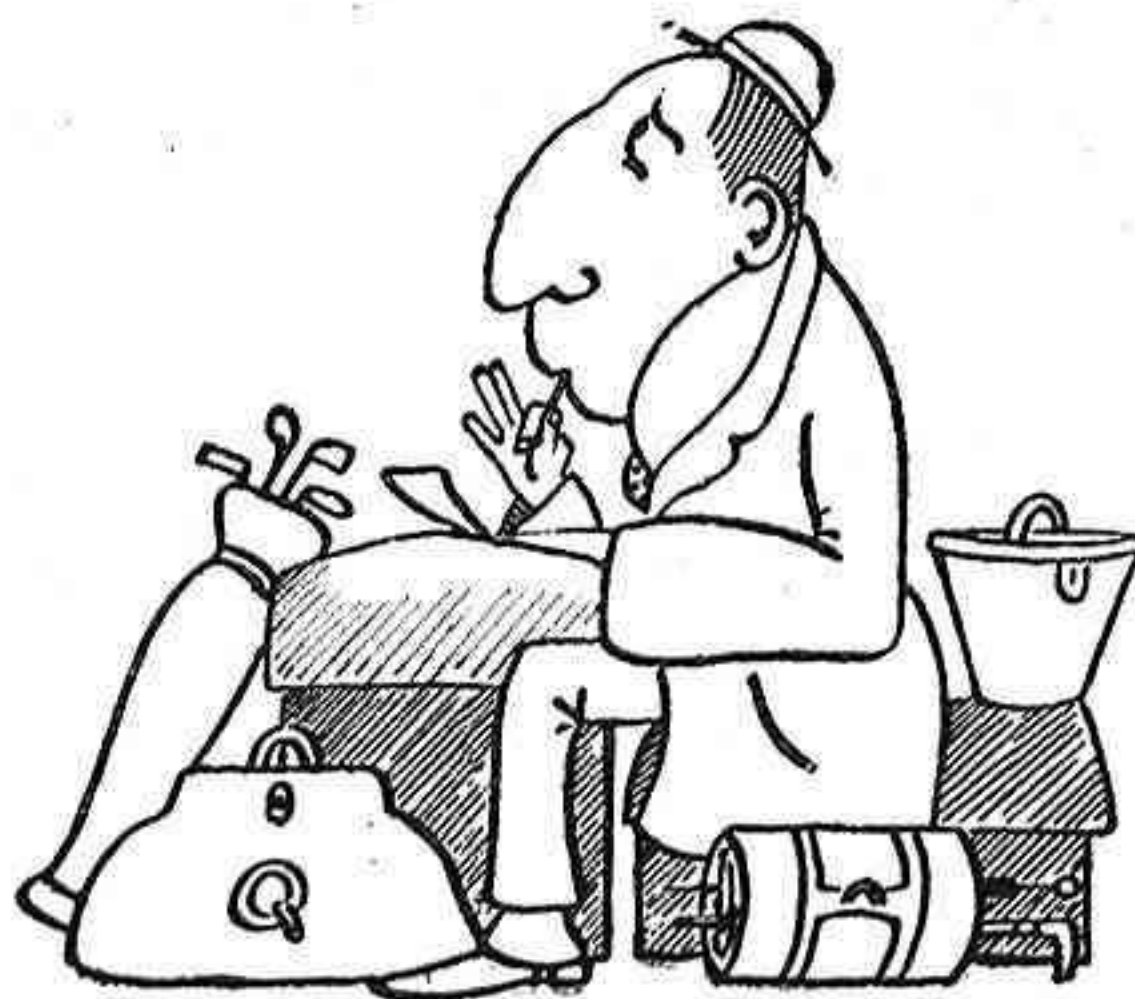
# Los "Cicerones"

Invitado un día por la amable gente  
Que es la flor y nata  
De Villapastel,  
Entre abrazos de unos y saludos de otros,  
Lleno de entusiasmos  
Al lugar llegué.  
Mientras unos fueron á ultimar detalles  
Del banquete magno  
Que ibanme á ofrecer,  
Otros se me unieron con el fin plausible  
De enseñarme todo  
Cuanto allí hay que ver.  
Solos se quedaron para acompañarme  
(Porque conocían  
El terreno bien),  
Un don Bruno López y un don Juan Rodríguez  
Que se profesaban  
Un odio crüel.  
—¿Ve usted aquella casa?—me decía López,  
Al mostrarme un viejo  
Caserón.—Pues es  
El palacio en donde don Felipe Cuarto  
Se ocultó...—¡Mentira!  
¡No lo crea usted!—  
Exclamó Rodríguez.—No fué tal Monarca,  
Ni por estos pueblos  
Hubo ningún Rey,  
Ni eso es un palacio, pues guardando trigo  
Llevan ya sus muros  
Dos siglos ó tres.  
—¿Ve usted allí los restos de una cruz de piedra?—  
Preguntóme López.  
—Sí—le contesté.—  
—Pues una centella que cayó del cielo  
La hizo polvo el año  
Mil quinientos diez.  
—¡Vaya un disparate!—le atajó Rodríguez.—  
¡Si lo que éste cuenta  
Todo es al revés!  
Á quien la centella dividió, fué á Laura,  
La corregidora,

Que á la cruz no fué.  
—¿Ve usted allí á lo lejos á caballo un hombre  
Que atraviesa el río?—  
Dijome también  
El cuitado López, que lo erraba todo.—  
Pues el más ricote  
Del lugar es él.  
—¡Quiá!—dijo Rodríguez.—¡No le haga usted caso!  
Si ha de dar noticias,  
Que se entere bien.  
Ese que á caballo por el puente pasa,  
No tiene una *perra*  
Ni quien se la dé...—  
Y así recorrimos calles y más calles.  
Yo iba mareado  
Con el par aquel  
De rivales fieros, hasta que en la plaza  
Hubo, lector mío,  
Lo que vas á ver.  
—¿Ve usted aquella reja de florido cerco?—  
Preguntóme López,  
Ya junto al hotel.—  
Allí están las hijas de este mamarracho,  
Que modelos fueron  
Siempre de honradez.  
—¡Eso no es exacto!—dijo distraído  
El censor de López;  
Y añadió después:  
—¡Vaya un *cicerone* de guardarropía!  
¡Se equivoca en todo!  
¡No le crea usted!

.....  
.....  
Cuando se te ocurra ver, lector, un pueblo,  
Que uno te acompañe,  
Nunca dos ó tres;  
Y si varios fueran, tómate el trabajo  
De inquirir primero  
Si se llevan bien.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.





## El taquígrafo descalabrado.

Á mi buen amigo el insigne sainetero y «angelical» taquígrafo D. Tomás Luceño.

**A** ninguno que te conozca, amigo Tomás, podrá extrañarle el epíteto de «angelical» que escribo en la dedicatoria de este articulejo, que tu carácter bondadoso, tu afabilidad extremada, tu ingenuidad natural y aun tu mismo gracejo, libre de toda malicia ofensiva y de toda acritud satírica, harto lo justifican.

Habrás, sin embargo, quien crea que ese calificativo acaso te estaría mejor aplicado como sainetero que como taquígrafo, porque tus ingeniosos sainetes tienen, como vulgarmente se dice, «verdadero ángel», y tus trabajos taquigráficos, teniendo en más de una ocasión que seguir el hilo del discurso de ciertos oradores, hilo del que sólo se saca el más enmarañado «ovillo de confusiones», quizás alguna vez te hayan puesto en trances de darte al mismísimo diablo.

Pero quien tenga paciencia para seguir leyendo, pronto se convencerá de que al escribir el título de este artículo y al pensar en ti para dedicártelo, no sólo he tenido en cuenta tu carácter de taquígrafo, sino muy principalmente tu carácter «angelical».

Dice San Isidoro de Sevilla, en sus *Orígenes*, que un insigne poeta, Quinto Ennio, introdujo en Roma la taquigrafía, y tal vez por ello han sido tantos y tantos los poetas que después se han dedicado á ese arte difícilísimo, que otro poeta ilustre, el español Marcial, definía así en uno de sus ingeniosos epigramas:

*Currant verba licet, manus est velocior illis;  
Nondum lingua suum, dextra peregit opus.*

Un esclavo de Cicerón, el orador celeberrimo, perfeccionó y practicó la obra del poeta. *Tirón* se llamaba, y si su condición de esclavo no desdecía de aquella ocupación, porque como esclavos tienen que trabajar á veces los taquígrafos, su nombre, que dió á los signos taquigráficos, llamados «notas tironianas», parece indicación de la penosa tarea de seguir de un «tirón» la palabra más ó menos abundosa, clara y elocuente, de los oradores. Algunos hay, sin embargo, á los que no es posible seguirlos... ni á tres «tirones».

Pasó el tiempo: la oratoria llegó, en lastimosa y rápida decadencia, á una completa ruina, y la taquí-

grafía desapareció naturalmente, hasta que á fines del siglo XVI oratoria y taquigrafía comenzaron á recobrar su imperio.

En 1588, según dice Beloe en sus *Anecdotes of literature*, se publicó en Londres un tratado de taquigrafía para los debates del Parlamento, y un siglo después, en 1690, se publicó en Francia otro tratado semejante: *L'art d'écrire aussi vite que la parole*, á que dió ocasión el éxito de los sermones de los grandes predicadores de la época, que así se conservaron, al decir de Jaubert, en su *Dictionnaire des arts et métiers*.

Al cabo de otro siglo, en 1789, la reunión de la Asamblea de Francia motivó la publicación del *Méthode tachygraphique* de Coulon de Thévenot, que sirvió de guía á los taquígrafos de aquella Asamblea.

De todo este derroche de erudición taquigráfica se desprende que si la taquigrafía ó estenografía, que así también se llama, pudo aplicarse á retener oraciones políticas y aun discursos revolucionarios, también tuvo más piadoso empleo, conservando sermones que aun se admiran como obras maestras de la elocuencia sagrada.

Ha habido una ocasión, sin embargo, en que el taquígrafo no podía ser más abominable, ni más digna de reprobación la plática á que consagró aquél su habilidad en tan difícil arte.

Aunque en España hasta fines del siglo XVIII no se conoció la taquigrafía, gracias á los trabajos de D. Francisco de Paula Martí, insigne grabador que también tuvo sus puntas de poeta y sus ribetes de autor dramático más fecundo que inspirado, ya en nuestra nación había noticias de aquel arte, precisamente por el caso á que antes me refería.

El hecho no ocurrió en España, pero en una obra española se consignó, y por ser libro que alcanzó fama y popularidad, fué por muchos españoles conocido.

¡Quién sabe si por esta circunstancia se retrasó en España la introducción de la taquigrafía!

En *El donado hablador* censura Alonso, el protagonista, la mala costumbre de los que van á charlar y á murmurar á los templos, y á este intento dice:

«Íbame á mi iglesia, y allí no me faltaban pesadumbres cuando hallaba algunas reverendas viudas con tanto entretenimiento y plática como si estuvieran en su casa ó en su estrado, muy de propósito con sus visitas.

»Como yo había menester poco, llegábame á ellas y decíales:

»—Señoras mías, adviertan que dice Dios, por su profeta, que su templo es casa de oración y no de



conversación, y que el venerable Beda enseña que el que habla en la iglesia no habla él, sino el diablo en él. Y para que lo entiendan les quiero contar lo que le sucedió al gran padre San Benito, el cual, como una vez estuviese en oración en el coro, alzando los ojos, vió sentado en una cabeza de un madero que salía de la pared del templo, un espantoso demonio.

»Reparó en lo que se ocupaba y vió que muy apriesa estaba escribiendo en un pergamino lo que hablaban dos viejezuelas que estaban sentadas por bajo de donde él estaba, y dábanse tanta priesa en su plática, que aunque el escribano no lo hacía mal ni era perezoso, ni escribía por hojas, metiendo la más letra que podía, alargando renglones y usando de abreviaturas, vinole á faltar en qué escribir, y enojado con el poco recado que había traído, asió con los dientes del pergamino para estirarlo y que diese de sí; pero como tenía colmillos agudos, tirando con mucha fuerza rompióse el pergamino, y él se dió una gran calabazada en una esquina de la

pared, que no fué de poca risa para el glorioso abad...»

Ahí tienes, amigo Luceño, el hecho que demuestra que el diablo, que tantos oficios ha tenido, aunque los de ingeniero, arquitecto y alarife fueron siempre de su predilección, también ha ejercido la honrosa profesión de taquígrafo, con su natural diabólica destreza.

Y ahí tienes por qué, al tratar de recordarlo en este articulejo, quise dedicártelo poniendo frente al ángel malo taquígrafo, un taquígrafo con «buen ángel».

Por lo demás, como dicen muchos oradores que tú habrás «taquigrafiado», que el diablo haya sido taquígrafo no puede ser en desdoro y afrenta de la clase.

Tratándose de un actor dramático tan conocedor como tú de nuestro Teatro antiguo, no tengo para qué recordar que hasta en comedias muy populares anda también *El diablo predicador*.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

---

# NÍVEO

---

JUGABAN los ánades  
Y hacían apuestas  
Á ver quién más tiempo pasaba en el agua  
Sin sacar á la flor la cabeza.

La Luna era clara,  
La noche serena;  
Noche clara de Enero tan fría,  
Que en ella las mismas palabras se hielan.

Un nido de espuma  
El lago semeja;  
Nido que formaron genios misteriosos  
Con hilos de plata, con sartas de perlas.

Los ánades corren,  
Los ánades juegan,  
Graznan, vuelan, capuzan y surgen,  
Giran, vienen y van y aletean.

De pronto, un graznido  
Suspende la fiesta:  
—«¡Falta el ánade Niveo hace un rato!»  
Que ha vencido ó ha muerto hay quien piensa.

Por todos se mira,  
Por todos se observa:  
Nadie ve á Niveo en torno; y el miedo  
Á extender sus negruras comienza...

Callando, callando,  
Los ánades dejan  
Tristes, solas las aguas del lago,  
Que en breves momentos el frío congela,

Y, al rayar el alba,  
El lago es la tersa  
Luna de áureo espejo, que rompe en un punto  
Del ánade Niveo la nivea cabeza.

ANTONIO OSETE.





De fotografía de Franz Hautstaengl.-Munich.

EL MEJOR RETRATO  
Cuadro de Kiesel.



## À una madrileña.

QUÉ pena me da, chiquilla,  
Ver tu carita serrana  
Oculta por el alero  
De ese armatoste de paja!  
Si Dios hizo tu semblante  
Para que se recrearan  
Nuestros ojos, ¿por qué, dime,  
Le enmiendas á Dios la plana?  
¿De qué cerebro ha salido  
Moda tan estrafalaria,  
Y qué tiene, me pregunto,  
Que así os trastorna la máquina?  
Tápense el rostro en buen hora,  
Si ello les viniere en gana,  
Las feas, que no ha de darnos  
Disgusto porque tal hagan;  
Pero ¿por qué tú, que tienes  
Tanto salero en la cara,  
La escondes bajo esa espuerta  
Ridícula y antipática?  
Si cuando estás en tu palco  
Vestida de toda gala  
No puede ver tus facciones  
Más que el que pague butaca,  
Considera, niña hermosa,  
Que eres un poco inhumana,  
Porque niegas á los pobres  
El derecho de mirarlas.  
¿No es además irritante,  
Cuando de verte se trata,  
Que tenga ese privilegio  
Sólo el que es corto de talla?  
Bien está que vuestras formas  
Luzcáis á la última usanza,  
Poniéndonos, al lucirlas,  
Los dientes de media vara;  
Bien que las que no las tengan,  
En secreto se las hagan,  
Aunque al tratar de engañarnos  
Son ellas las que se engañan,

Pero si es vuestro propósito  
Hacernos la vida grata  
Mostrándonos, generosas,  
Esas turgencias bizarras,  
Dejad también, por Dios santo,  
Que os contemplemos la cara,  
Y será el favor más grande  
Y la gratitud más franca.  
Queden esos promontorios  
De flores, plumas y gasas  
Para algunas que parecen  
Fenómenos de barraca,  
Y dejad que se los pongan  
Hasta para andar por casa,  
Si gustan, que tal antojo  
Sólo merece alabanzas,  
Mas si, esclavas de una moda  
Que así mis nervios ataca,  
Al capricho de las feas  
Os ceñís las hembras guapas,  
¿Para quién y para cuándo  
Se hizo la mantilla clásica  
Que el gusto ramplón de hogaño  
Desterró de nuestra patria?  
¿Dónde hay cosa más bonita,  
Más gentil y más gallarda  
Que una mantilla de blondas  
En un busto de gitana?  
Si naciste en los Madriles  
Y eres flamenca de raza  
Y está pidiendo tu cuerpo  
Los madroños de las majas,  
Tira, con mil de á caballo,  
Esa ponchera nefasta  
Que habrá inventado, sin duda,  
Algún escuerzo con faldas,  
Y gocen grandes y chicos,  
Como la justicia manda,  
El recreo de tus ojos  
Y el encanto de tus gracias.

J. LÓPEZ SILVA.





## La mujer y las rosas.

**E**N un apartado rincón del jardín había dos rosales distintos, y en cada rosal había una rosa abierta.

Era la una roja como una llama. Era la otra pálida como un lucero. Aquélla, pomposa y hueca, de penetrante aroma. Ésta, de grandes hojas levemente rizadas, de suave perfume.

Si un beso pudiera cuajarse en la boca de una mujer, diríase que la rosa encendida era un beso que cuajó el amor. Si un suspiro de una doncella enamorada pudiese alguna vez revestir material hechura, la rosa pálida semejaría un suspiro que tomó á los ojos de un poeta la forma bella de una flor.

Platicaban las dos sosegadamente. Un airecillo indiscreto y liviano las besaba, y recogía al besarlas su cháchara sabrosa, que de una en otra iba llevándose por el jardín á todas las flores.

La rosa pálida decía:

—Hasta ahora hemos hablado no más que de

nuestra vida, que es bien breve; de la luz del sol, á cuya caricia se abrieron nuestras hojas; del bienhechor rocío de la mañana; de la primavera en que vivimos; de las mariposas que nos llevan la miel; de las blancas manos que nos cuidan, que parecen dos de ellas... De nuestra vida, en fin. ¿Quieres que hablemos también de nuestra muerte?

Y la rosa encendida le replicó:

—Torpe se me figura hablar de la muerte cuando se puede hablar de la vida y gozar de ella; pero, pues tú lo deseas así, hablemos también de la muerte. Dime: ¿cómo quisieras tú morir?

—¡Oh! ¡Si yo muriese como quiero!... ¡Qué dulce muerte! Yo daría este aroma que me hace tan preciada, á trueque de dormir el último de mis sueños en el rosado seno de nuestra amita, la de los ojos negros, la de las manos blancas y suaves.

La rosa grana rió de oír á su compañera, con risa de burla y menosprecio. Y luego dijo:



—¡En el seno de nuestra amita!... ¡Menguado ideal! Junto á los encantos que ella tiene, ¡qué poco valdrían tus encantos!

—Siempre fuiste más presumida que yo. ¿Qué me importa lucir, próxima á la muerte? Para lucir, tengo mi tallo ahora; para morir, quiero luego aquel lecho. Quiero mecarme cuando suspire ella; temblar con su gozo cuando ría; estremecerme de placer cuando corra jugando por los senderos del jardín.

—Te deshojarías neciamente, y, deshecha ya, ella misma te arrojaría al fin en cualquier parte.

—¿Y si al arrojarme lejos de sí me daba un beso? Desde que vivo, este beso de aquella boca, que se parece á ti, es mi ilusión para morir contenta. ¿Y quieres, rosa grana, que te descubra todo mi ensueño?

—¿Por qué no? Me río con tu simpleza inocente.

—Pues oye: quisiera yo...—¡ay, cómo podría ser esta ventura!—quisiera yo, como ya te he dicho, reposar unas horas al tibio calor de su seno, urna virginal de un corazón que alienta con el amor más puro. Y quisiera después... ¿me escuchas?...

—Sí.

—Quisiera que por súbita inspiración de su alma, nacida acaso de un pensamiento de amor que le pasara por la frente, me cogiera entre sus manitas temblorosas, me llevara al más apartado y misterioso sitio del jardín, y en él, segura de su soledad, ya encendida de esperanza como tú, ya de sobresalto pálida como yo, fuera con tierna y candorosa delectación arrancando mis hojas una á una... «¿Me quiere?... ¿No me quiere?... ¿Me quiere?... ¿No me quiere?...» ¡Oh, si el número de mis hojas alcanzara á prolongar por las horas de todo un día mi dulce martirio! ¡Oh, si ese número fuera tal que diese á las preguntas de la niña la más bella respuesta! ¿Por qué otra rosa me cambiaría yo?

—Calla, calla, que no hay paciencia para oír mucho tiempo tamañas tonterías. ¡Qué muerte ambiciosas más simple, más miserable y más oscura! ¿Ni siquiera has pensado una vez morir en un jarro de oro y cristal, en los brillantes salones de esta casa, admirando á todos? ¿No te ha ilusionado jamás la

idea de que nuestra amita, la de las blancas manos, te regale por dicha á un caballero de su más grande predilección, y el caballero, con orgullo y cariño, como quien conserva y guarda un tesoro, te guarde y te conserve á ti? ¿No trocarías la insípida muerte que acabas de pintarme, por la gloria de vivir tus últimos momentos sobre la mesa de un poeta lleno de juventud y entusiasmo, que cantara el amor y la vida? Te digo, hermana, que estoy muy lejos de compartir contigo el ideal de nuestra muerte.

Aquí llegaban en su coloquio las dos rosas, cuando apagó sus voces una risa fresca y juvenil, y surgió como por encanto ante ellas la gentil figura de su amita.

—¿De palique, verdad?—preguntó con malicia graciosa.

No se atrevieron á negarlo.

—De palique, sí.

—¿Y cuál es de las dos la que sueña con morir en mi seno?

—Yo soy, dueña y señora mía—respondió temblando, como si el viento la azotara, la rosa de las hojas pálidas.

—¿Y tú, en cambio, desdeñas mi pecho, mis caricias, el soplo de mi aliento, el calor que yo había de darte?... ¿Verdad, rosa encendida?

—Desdeñar, no: he dicho—respondió la flor, estallando de orgullo—que, pues he de morir, halló otras muertes preferibles.

La dulce amita, entonces, la de los ojos negros, miró á la rosa pálida con ternura infinita, suprema; besó sus pétalos delicados, aspiró con deleite su exquisito perfume... y con sus manos blancas y suaves cortó del tallo en que se mecía la rosa encendida, y la prendió en su pecho.

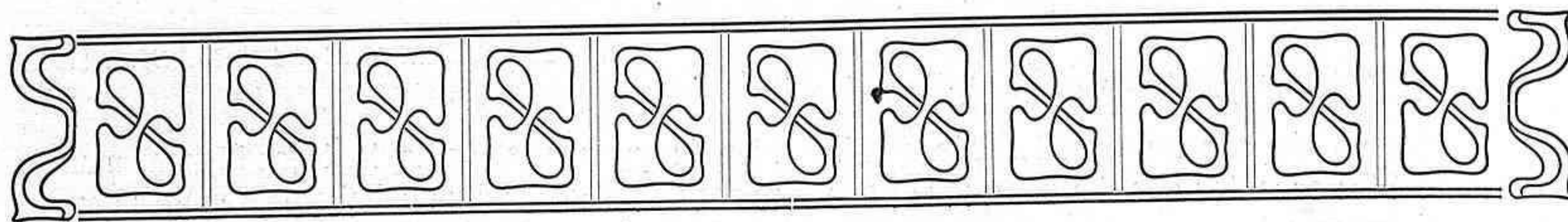
En la rosa pálida como un lucero brillaron unas gotitas cristalinas, que no eran rocío que cayó del cielo, sino lágrimas que brotaron de ella. De la rosa roja como una llama se desprendió una hoja, que en la dorada arena del jardín parecía una gota de sangre.

El airecillo indiscreto y liviano vivió sus alas y voló rápido por doquiera, refiriendo á las otras flores la extraña aventura.

S. y J. ALVAREZ QUINTERO.







## El collar de la Princesa.

**L**os ojos de la hermosa princesa Brisamor son del color de los mares y de las esmeraldas cuando el sol los acaricia con su lumbre de oro.

Los ojos de la hija del rey Amaranto jamás han sido empañados por el dolor.

Desconoce lo que es padecer, y su vida es como la de esos riachuelos del país del Encanto, que se deslizan plácidos entre riberas cuajadas de flores, sin que el bullicioso espejo movable de sus aguas copie el negro nubarrón de las tempestades: el cielo que copia es eternamente azul, sonríe eternamente.

Todo cuanto rodea á Brisamor es azul y risueño: ni la más ligera nubecilla, formada por el desencanto ó la contrariedad, ha ensombrecido el espejo de su alma inocente.

Ni aun Eros, el más cruel de los dioses, ha sido huésped enojoso, como lo es casi siempre que se alberga en los humanos corazones: Brisamor se ha casado: enamorada de su primero y único pretendiente, el príncipe que para galán hubieran soñado altivas princesas.

Todo sonríe en el camino de flores y de venturas que el destino ha trazado á la gentil y hermosa hija del rey Amaranto.

Sus ojos, del color de los mares y de las esmeraldas cuando el sol los acaricia con su lumbre de oro, jamás han sido empañados por el dolor, antes por el contrario, de día en día es su brillo más intenso, que la alegría de vivir es antorcha prodigiosa para iluminar pupilas de venturosos.

Ha llegado á la corte de Amaranto un viejo estrambótico llamado Alfa, que cubre su esquelético cuerpo con una arlequinesca hopalanda bipartida: rosa y negro son sus colores, y la caperuza con que se cubre es de un tejido de oro que deslumbra á los que la miran.

Alfa, según la Fama, que es solícito aposentador de los contados seres excepcionales que hacen su derrota por el mundo, es un prodigio de sabiduría: á su lado, Salomón y Merlín son unos parvulillos. Alfa lo sabe todo, no ignora nada; lee como en un

libro abierto en los ojos de los mortales y en aquellos otros de inmensidad abrumadora que parpadean de noche en los cielos: sabe curar todas las dolencias del cuerpo y del espíritu. Es un mago, un taumaturgo, un encantador que sólo tiene un rival invencible en el Tiempo, ese gran tirano de los seres y de las cosas, en el cual todo nace y todo muere, transformándolo todo á medida que avanza en el camino del que ningún mortal sabe el comienzo ni el fin.

Alfa ha sido alojado espléndidamente en Palacio, que para reyes discretos, valen uno y lo mismo sabios y príncipes.

Ha platicado con Brisamor: ha leído en las esmeraldas de sus ojos su felicidad, y ha escuchado en silencio las palabras de la princesa, que dicen no saber lo que son lágrimas ni dolor: unos cortesanos aduladores, valga el pleonismo, han predicho que tan hermosos luminaires nunca jamás serán inundados por la ola de llanto que forma la pesadumbre.

El sabio de la hopalanda bipartida ha sonreído como sonríe el sol entre nubes de tormenta: desmayada y melancólicamente. Al ser interrogado por Brisamor, que le pide confirme los halagadores presagios de su corte, ha respondido enigmáticamente:

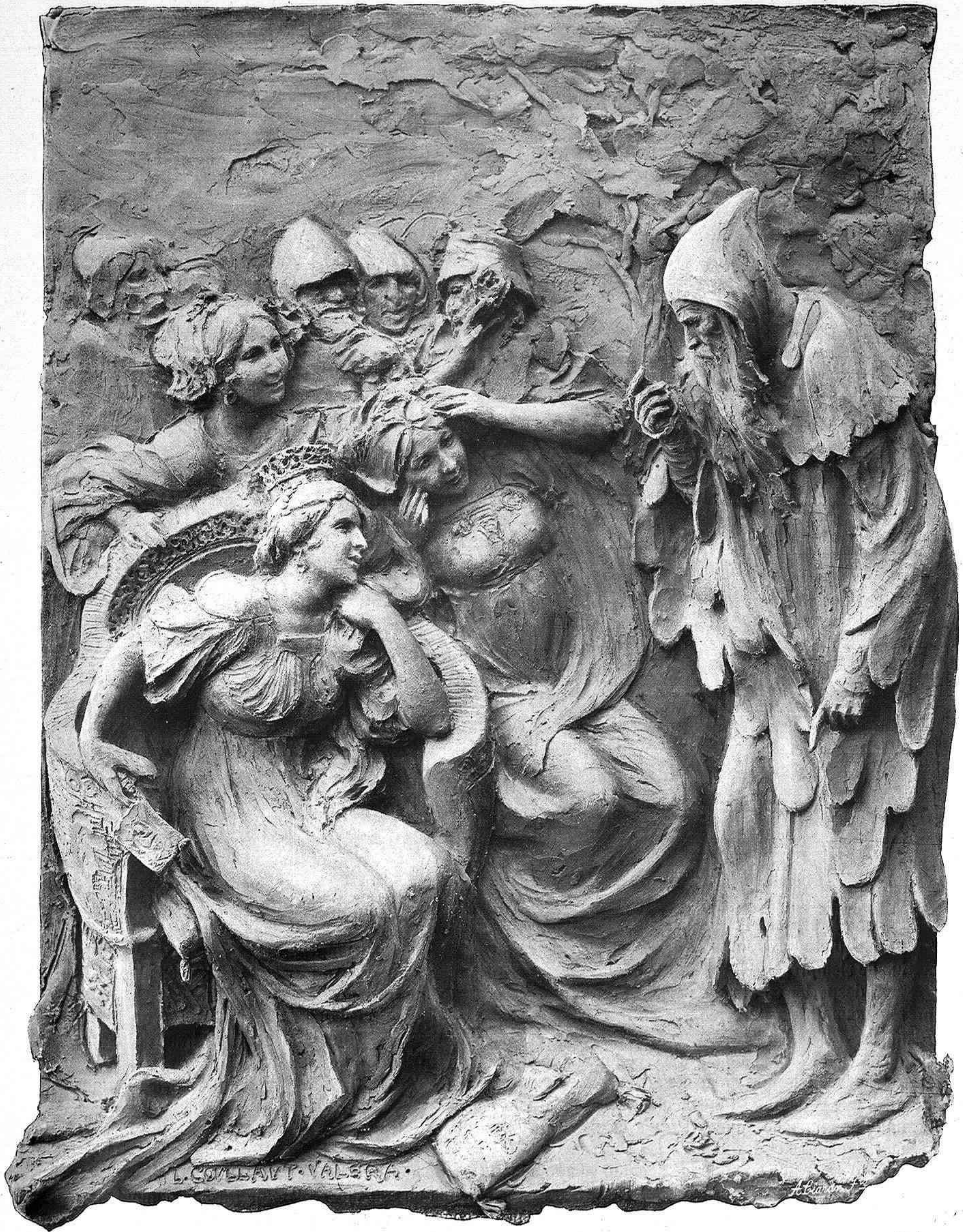
—No hay tallo, rama, flor ni hoja de árbol que el viento no humille.

Y no ha dicho más el perínclito y sapientísimo señor, que recibe, en vez de plácemes por su apoteagma, sonrisitas desdeñosas del entonado auditorio. Brisamor ha hecho un gestecillo que el sabio traduce por un «¡Pobre hombre, qué chiflado está!».

La princesa Brisamor es madre de un niño hermosísimo: Alfa, que ha asistido al alumbramiento, ha ahorrado á la ilustre dama los dolores y molestias que tal lance ocasiona.

Ahora más que nunca se siente venturosa Brisamor, y bendice al cielo, que ha colmado sus ansias con el regalo de aquella encantadora criatura, en la que resume todos sus amores é ilusiones.









Por vez primera la hija del rey Amaranto ha sentido inquietud extraña y sus ojos no esplenden la luz de siempre.

Al despertar en aquella mañana y acercarse á la regia cuna le ha parecido ver un lirio caído en la nieve.

Alfa acude al llamamiento de la conturbada madre.

Quédase mirando fijamente al augusto enfermito, y aunque sabe que su dolencia es leve, por ocasionarla un empacho, quiere dar una lección á Brisamor y tomarse el desquite de las sonrisitas y desdenoso gestecillo con que fué acogido su apotegma del dolor.

Frunce el ceño, se quita la áurea caperuza, llévase la palma de la diestra mano á la frente y pare-

ce ensimismarse en trascendentalísima meditación...

Suspira, vuelve á mirar al niño y dice con voz pausada, que suena como nunca ha sonado voz humana en los oídos que le escuchan:

—Plegue á la voluntad divina, señora, que encontremos el remedio para curar la extraña dolencia de vuestro hijo...

—¿Tan difícil es?...—pregunta Brisamor, aunque sobresaltada, con acento que trasluce la soberbia de los que se creen todopoderosos sobre la tierra.

—Difícilísimo—replica lacónicamente el viejo, sacando del bolsillo de la parte negra de su hopalanda un estuche, repleto de frascos diminutos: recoge uno que contiene un licor oleoso, y entregándoselo á la princesa, reanuda el diálogo:



—Preventivamente daréis á beber al enfermo el contenido de este frasquito... Después...

Torna á suspirar y torna á llevarse la mano á la frente, como agobiado por un pensamiento torturador.

—¿Qué remedio necesitáis?... No titubeéis, señor, en decírmelo. Sea el que sea, se conseguirá; yo os lo prometo— insiste, trémula, Brisamor.

—Es casi imposible concertar remedio tan singularísimo. Para salvar á vuestro augusto hijo es preciso rodear su cuello con un collar de diamantes.

—¡Un collar de diamantes!— exclama la princesa en ese tono de voz que pone la alegría de vencer un obstáculo que se teme insuperable, y la ironía amarga del que descubre la exageración de un peligro ilusorio.

—Sí— replica Alfa sin inmutarse,— un collar de diamantes, todos de un mismo tamaño, de igual peso y de idéntico brillo. Para que surta su portentosa eficacia, es preciso que antes que anochezca ciña la garganta del enfermo... ¡Juzgaréis que todo esto es casi irrealizable!...

—¡Lo tendréis!— afirma con altanera concisión la princesa.

—Y yo, tanto como vos, señora, me felicitaré del hallazgo— dice, con sonrisita de incredulidad, el viejo taumaturgo, cubriéndose con su áurea caperuza y dando por terminada la visita.

Brisamor ha requisado con ansia febril su espléndido joyero; ha reunido los collares de diamantes, y éstos rápidamente han sido desmontados por un famoso engastador. Los que parecen ajustarse á las condiciones exigidas por Alfa han sido separados..., y con ellos no puede trazarse el collar: faltan dos terceras partes.

Multitud de emisarios han recorrido, en nombre de la atribulada Brisamor, las joyerías de la capital, las casas de los cortesanos y las de aquellos que se sabe guardan diamantes.

Como cascada de luz deslumbradora ha caído sobre la mesa del engastador toda la pedrería que se ha logrado reunir, y el artista, desolado, ha advertido que el collar no podía formarse...

Llevado de un piadoso deseo, lo ha trazado, presentándose á la princesa, que, rebosante de satisfacción, se lo entrega á Alfa, diciéndole triunfal:

—Ahí tenéis el remedio que os parecía imposible concertar.

Brisamor se sienta en una silla, al lado de la cuna, y atisba, no sin angustiada inquietud, al viejo, que repasa el precioso engranaje, que finge hilo de luz irisada en la mano rugosa que lo sujeta.

El taumaturgo mueve la cabeza, y, con terrible

parsimonia para una madre que aguarda, deposita la esplendente joya sobre un velador próximo.

—¿Qué hacéis?— ruge más bien que habla Brisamor.

—El collar no sirve— dice Alfa con acritud.— Los diamantes parecen, pero no son todos de un mismo tamaño, de igual peso y de idéntico brillo...

—Entonces...— murmura, trágica, la madre.

—Entonces... no se salvará vuestro augusto hijo.

Á la conclusión de su mortal sentencia, Alfa hunde su puntiaguda barbilla en el pecho. La princesa, con los codos apoyados en la cuna y la cabeza entre ambas manos, llora.

Llora sin consuelo, aquejada de un dolor que desgarrá las fibras de su sér.

El taumaturgo acércase paso á paso hacia la sin ventura, y, al estar á su lado, dobla su cuerpo hasta emparejar su cabeza con la de Brisamor, y murmura conmovido:

—¡Cesad en vuestro lloro, princesa!... ¡Vuestro hijo se ha salvado! ¡Mirad!...

Y señala con el índice de su diestra el regazo de Brisamor, que lanza un grito de profundo asombro y se refriega los ojos, empañados de llanto, como si dudase de la realidad de lo que mira.

En su regazo hay un montón de diamantes que irradian luces cegadoras por su intensidad.

Brisamor hunde sus perlinas manos de hada en el montón prodigioso, é interroga, anhelante de venturosa esperanza y de curiosidad:

—¿Estos diamantes...

—Son vuestras lágrimas, señora— dice reverentemente el portentoso viejo, mientras que saca del bolsillo de la parte rosa de su hopalanda un hilillo de oro, y, como por arte mágico, ensarta los diamantes, que recoge del regazo principesco, hasta formar un collar, que entrega á la maravillada Brisamor.

—Fijaos, señora— la advierte en tono solemne:— todos estos diamantes son de un mismo tamaño, de igual peso y de idéntico brillo, como tallados por el dolor, que en todos los humanos corazones fabrica lágrimas... No para vuestro hijo, cuya insignificante dolencia está ya curada, sino para vos, princesa, es este collar, con el que os ruego os adornéis.

Y acentuando la gravedad en su discurso, terminó de decir el viejo taumaturgo:

—Ese collar confirma mi aserto de que no hay tallo, rama, flor ni hoja de árbol que el viento no humille, ni existencia humana que el pesar no visite... Un hijo, señora, aun á las madres más venturosas las hace saber lo que es el dolor..., ¡lo que son lágrimas!

ALEJANDRO LARRUBIERA.



## Danzas tristes.

### I

#### LA DANZA DEL FUEGO

Es invierno. La nieve que cubre la campiña,  
De la Naturaleza los rumores apaga,  
Y el hogar campesino cobija entre sus muros  
Á la familia pobre del que la tierra labra.  
Las mozas y los mozos frente á la chimenea  
Con voces juveniles hablan, ríen y cantan,  
Y en las negras pupilas de sus ojos ardientes  
Se refleja el rojizo resplandor de las llamas.  
Los abuelos, más cerca de la lumbre, en que buscan  
Para sus cuerpos débiles el calor que les falta,  
Placenteros sonríen y en silencio contemplan  
Cómo se van formando las encendidas brasas.  
Las brasas que se truecan en pálida ceniza  
De entre la cual á veces alguna chispa salta,  
Cómo ya en los ancianos alguna vez chispean  
Los recuerdos alegres de venturas pasadas.  
Arden los leños toscos de las viejas encinas  
Que se van consumiendo mientras la noche avanza,  
Y caen sobre el rescoldo, en ascua convertidos,  
Mientras el humo sube por la negra campana.  
Entre el grupo que forman los hacinados leños,  
Medrosas ó atrevidas, rojizas ó azuladas,  
Sin fuerza para alzarse, cambiando sus matices,  
Como lenguas de fuego van brotando las llamas.  
Lamen el duro tronco de musgo revestido,  
Se retuercen inquietas como serpientes fantásticas,  
Ó vivas resplandecen alzándose convulsas  
Y cuando dos se encuentran parece que se abrazan.  
Buscándose unas y otras, mezclando sus colores,  
Ligeras y ondulantes sobre la leña saltan;  
Vienen, van, huyen, vuelven... Es la danza del fuego,  
Es el baile diabólico de una fiesta macabra.  
Con ardoroso goce las llamas se divierten,  
Y la música triste que su baile acompaña  
Es el chisporroteo de los añosos troncos,  
Que crujen doloridos al convertirse en brasas.

### II

#### LA DANZA DE LAS HOJAS

Es otoño. La tarde lentamente declina;  
Bajo el cielo plumizo las nubes se amontonan,  
Y allá en el horizonte, con su disco sin rayos,  
Baja el sol tras el velo de la niebla incolora.  
No suena ya la alegre música de la selva,  
Ni vuelan remontándose las gentiles alondras,  
Ni en el caliente nido, misterioso y oculto,  
Arrullan las amantes parejas de las tórtolas.  
Todo el campo es silencio, un silencio de muerte,  
Y hasta el arroyo limpio de corriente sonora  
No salta entre las piedras, sino que pasa mudo

Llevando el agua turbia de nubes tormentosas.  
Ni hay en el campo flores, ni yerbas en los prados,  
Y en el ameno bosque, donde prestaron sombra,  
Macilentas y mustias de lo alto de las ramas  
Á tapizar el suelo van cayendo las hojas.  
De pronto, como el frío hálito de algún monstruo,  
El cierzo de Noviembre huracanado sopla  
Y sacude los brazos de los árboles secos  
Y agita con su ráfaga la movediza alfombra.  
Entonces se estremece la hojarasca marchita  
Y emprende su carrera desatinada y loca,  
Ó se para de pronto y sube en remolinos  
Y empieza del follaje la danza caprichosa.  
En torbellino rápido las hojas van y vuelven,  
Y las que caen unidas se aprietan, se amontonan,  
Mientras las otras vuelan, con las alas del viento,  
Como legión fatídica de muertas mariposas.  
Es el mes de las ánimas. Furioso el aire suena,  
Y al compás de su música doliente y quejumbrosa  
Entre esqueletos de árboles diviértese el Otoño  
Con la danza más fúnebre, la danza de las hojas.

### III

#### LA DANZA DEL HAMBRE

Un público de alegres jóvenes bulliciosos,  
De viejos libertinos, que ocultan sus achaques,  
Y de hermosas mujeres que á unos y á otros sonríen,  
Llena el salón. Preludia la orquesta un pasacalle.  
Descorren la cortina que cubre el escenario,  
Y aparece en las tablas con andaluz donaire  
La gentil bailadora, que emboza su figura  
En pañolón chinesco de flores orientales.  
De sus hombros lo arranca y al tablado lo arroja,  
Vanidosa ostentando su caprichoso traje,  
Que ciñe el lindo cuerpo con seda recamada  
Sobre la cual chispean lentejuelas brillantes.  
Con los brazos desnudos y mostrando el descote  
Sin velos pudorosos el seno palpitante,  
Se adelanta al proscenio y entona desgarrada  
La canción canallesca de palabras procaces.  
La copla es acogida con aullidos y risas;  
Los viejos se solazan, los jóvenes aplauden,  
Y siempre sonriente la artista picaresca  
Al són del estribillo comienza al fin su baile.  
Sobre el tablado brinca y alegre zapatea,  
Viene y va con graciosos y vivos ademanes,  
Y hay en sus movimientos ondulación de sierpe  
Que se yergue furiosa cansada de arrastrarse.  
Y en tanto que así danza la infeliz cantadora,  
Piensa que en su guardilla y en lecho miserable,  
Entre las pavorosas negruras de la noche,  
Con horribles tormentos agoniza su madre.  
Mas el destino es duro, inexorable, impío...  
Hay que enterrarla luego... ¡Fuerza es sacrificarse!  
Y sonríe llorando y al público divierte  
Con la danza más triste, con la danza del hambre.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

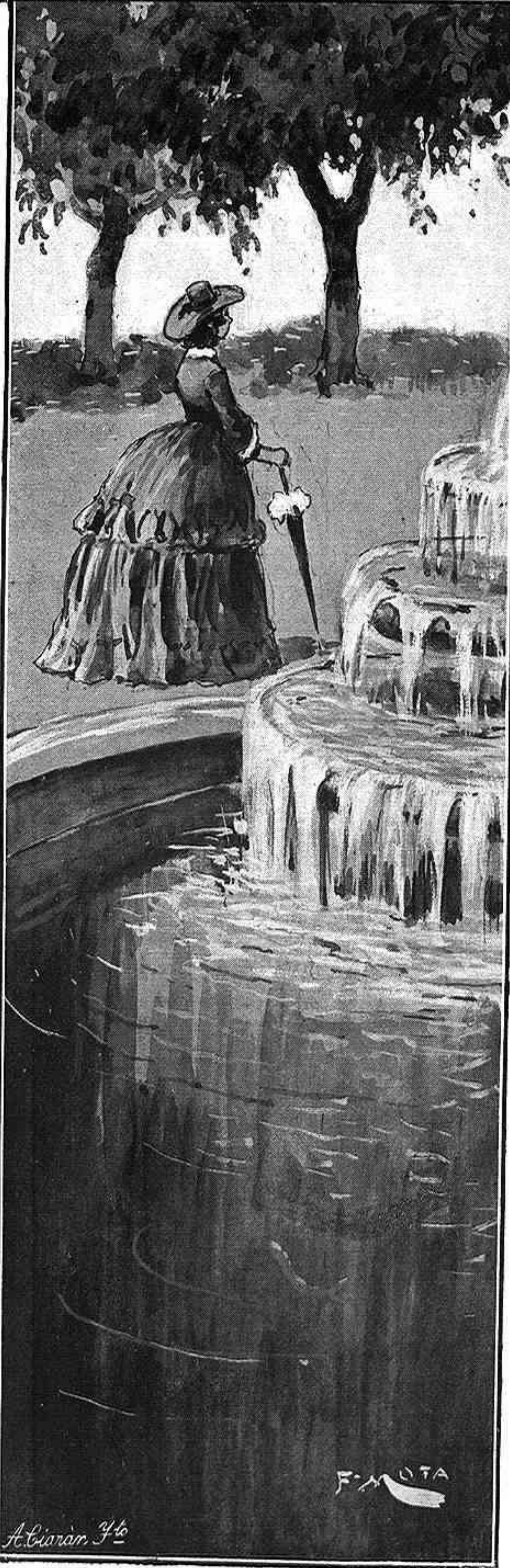




EL PEINADO DE "SULTÁN"

Cuadro de Spadoni.





## La fuente de Apolo.

CUENTO

PRIMERA ÉPOCA

ERA el Prado de Madrid, por el año 1855, el mejor paseo de la villa, por las tardes en invierno y por las noches en verano: una barandilla de hierro, parecida á la del estanque del Retiro, separaba el paseo de carruajes del llamado «Paris», faja estrecha donde el hormiguero elegante lucía con monótona uniformidad la última moda, y las señoras paseaban los abultados miriñaques.

En la parte ancha y central del salón, enarenada y lisa, dominaban la chiquillería, las nodrizas y niñeras á los melancólicos y algunas parejitas modestas que huían de la luz; y era grande el estruendo de los muchachos con sus juegos, gritos, lloros y canciones: si en un lado se oía

Cucú, cantaba la rana,  
Cucú, debajo del agua...,

más lejos, cantaban otras niñas:

De los inquisidores  
Tengo licencia, sí,  
Para bailar el baile  
Que le llaman el chis:  
El chis con el chis, chis...,

ó esta disparatada seguidilla chamberga:

Juanillo;  
Mira si corre el río;  
Si corre,  
Tira un canto á la torre;  
Si mana,  
Tira de la campana;  
Si toca,  
Es señal que está loca, etc., etc.,

mientras gritaban los muchachos:

—¡Atorigao! ¡Marro parao!  
—¡Acoto la china! ¿Quién me la honra?  
—Yo soy justicia.





—Yo ladrón.  
Cansadas del  
«Sanseredí» y  
del «Á la limón, que se ha  
roto la fuente», por parecer-  
les juegos de menores, dos  
niñas como de doce años salieron de un corro, y con  
el atrevimiento de la inocencia se pusieron á seguir  
á dos muchachos, que no pasarían de los catorce  
y paseaban gravemente fumando cigarrillos de sal-  
via. Enlazadas por la cintura, rozándose las alas de  
los sombreros de paja para hablarse muy quedito,  
decía la más linda de aquellas mujercitas de falda  
corta, pelo suelto y pantalones largos fruncidos  
junto al ribete de puntilla:

—Todas las noches me mira: al que va con él le  
llaman *el Sabio*, porque habla latín.

—¡Qué horror!

—*El Sabio* para ti: el rubio para mí.

—Yo no quie-  
ro novio — con-  
testaba la otra, morena y delgaducha;—volvamos,  
Adela.

—¿Por qué?

—Por que no sabría ser novia.

—Vamos, Rita, tú crees que echarse por novio un  
sabio es tener una clase más.

Y ambas criaturas lanzaron una argentina carca-  
jada.

—Si me examina de geografía tiene que darme  
calabazas.

—No seas tonta, Rita, los novios charlan de otras



cosas: el de mi hermana mayor es catedrático y se hablan en dos ó tres idiomas: yo les escucho, y cuando hablan en francés entiendo algo.

—¿Y qué se dicen, Adela?

—Casi todos los días empiezan así «*M'aimes tu? M'aimeras tu toujours?*», que es como decirse en español: «¿Me quieres? ¿Me querrás siempre?» Y luego me quedo á obscuras, porque hablan en inglés.

—¿En inglés? ¡Qué miedo! ¿Quieres que cantemos?

Y cantaron con desafinadas vocecitas:

Me casó mi madre,  
Chiquita y bonita,  
¡Ay, ay, ay!

El Sabio era Juanito, sobresaliente en tercero de latín, gran medidor de exámetros y pentámetros; y el rubio, Emilio Gómez, guapo chicarrón, pésimo estudiante, y andando á cachetes, el más aventajado de la clase.

—Fumemos, paseemos gravemente — decía el Sabio, —ya que nuestras bolsas no nos permiten agua con merengues. Si tomáramos novias de esas que regalan caramelos y pastillas, con nuestros vasos de cuero las convidaríamos á agua, que robaríamos á Apolo en esa fuente.

—Para hacer conquistas hay que jugar con las niñas — repuso Emilio.

—El juego es placer de niños, *ludus deliciae puerorum*.

—Ya te he dicho que como me vuelvas á hablar en latín te suelto un moquete.

—Eso no: me humillo ante tus puños, que eres *vir fortis*, varón fuerte, y yo pacífico cordero, *agnus paccificus*.

Y se apartó Juanito, recordando la amenaza, á tiempo que Adela hacía pasar muy cerca de los estudiantes á Rita, que recibió el puñetazo en plena cara: la niña echó á llorar y cayeron de sus naricillas dos gotas de sangre.

—¡Bárbaro! — dijo el Sabio. — ¡Has abofeteado á una ninfa!

—¡Ha sido sin querer! — decía Emilio desolado y sorprendido al reconocer en la preciosa carita de Adela la niña que más le gustaba. — No me puedo perdonar lo que he hecho con su amiga.

Y añadió entregando á Rita su pañuelo:

—Hágame el favor de tomarle...

—¡Y el mío! — dijo Juanito con el entusiasmo del que da cuanto posee, por una causa justa.

—¡Agua! — decía Adela con más coquetería que susto.

—Sí — respondió Juanito; — vamos á la fuente.

—Pero ¿quieren ustedes que Rita beba en el pilón?

—El pilón servirá de jofaina: tenemos vasos y los llenaremos en el caño.

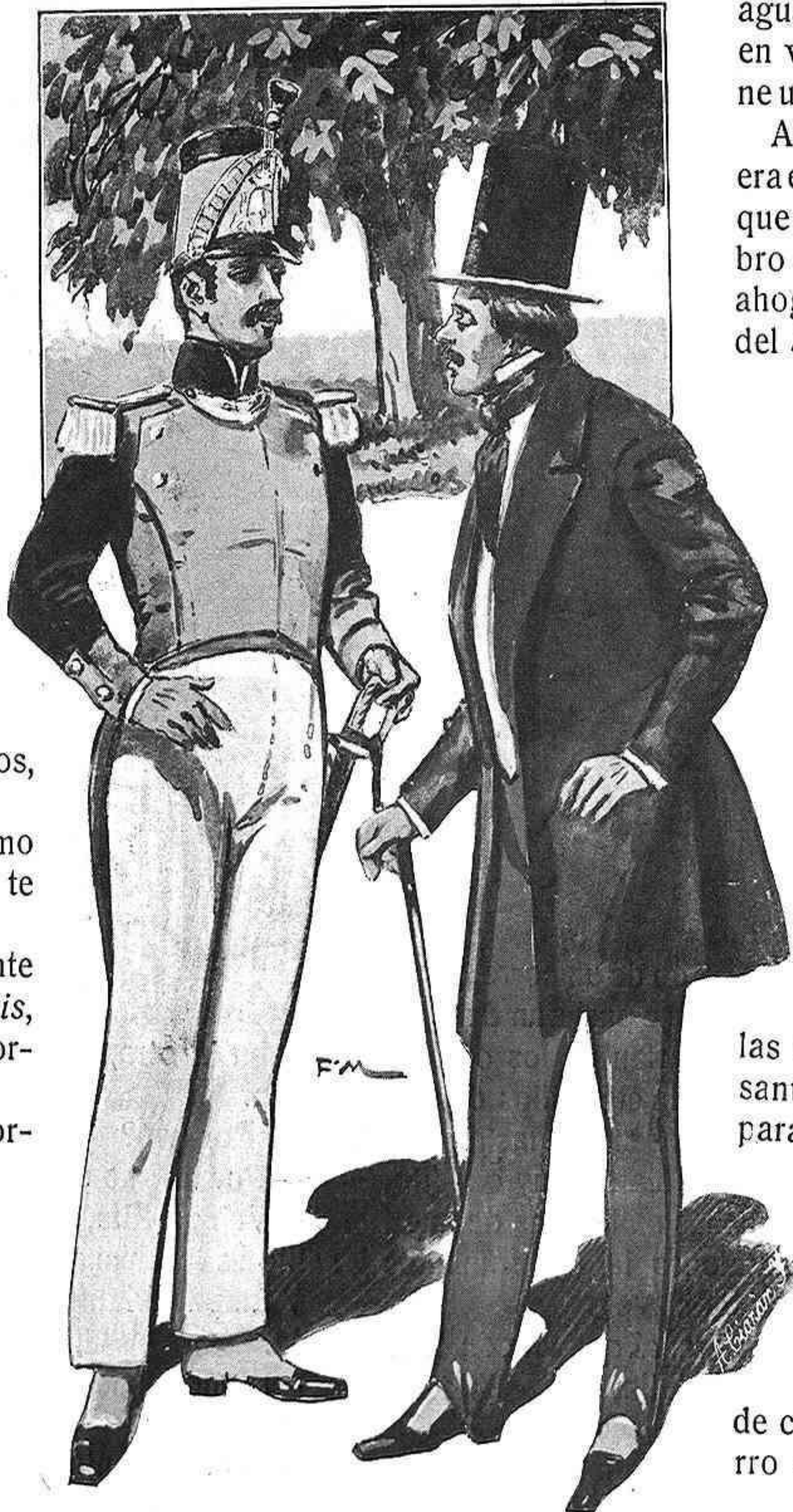
—¿Y si se escurren ustedes?

—Aunque tuviéramos que subir á la cabeza de la

estatua beberían ustedes ese agua — repuso Emilio; y dijo en voz baja á Adela: — Tiene usted una carita de ángel.

Adela se puso encarnada: era el primer piropo de galán que escuchaba. Un requiebro en latín, para Rita, se ahogó en el pensamiento del Sabio: no era oportuno requebrar á una señorita cuando le dolía la nariz.

Y con el aturdimiento de la galantería, treparon los dos amigos, cada cual por un lado de las tres conchas, ribeteadas entonces de musgo acuático y verdín, tan antiguo y esponjado, que se desbordaba á modo de colgadura, deteniendo el agua en las tazas, hasta que, rebosante, caía de una en otra para perderse en el pilón. ¡Con qué gallardía hicieron la ascensión por los cenagosos y convexos escalones, y con qué aire triunfal llenaron los vasos de cuero en el elevado chorro de la Fuente de Apolo,





rodeada de curiosos que presenciaban aquella travesura! Los dos amigos estaban orgullosos de llamar la atención delante de las que consideraban ya sus novias, y exclamó Emilio con la solemnidad de una toma de posesión oficial:

—La rubia para mí: la otra para ti.

—Acepto —dijo Juanito, dándole la mano.

Por desgracia, divisó en aquel momento la bandolera de un guarda, y le hizo tal efecto, que se aferró á su compañero para no perder el equilibrio, y ambos hundieron zapatos y calcetines en la concha más alta, saludados por un coro de risas; procuraron restablecer la dignidad, siempre unidos por la mano, pero sus piernas se despatarraron feamente en el borde pegajoso, y cayeron de rodillas en la segunda concha, con gran aumento de carcajadas, entre las cuales creyeron oír las de sus novias; intentaron tomar la vertical, pero los cuerpos, ladeándose en zizás, tomaron en la tercera concha un baño de asiento: medio en el aire, medio en el agua, y empapado su traje de paseo, la velocidad adquirida les obligó á dar la voltereta final y la más ignominiosa zambullida en el pilón. La rechifla fué tan formidable, que al levantarse chorreando como tritones, no echaron de ver el uno que tenía un manto de musgo en las espaldas, y el otro una peluca verde en la cabeza: salieron del agua y desaparecieron hacia la obscuridad, acosados por la pillería, silbados, anaranjados y apedreados con lodo, arena, pelotas, azucarillos y merengues.

SEGUNDA ÉPOCA

Han pasado veinte años. Emilio es teniente coronel; Juanito ha sido muchas cosas: catedrático de Física, concejal, periodista y director de Hacienda. ¡Qué abrazo se dieron tras una larga ausencia, al encontrarse en la calle de Alcalá!

—¿Adónde vas? —dijo Juanito, á quien todos llamaban ya D. Juan.

—Estoy recordando el Madrid de mi niñez y ahora iba, te vas á burlar de mí, iba á visitar la Fuente de Apolo.

—¿No la has olvidado después de nuestra emigración? Yo tampoco.

—¿Qué emigración?

—Sí, hombre, cuando avergonzados de la silba y sabiendo que nos habían puesto de mote *los Anfibios*, no volvimos al Prado, y emigramos á la plaza de Oriente: tú, luego, al Colegio Militar...

—¿Qué se hicieron las dos chicas?

—Son dos mamás todavía jóvenes.

Emilio suspiró.

—Vi á la mía, quiero decir, á Adela, por última vez siendo cadete: iba casi de largo; me miró, se

rió al verme, volví la cabeza avergonzado y hasta hoy.

—Pues de mí se rieron las dos anoche mismo en el teatro.

—¿Estás seguro?

—Como que me echaban los gemelos.

—Hicimos un papel muy ridículo y no lo han olvidado. ¿Estará Adela muy linda?

—De cara, siempre, pero creció poco y está flaca. Quien es una arrogante mujer es la mía, ¡dale con las nuestras!, la de su marido: Rita es una de las mujeres más hermosas de Madrid.

—Si era feilla y delgaducha.

—Es cierto; pero hay niñas bonitas que por tempranas se quedan en flor, y feillas que se desdoblán y florecen con tardía exuberancia. Rita es hoy una hembra de primera.

—¡Qué sorpresas da el tiempo! Pero ¿por qué me traes por la calle del Sordo?

—Para que veas de frente lo que buscas. Ahí tienes la Fuente de Apolo.

—¿Seca, raspada y sin verdín? Apenas la reconozco.

—Esa es mi obra: juré gastar mi influencia hasta borrar el recuerdo de nuestra desventura, que me privó tal vez de casarme con la mujer que quise... y quiero: y ahora, permíteme la última cita en latín...

Emilio, sonriendo, hizo ademán de echar mano al sable.

—Dos versos de Ovidio nada más, pero oportunos.

—Sea.

—Los traduciré compadeciendo tu ignorancia:

*Cum subit illius tristissima noctis imago*

*Labitur ex oculis nunc quoque guta meis.*

—Lo que quiere decir en castellano—añadió Emilio:—Cuando se me aparece la imagen tristísima de aquella noche, aun ahora, vierten lágrimas mis ojos.

Juan miró á su amigo con asombro.

—¿Te extraña? Esto prueba que me he acordado tanto de ti en la ausencia, que aprendí el latín para darte esta sorpresa.

Juan abrazó á su amigo con cariño.

—Y ahora—repuso el militar,—hablemos en latín.

—¡Imposible!—dijo Juan.—Tú le has aprendido, y le he olvidado yo. Pero apartémonos de esta odiosa fuente: ella tuvo la culpa y la he dejado seca.

—La fuente está seca, pero nuestros ojos están húmedos.

TERCERA ÉPOCA

Doña Rita de Guzmán, casi setentona, escuchaba en su gabinete al Excmo. Sr. D. Juan..., senador vi-



talicio y ex ministro. Era la misma Rita que había recibido más de medio siglo antes el puñetazo destinado á Juanito, ó sea el senador que estaba hablándola.

—¿Conque dice usted que Adela estuvo enamorada de mi difunto amigo Emilio?

—Como puede estarlo de un recuerdo una señora que se estima. Los dos murieron sin hablarse nada más que aquella noche en que me prestó usted un pañuelo, que voy por cierto á restituírle: como no era mío, le he guardado más de medio siglo.

—No se moleste usted; ha prescrito mi derecho: además, ¿qué haría ya con un pañolito de muchacho?

—El otro pañuelo, el de su amigo, me le pidió Adela á los pocos días de la caída de ustedes en el agua. Cuando yo la amortajé, diez años hace, la puse en la cara ese pañuelo.

Hubo un momento de emoción, que cortó don Juan con una broma:

—¿Y por qué se reían ustedes de nosotros?

—¡Oh! ¿Lo creían burla? Era alegría por los recuerdos de la niñez que evocaba su presencia. Ya no voy al Prado desde que secaron la fuente que daba allí tanta frescura y limpiaron y rasparon aquellos colgantes verdes con que las aguas y el tiempo habían adornado las tres conchas. ¿Quién sería el desdichado que tuvo tan mala idea y levantó el piso con aquel pobre jardín?

—Un bárbaro, señora—dijo D. Juan despidiéndose y besando la mano á D.<sup>a</sup> Rita.—Un bárbaro—añadía entre sí, bajando la escalera— que promete remediarlo en lo posible.

Por eso corre otra vez la Fuente de Apolo; pero los colgantes verdosos que eran elegantísimo festón de las tres tazas, dada la edad de D. Juan, no los verá restablecidos.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



EL DÍA DEL SANTO  
Cuadro de Grivaz.





Alfredo Soulo.

## TIERRA GALLEGA

Hay en su soberana melancolía  
Un mundo de esperanzas y de ilusiones;  
Joyerero de tristezas es su alegría,  
Formada con sublimes resignaciones.

Hay sollozos maternos en sus cantares  
Que flotan dulcemente sobre las brumas,  
Y van esos sollozos cruzando mares  
Como besos revueltos con las espumas.

No hay tristeza que iguale con su tristeza.  
No hay belleza más noble que la belleza  
De esta región bendita, gloria de España.

Cuando gime Galicia con eco blando,  
Llora por los hogares que están llorando  
La ausencia de sus hijos en tierra extraña.

R. DE CÓRDOBA







¡BUEN BOCADO!  
Cuadro de Chierici.



## El Tresillo.

(DIÁLOGO FILOSÓFICO)

USTED que sabe tantas cosas interesantes, de esas que no sirven para nada, ¿quiere usted decirme quién inventó el noble juego del tresillo?

— No lo sé. Me contento con jugarlo, sin preocuparme de conocer su historia. Ahora bien: lo que no me parece justo es que le llame usted noble. A menos que se refiera al medio social donde generalmente se cultiva.

— De ningún modo. El tresillo no es privilegio de las clases elevadas. En todas se juega, con la única y natural diferencia del tanto. Le llamo noble, porque así se le llama, y también porque á mí me lo parece.

— Perdóneme usted que no crea en la nobleza de ningún juego, si bien me declaro comprendido en mi propia condenación. ¡No llevo hasta ennoblecer el vicio!

— Hombre, hombre... Acaba usted de cometer una injusticia y una figura retórica, que son dos cosas igualmente poéticas, aunque innecesarias. Comprendería su repulsa si habláramos de los juegos de azar, donde, á más del dinero, se pierden tantas otras virtudes estimables. Pero hablando del tresillo, su censura sólo puede aplicarse á los jugadores que se pasan la vida con las cartas en la mano. Y en caso semejante, nada hay en el mundo que no se desnaturalice y llegue á parecernos desagradable. Pero ¿diremos mal del vino porque haya borrachos? ¿Vamos á cargar en la cuenta de los ricos y substanciosos manjares el feo pecado de la glotonería?

— Aun aceptando sus distingos, no creo en la nobleza del tresillo. Lo noble en el juego, como en la vida misma, es luchar frente á frente y con las mismas armas... Y aquí no pasa eso. Sólo al pensar que hay dos señores en contra del jugador, ¿cómo creer en la gallardía de la jugada? ¡Dos para uno! Si lo viera usted en la calle, seguramente se indignaba.

— Lo que veo es que usted es un nihilista, mi querido amigo, y no se asuste de la palabra, pues yo tampoco me asusto del ideal que usted inconscientemente manifiesta... Sí, sí... Usted aspira á destruir el mundo, y por el único medio terrible, devastador, superior á cuantos se han descubierto y puedan descubrirse para acabar con todo..., ¡por la inacción! La vida es lucha porque cada luchador tiene sus armas respectivas: lo que permite que haya vencedores y vencidos. Si se igualaran las condiciones, si se combatiera con las mismas armas,

como usted dice, no llegaría el combate, porque las fuerzas iguales se destruyen, es decir, dejan de ser fuerzas... Y el mundo, entonces, extático, sin lucha, que es movimiento; sin movimiento, que es vida, habría acabado su misión... ¡Eso es lo que significan las palabras de usted! Y por eso le he llamado nihilista.

— Me parece que se ha excedido usted un poco. No en el adjetivo, sino en el discurso. Para hablar en lenguaje apropiado, le diré que acaba usted de jugar un solo á palo de favor, y acaso, acaso, bola... ¡Caramba!... ¡Desde el tresillo, que es una cosa concreta, se ha remontado usted á la región de las ideas abstractas, nada menos.

— ¡No olvide usted que la aviación es un hecho!... Pero ya me tiene usted de vuelta, para decirle una vez más que el tresillo es un noble juego, puesto que nos recuerda las cosas que ennoblecen al hombre y enaltecen la vida... ¡La fuerza, servida, penetrada y dirigida por la inteligencia!

— ¡Vamos! Ahora es usted quien descubre sus ideales... ¡Usted es un autoritario!

— ¡Qué disparate! Ya veo la alusión y me extraña en usted, que, al cabo, es un conecedor del juego. Ha pensado usted en la espada, en la mala, en el basto, para llamarme... lo que me ha llamado... ¿Olvida usted que el estuche, por sí solo, no sirve de nada? Ha de ir asociado con los demás triunfos y con las cartas indispensables para la jugada, á fin de lucirse y de ganarla... ¡Cuántas veces tienen los que van á la contra esos tres elementos directores, ó uno cualquiera de ellos, y el jugador vence á sus enemigos! ¡Cuántas otras veces están en manos del que juega, y éste resulta vencido por sus contrarios! Pero le estoy hablando de cosas que usted sabe tan bien como yo... ¡La fuerza! Sí: más la de todas las cartas juntas, que sin olvidar sus puestos respectivos y lanzando su *quos ego* cuando llega el caso, forman la sociedad indispensable para el triunfo. Es decir, la única fuerza posible que admiramos en el juego, porque nos recuerda la que sirve para empujar el mundo, para dignificar la vida. Y sobre ella, la inteligencia del jugador, que dirige, ataca ó se defiende cuando es preciso, organiza sus elementos, busca los que le faltan.

— Eso, si no tiene las cinco bazas en la mano.

— Entonces será un caso de suerte, que también es un factor que anda por estos barrios.

— De todos modos, concédame usted, al menos, que el tresillo es un juego aristocrático. ¡Siempre mandan las clases, es decir, las cartas superiores!

— ¿Cómo voy á concederle á usted que lo sea? ¡Si es, al contrario, completamente democrático!... ¡Las cartas superiores! Ya hemos convenido en que si no se asocian con todas, se quedan con su superioridad, que las resulta inútil. Y, además, cual-



quiera de las más insignificantes puede llegar á ser la primera, la de mayor importancia, es decir, la que decida la jugada. Ayer, sin ir más lejos, me llevé yo una entradilla á copas ¡con el dos de bastos!... Se me adelantaron en cinco bazas nada menos: dí tres arrastres, y me quedé con el dos de bastos de carta firme... ¡Estaban fallos! ¿No le ha ocurrido á usted otras veces algo semejante?

— Claro que sí... Esas son las casualidades, las sorpresas del juego...

—¿Y no es, por fortuna, lo imprevisible quien nos gobierna en ocasiones?... Créame usted, no hay juego superior al tresillo. Es el más humano, y, por tanto, el más divertido. Por eso le preguntaba á usted el nombre de su inventor, ya que no para levantarle una estatua, para recordarle eternamente. Era, sin disputa, un gran psicólogo. Yo le admiro ante todas y cada una de las disposiciones que regulan su juego. Fíjese usted en que digo en las leyes y no en las jugadas, porque éstas pertenecen á los jugadores, que tienen libertad absoluta para pensarlas, dando así al pensamiento el único empleo que le conviene.

—¡Va á resultar también que el tresillo es un juego de pensadores!

— Naturalmente... ¡Como que da una agilidad mental extraordinaria! Por eso tal vez se han lamentado algunos espíritus desabridos de que los españoles no empleen en otra cosa el tiempo que dedican á jugar al tresillo... Mejor para los protestantes, ya que por tal causa juegan ellos solos al juego de las ideas, no tan distinto del nuestro como ellos se figuran...

— ¡Otra vez quiere usted lanzarse á los espacios!...

— No, no... Sigo en la tierra, admirando al inventor desconocido, á quien dedico, todos los días, algunas horas de homenaje práctico. ¡Era un gran hombre!... ¿Cómo, sin serlo, inventar el grandioso *Corpus juri* tresillístico, que, á más de conformarse á la naturaleza humana, sugiere tantas cosas agradables?... ¡Esas jerarquías de las cartas, que á lo mejor de nada nos aprovechan!... ¡Eso de que los estuches sean reservados, para que puedan usar de

su autoridad cuando quieran ó cuando les dejen!... La misma coalición de dos contra uno, que á usted le parece innoble, á mí me resulta nobilísima, puesto que va dirigida contra el jugador, que es el fuerte, ó que presume de serlo. Sirve para contrastar su fuerza, para evitar que la simule y para obligarle á que la muestre, cuando es efectiva. Representa también los derechos de las minorías, como dicen los parlamentarios.

— ¡Y usa una táctica de guerrillas, que me río yo!... ¡Á lo mejor no sabe uno de dónde salen los tiros, si del que va á la contra, ó de la mano pobre!

— Así y todo, sólo vence cuando debe vencer. Y nos obliga á aguzar el ingenio... ¿Y qué me dice usted de la baceta?

— Que deseo hallar en ella lo que busco cuando voy al robo... ¡Hombre!... He aquí algo que espero ha de quedar fuera de sus alabanzas... ¿Le parece á usted bien lo de ir al robo?

— ¡Esa es una frase humorística, aunque parezca una sentencia universal!... La baceta es, precisamente, lo más admirable del tresillo. ¡Es el misterio!... Y hacia él se dirige nuestra ilusión, que unas veces vuelve satisfecha, y otras burlada.

— Bueno; pero eso que usted dice me parece muy empingorotado... Yo prefiero quedarme en tierra, y aun más abajo, ya que al acudir á la baceta podría decirse que trabajamos en el subsuelo.

— ¡Es que el espíritu siempre mira á lo alto, aunque busque por debajo de tierra!

— ¡Mucha metafísica me parece para una cosa tan sencilla como la de ir al robo!...

— Desde lo más insignificante podemos ascender á lo más elevado.

— Y desde lo más alto las caídas son más peligrosas... ¿Quiere usted que busquemos un tercero, y si lo hay, un cuarto para echar una partidita?

— Con mucho gusto.

— ¡Voy á gozar poco dándole á usted codillo noblemente, mientras saboreo su fantástica apología!

ANTONIO PALOMERO.





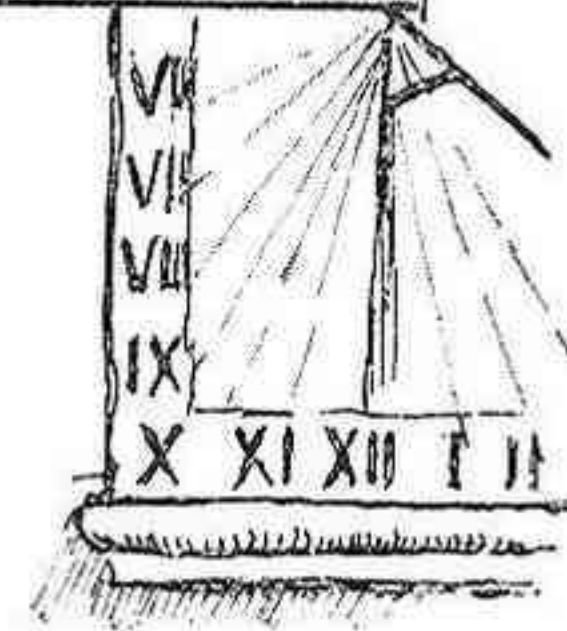
# LOS RELOJES

## RELOJ DE ARENA

I  
En la mano del tiempo eres un mito;  
La guadaña es tu eterna compañera;  
Tu alma de polvo, en fórmula agorera  
El trágico «Memento» lleva escrito.  
Aunque efímero y breve es tu circuito,  
Giras sobre ti mismo de manera  
Que el ocho cristalino de tu esfera  
Es el ocho, tal vez, del infinito.  
Con descendente lentitud serena,  
En los cristales de tu doble panza  
Ballan los granos de tu fina arena.  
Y en los reposos de tan suave danza,  
Cada grano caído es una pena  
Que fué, antes de caer, una esperanza.

## RELOJ DE SOL

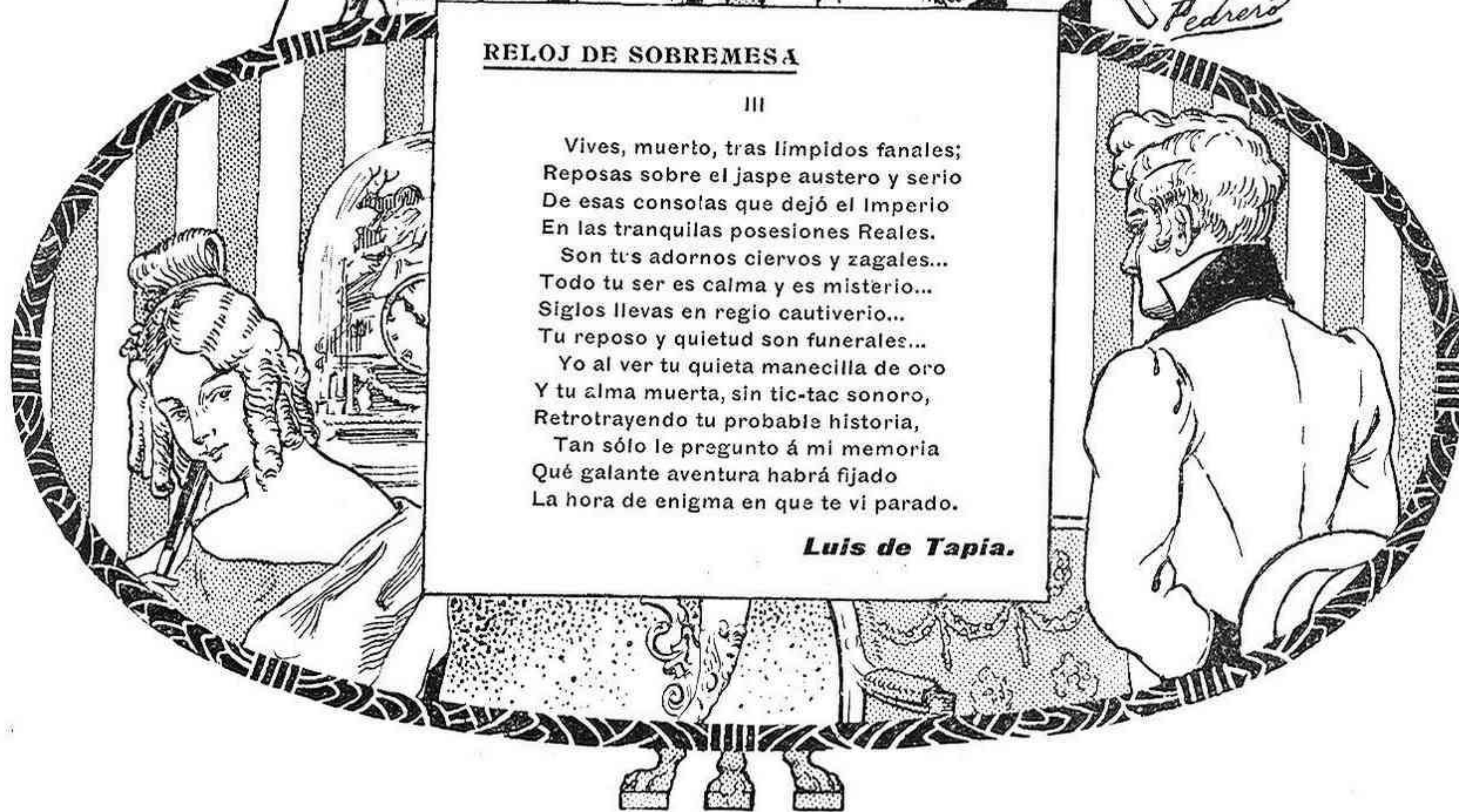
II  
Adorno eres del muro del Concejo  
Del árido poblado castellano;  
Mancha de cal es tu cuadrante plano;  
Tu saliente nariz, un hierro viejo.  
Varillaje es de rayas, tu aparejo;  
Signo de la hora, un número romano  
Eres manco, pues tienes una mano;  
Y eres ciego, pues vives al reflejo.  
Pobre y escasa es tu ruín valía,  
Marcas en vano cuando el sol despunta,  
Y en vano marcas cuando muere el día.  
La hora solar que tu nariz apunta,  
Mira, sólo, un gañán que á mediodía  
Atraviesa la plaza con su yunta.



## RELOJ DE SOBREMESA

III  
Vives, muerto, tras limpidos fanales;  
Reposas sobre el jaspe austero y serio  
De esas consolas que dejó el Imperio  
En las tranquilas posesiones Reales.  
Son tus adornos ciervos y zagales...  
Todo tu ser es calma y es misterio...  
Siglos llevas en regio cautiverio...  
Tu reposo y quietud son funerales...  
Yo al ver tu quieta manecilla de oro  
Y tu alma muerta, sin tic-tac sonoro,  
Retrotrayendo tu probable historia,  
Tan sólo le pregunto á mi memoria  
Qué galante aventura habrá fijado  
La hora de enigma en que te vi parado.

Luis de Tapia.



Pedrero



## La cabeza de turco.

**H**AY muchos seres infelices sobre la faz de la tierra, pero todos lo son contra su gusto y voluntad, menos el empresario de teatros, que se quema la sangre y pasa una vida de perros porque le da la gana.

Un hombre necesita tener alma de cántaro y ser un bendito de Dios para exponer su trabajo y su dinero en un negocio dudoso, en cuya dirección y desarrollo todo el mundo va á intervenir menos él.

En todas las demás industrias el que las explota es el amo. Plantea el asunto como le acomoda, y, sálgame bien ó mal, á ningún alma nacida, sino á él mismo, tiene que dar cuentas, porque nadie se mete á criticar sus operaciones á diario. Un comerciante compra sus géneros donde se le antoja y los vende como mejor le parece, sin que le digan á todas horas en letras de molde:

«Pero, hombre, no sea usted zoquete; ¿á quién se le ocurre poner el mostrador en el centro, en lugar de ponerle á la derecha?»

Ó bien:

«¿Por qué se empeña usted en tener un dependiente rubio, siendo así que dan mejor resultado los morenos?»

Nadie se mete en lo que no le importa. La clientela acude ó no, según la maña y suerte de cada uno, y el comerciante ó industrial se enriquece ó arruina sin oír consejos ni recriminaciones y sin dar un cuarto al pregonero.

En el teatro las cosas pasan de distinta manera.

Al empresario de teatros, todos, cómicos, autores y periodistas, le guían, aconsejan y censuran á todas horas y por cualquier motivo.

Los autores favorecidos le señalan é imponen condiciones para la explotación de las obras que admite; los desdeñados protestan de que no se representen las suyas.

Los cómicos le pinchan, le zahieren, no le pueden ver, no le dejan vivir, se complacen en suscitarle obstáculos, dificultades y conflictos, y más le odian cuanto mejor les paga.

Los críticos se creen con perfectísimo derecho á señalarle el género que debe cultivar en su teatro, cuáles obras debe hacer y cuáles no, la compañía que ha de contratar y en qué condiciones, ¡y hasta cuándo sí y cuándo no debe hacer gastos de decorado, y el precio que ha de poner á la mercancía!

Y esto constantemente, día por día, espiándole, acechándole, exponiéndole sin cesar á la vergüenza pública..... y poniéndole como chupa de dómene de todas maneras.

En cuanto se tiene noticia de que un Don Fulano piensa gastarse los ahorros en pro del arte, surgen

los consejeros y directores gratuitos empeñados en conducirlo por la senda florida, que es, naturalmente, la preferida por el preopinante.

«¿Qué va á hacer Don Fulano — preguntan un día sí y otro también en los periódicos de gran circulación los encargados de ilustrar al público, — va á seguir las huellas de su antecesor, ó piensa tomar rumbos nuevos? Si no cuenta con la señorita Tal y el señor Cual, le será imposible formar una compañía decente, y si piensa prescindir de los jóvenes con orientaciones modernas y entregarse á la rutina de las firmas acreditadas, más vale que subarriende el local y se dedique á otra cosa.»

Ó por el contrario:

«Se nos asegura que Don Fulano ha tomado como base para la formación de su compañía al señor Cual y á la señorita Tal. ¡Mal principio! Ni el uno ni la otra tienen la suficiente talla y la necesaria autoridad para sostener una campaña verdaderamente artística. Por otra parte, parece que el nuevo empresario se lanza á los procelosos mares de lo desconocido y ya tiene en cartera varias obras de muchachos del Instituto, desechadas en los cinematógrafos..... ¡Á su costa comprenderá el error, porque de sobra sabemos lo que se puede esperar de los chicos que empiezan, y la experiencia enseña que es torpeza insigne prescindir de las reputaciones consagradas! ¡Por algo se tienen un nombre y una firma!»

Y luego, más adelante:

«Don Fulano tiene que convencerse de que nuestro público no puede ni quiere pagar cinco pesetas por una butaca. Ó reduce los precios á la mitad, para que la cultura se extienda á las clases populares, ó la empresa no llega á Noviembre.»

«¿No tiene Don Fulano personas entendidas que le aconsejen? ¿Cómo se explica, entonces, que se haya gastado el tiempo y el dinero en poner en escena un esperpento como el de anoche? ¡Y entre tanto, uno de nuestros compañeros de Redacción, un verdadero genio, anda de la ceca á la meca con el manuscrito bajo el brazo..... *O tempora! O mores!*»

Entre tanto, los autores de crédito arriman el ascua á su sardina:

—Sí, señor; he concluído una obrita que encaja perfectamente en este marco. Pero antes de entregarla, y para marchar sobre seguro en el reparto, convenía ver representadas por esta compañía la mitad, por lo menos, de las que constituyen mi repertorio.

—Hay que contratar otro galán. Éste tiene la voz pastosa, y yo necesito uno que la tenga aflautada. Precisamente en Cádiz está ahora Menéndez, que vendría que ni pintado, y yo creo que ofreciéndole dos duros más.....



—¡No, señor, no consiento que quite usted mi obra del cartel! ¡Ahora que empezaba á venir el público de provincias!

—Las decoraciones segunda y cuarta deben ser nuevas, y pintadas precisamente por Vázquez, que es el que domina mejor la perspectiva.

—Que me pongan el ensayo á las cuatro, ¿sabe usted?, porque en casa no almorzamos hasta las dos y media.

—El portero del escenario no me ha saludado al entrar.....; ¡ya está usted despidiendo al portero, ó retiro la obra, y aquí no ha pasado nada!

Los autores postergados tienen otra monserga:

—¡Cómo! Pero ¿después de haberles gustado tanto á todas las eminencias de la dramaturgia, ahora resulta que esto no le parece á usted representable? Pues yo estoy seguro de que es una maravilla. ¿Qué trabajo le cuesta á usted probar? ¿Va á ser peor que la de Mengano, que silbaron el otro día? Lo que hay es que se meten á empresarios los majaderos que no tienen chispa de literatura.

Á su vez, los cómicos contratados no están conformes nunca:

—Este Don Fulano es un animal. ¿Has visto el ensayo de mañana? *Los hijos del azar*. ¡Si eso no ha dado una peseta nunca.

—¡Menuda grita nos van á soplar en el próximo estreno! Pero este Don Fulano, ¿por qué admitirá

esas cosas? Para mí que tiene serrín en la cabeza.

—Ese papel *no le va* á la Suárez. Pero como se conoce que el empresario tiene otras miras.....

—Yo estoy deseando marcharme. Aquí no hay orden ni concierto. Como se arregle lo de Vilanova del Camino, salgo en el primer tren sin avisar, y que me sustituya el Nuncio.

—¡Je, je! ¿Ha visto usted la entrada de esta noche? Estamos en familia. ¡No ha querido venir ni el bombero! Naturalmente, ¡el cartelito *se las trae!*

Y siempre lo mismo: que quite usted esto, que ponga usted lo de más allá, que admita usted á Zutano, que despida usted á Perencejo.....; un comercio, en fin, en que todo el mundo administra la tienda menos el comerciante.

Y al final de la temporada ya se sabe cuáles han de ser los comentarios.

Si el negocio ha sido bueno:

—¡Qué barbaridad! ¡Hay mulas con suerte! Vea usted un hombre que se embolsa unos cuantos miles de duros sin saber lo que trae entre manos.

Si se pierde el dinero:

—¡Bien empleado le está á ese bruto! ¿Quién le manda á él meterse en lo que no entiende?

—¡Una verdadera delicia! Á pesar de lo cual hay mucha gente aficionada á hacer el zángano de esta manera.....

Y Dios nos la conserve.

SINESIO DELGADO.

## SINCERIDAD

I

—Hola, Antón.

—Felices, Juan.

¿Qué te trae por aquí?

—Que pasaba por ahí

Á casa del sacristán,

Y me dije: «Voy á ver

Cómo está Antón.»

—Bien.

—Me alegro.

—Gracias.

—¿Cómo está tu suegro?

—Está bueno.

—¿Y tu mujer?

—Tan buena.

—¿Y el chiquitín?

—Tan gordo.

—¡Qué suerte tienes!

—¡Vamos! ¡La verdad! ¿Tú vienes

Solamente con el fin

De preguntarme por toda

La familia?

—¿Qué creías?

—Pues, soy franco, que venías

Á convidarme á tu boda.

—¿Sabes?...

—Si en el pueblo entero

No hay nadie que no lo sepa.

Sé que te casas con Pepa,

La chica del molinero.

—Pues bien, ¡sí!

—Lo que yo digo.

—Me caso, pero es el caso



Que yo no doy ese paso  
Sin hablar antes contigo.  
—¿Conmigo?  
—Contigo, Antón.  
—No sé por qué.  
—Lo diré.  
—Desembucha.  
—Porque sé  
Que tienes buen corazón  
Y has de decir la verdad.  
—¿De qué?  
—Me la has de decir.  
Tú no puedes consentir  
Que haga una barbaridad.  
—No sé por qué dices eso.  
—¡La Pepa me ha trastornado,  
Y yo estoy enamorado  
Como un bruto, lo confieso!  
—Como que es muy guapa.  
—¡Sí!  
—¡Y muy lista!  
—Sí, señor.  
Pero tengo un escozor,  
Porque dicen por ahí  
Que ella y tú...  
—Te han engañado.  
—Pues lo tengo que saber.  
¿No has tenido tú que ver  
Con ella, recién casado?  
—¿Yo?...  
—La gente lo asegura.  
—Pues no creas á la gente.  
—Me lo han jurado Vicente,  
El primo del señor cura,  
Y Rosa la de Tomasa,  
Y Rita, la panadera,  
Y Feliciano y Severa  
Y Emeterio y Nicolasa.  
—¿Y les haces caso?  
—¡Sí!  
Pero ya tú me dirás...  
—¿Qué he de decir, si haces más  
Caso de ellos que de mí?  
Yo te lo niego, y te ruego  
Que no insistas.  
—Es que yo  
Dudo...  
—¡Te he dicho que no!  
—¿Me lo niegas?  
—¡Te lo niego!  
—¡Por Dios te lo pido, Antón!  
Mira que no sé qué hacer,  
Y piensa que puedes ser  
Causa de mi perdición.  
Yo la quiero mucho, pero...  
Tan sólo confío en tí.  
Siempre fuiste para mí  
Un amigo verdadero.  
¿Qué me aconsejas?  
—¿Yo? ¡Nada!  
—¿Me caso con Pepa?  
—¡Dale!

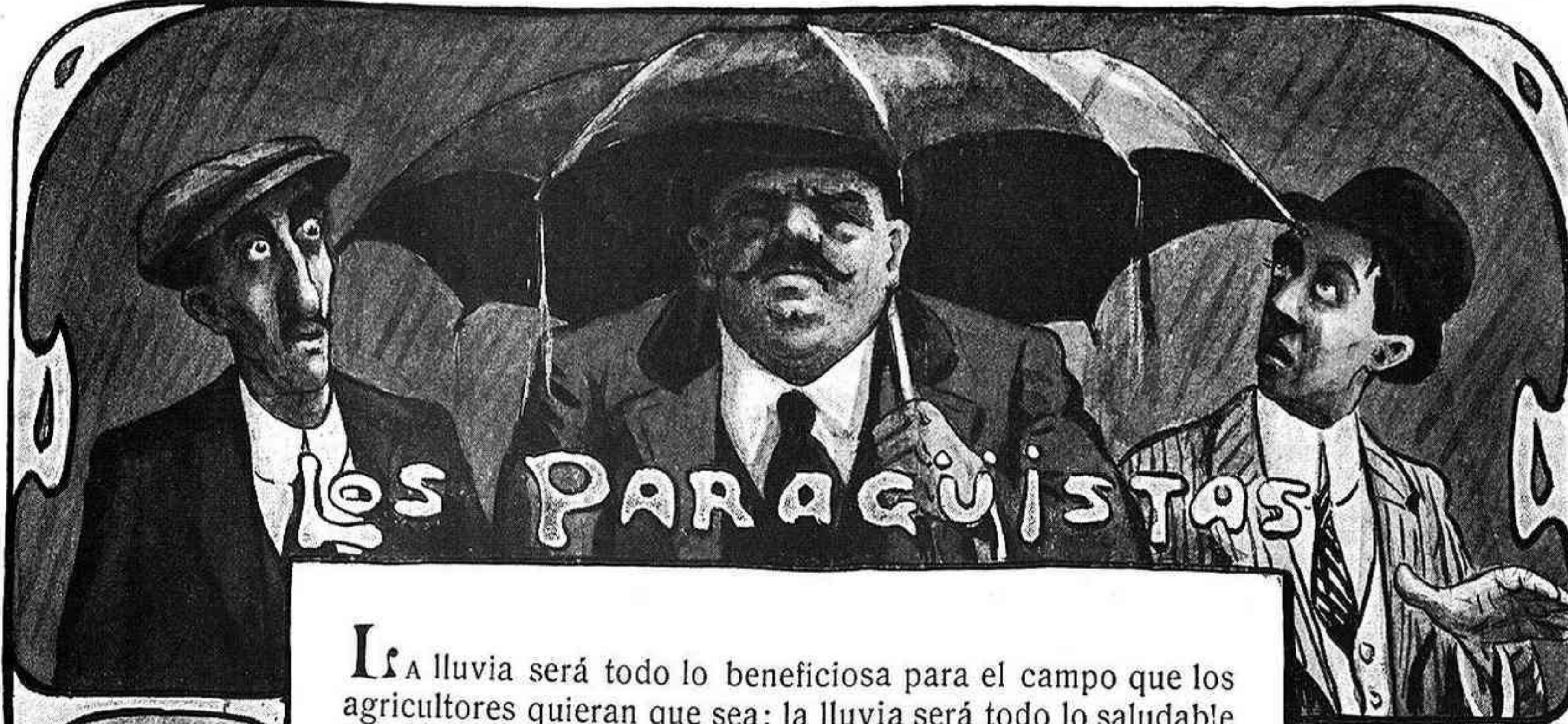
—Tu respuesta es la que vale.  
¿Es honrada ó no es honrada?  
Dime la verdad.  
—¡Qué afán!  
—Mira, Antón, ¡te lo suplico  
Por la salud de tu chico!  
—Pues bien... ¡No te cases, Juan!  
—¿Luego es verdad?  
—Yo te quiero,  
Y no debo...  
—¡Me ha engañado!  
—¡No llores! Lo has suplicado,  
Y yo, amigo verdadero,  
No debo hacerte traición.  
—¿Quién se fía de mujeres?  
¡Ay, Antón! ¡Qué bueno eres!  
¡Que Dios te lo pague, Antón!

II

¿Alguien pensará, quizá,  
Que Juan, en llanto deshecho,  
Se arrancó el amor del pecho  
Y rompió con Pepa? ¡Quiá!  
Se engañó quien tal pensaba.  
¡Se casaron!! Y á la boda  
Asistió la turba toda  
Que de Pepa murmuraba.  
¡Y aquello fué una locura!  
¡Qué animación! ¡Cuánta gente!  
Y allí acudieron Vicente,  
El primo del señor cura,  
Y Rosa, la de Tomasa,  
Y Rita, la panadera,  
Y Feliciano y Severa  
Y Emeterio y Nicolasa...  
Fueron, por su santa unión,  
Juan y Pepa festejados,  
Y novios y convidados  
Hablaron pestes de Antón.  
«¿Quién lo había de creer?»  
«¡Es un chismoso! ¡Un cualquiera!»  
Y no faltó quien le fuera  
Con el cuento á su mujer.  
Y ella, que era muy celosa,  
Le armó un escándalo á Antón;  
Terció el suegro en la cuestión  
Y hubo una gresca espantosa.  
Y Antón, que con la verdad  
Fué leal con el amigo,  
Sufriendo el duro castigo  
De aquella sinceridad,  
Mustio y mohino exclamó:  
—¡Me está muy bien empleada  
Esta riña! ¡Se acabó!  
¡Cualquier día vuelvo yo  
Á decirle á nadie nada!

VITAL AZA.





## LOS PARAGUÍSTAS

LA lluvia será todo lo beneficiosa para el campo que los agricultores quieran que sea; la lluvia será todo lo saludable que quieran los higienistas, y la lluvia será, por fin, todo lo pródiga que plazca á los infinitos industriales que se lucran con ella; pero pensando serenamente, sin egoísmo, con verdadero desinterés, la lluvia es un azote de la criatura humana, y digo azote, por no decir puntapié.

La lluvia es un meteoro acuoso muy molesto para la mayor parte de los pobladores de la tierra, no digo para todos, porque ya hemos quedado en que para agricultores y ciertos industriales es un *meteoro* en toda la extensión de la palabra, como palabra compuesta.

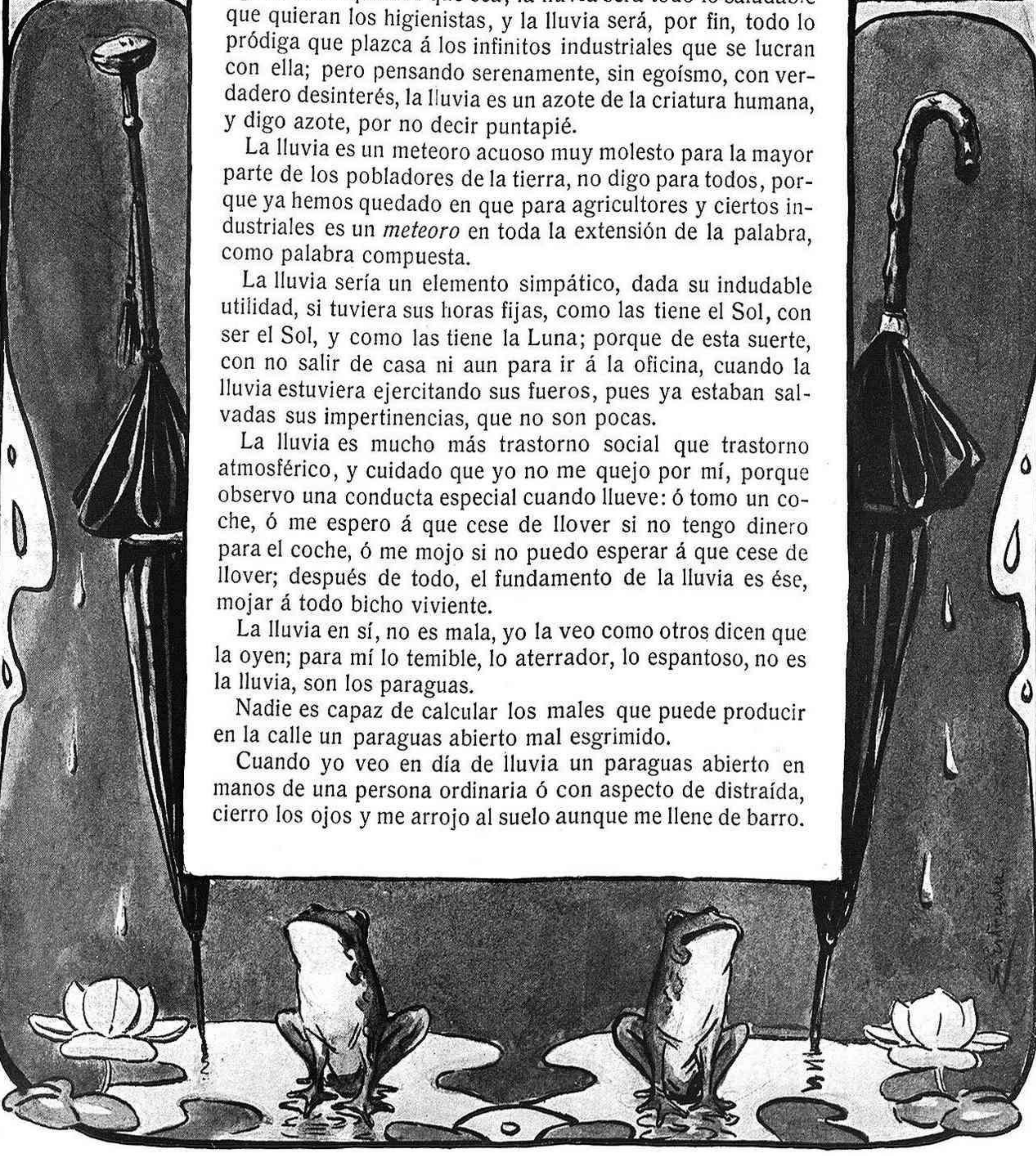
La lluvia sería un elemento simpático, dada su indudable utilidad, si tuviera sus horas fijas, como las tiene el Sol, con ser el Sol, y como las tiene la Luna; porque de esta suerte, con no salir de casa ni aun para ir á la oficina, cuando la lluvia estuviera ejercitando sus fueros, pues ya estaban salvadas sus impertinencias, que no son pocas.

La lluvia es mucho más trastorno social que trastorno atmosférico, y cuidado que yo no me quejo por mí, porque observo una conducta especial cuando llueve: ó tomo un coche, ó me espero á que cese de llover si no tengo dinero para el coche, ó me mojo si no puedo esperar á que cese de llover; después de todo, el fundamento de la lluvia es ése, mojar á todo bicho viviente.

La lluvia en sí, no es mala, yo la veo como otros dicen que la oyen; para mí lo temible, lo aterrador, lo espantoso, no es la lluvia, son los paraguas.

Nadie es capaz de calcular los males que puede producir en la calle un paraguas abierto mal esgrimido.

Cuando yo veo en día de lluvia un paraguas abierto en manos de una persona ordinaria ó con aspecto de distraída, cierro los ojos y me arrojo al suelo aunque me llene de barro.





El que no teme á un paraguas torpemente manejado, no teme á nada de este mundo; es la mayor cantidad de valor cívico que reconozco.

Ya sé yo que todos los seres de la creación tenemos un derecho incuestionable al espacio que ocupamos en el globo terráqueo—por eso le ha hecho Dios de tan cumplidas proporciones,—pero sin paraguas. Seguramente, el Creador no pensó jamás en que pudiera nacer una criatura que se le ocurriera usar el paraguas como defensa de las lluvias, porque si lo llega á pensar no crea la lluvia.

El paraguas es una invención tan nefanda y siniestra como los automóviles, es decir, más siniestra, porque para llevar un automóvil es preciso demostrar la suficiencia del conductor, y para llevar paraguas no hace falta más que dinero, y los hay de ¡seis reales!

El uso del paraguas no debía ser permitido más que á las personas de una educación esmerada, cuando no exquisita. ¿No se expenden licencias para el uso de armas, pues por qué no han de expenderse también para el uso del paraguas, siempre que se demuestre capacidad, habilidad y responsabilidad para poder usarle?

Yo usaría paraguas si no fuera tan molesto como es; dígame lo que se quiera, el paraguas es mucho más molesto que la lluvia; pero como soy un gran distraído, creo que no tengo derecho á disponer de la tranquilidad de mis semejantes, y mucho menos de la integridad de sus personas.

¿Cuántos tuertos y desorejados tendría yo hechos ya á cuenta de mi paraguas? Muchos. ¿Y quién soy yo para ir mutilando transeuntes por esas calles? Nadie. Pues bien: ¿quién es nadie para intranquilizarme y mutilarme á mí?... ¡Seamos lógicos!

De las molestias que proporciona el paraguas á las personas que lo disfrutan, no hablemos.

Para mi modo de ver, los paraguas se parecen á los perros que llevan á bañar, que á quien mojan más es á la persona que los lleva.

Sabido es que los canes cuando salen del baño se dirigen directamente á su dueño, y le hacen zalemas, y se sacuden á su presencia para que goce también de las excelencias hidroterápicas, ó de las venturas del aseo corporal.

El paraguas, como aparato de tortura, es una maravilla sencillamente.

Una señora en día de lluvia, con su paraguas abierto, va atada de pies y manos: con una mano procura llevar enhiesto el bastón del antipático artefacto, para no deslucirse las galas, y con la otra tiene que recogerse la falda para no llenarse de lodo; ni puede dar una limosna, ni limpiarse una lágrima, ni cubrirse para estornudar, ni tomar un tranvía, ni nada.

Por la Historia de la Humanidad anda el pobre Nerón haciendo de tirano, y el que verdaderamente ha tiranizado á las gentes semicivilizadas es el inventor del paraguas.

¿Será una venganza?

Este artículo me le ha sugerido el tiempo, porque en este mes de Septiembre se inicia el período de lluvias en Madrid, y yo me paso la estación tiritando de miedo, porque temo más á los *paragüistas* (personas que llevan paraguas sin saber llevarle), que á la artillería Schneider.

Tampoco se vaya á creer que soy un detractor del paraguas porque vendan impermeables, no; mucho odio el paraguas, pero abomino de los impermeables.

Á mí, para los días de lluvia, que me den una berlina; un paraguas, ¡jamás!; prefiero ahogarme...

BENJAMÍN DE LA CASA.





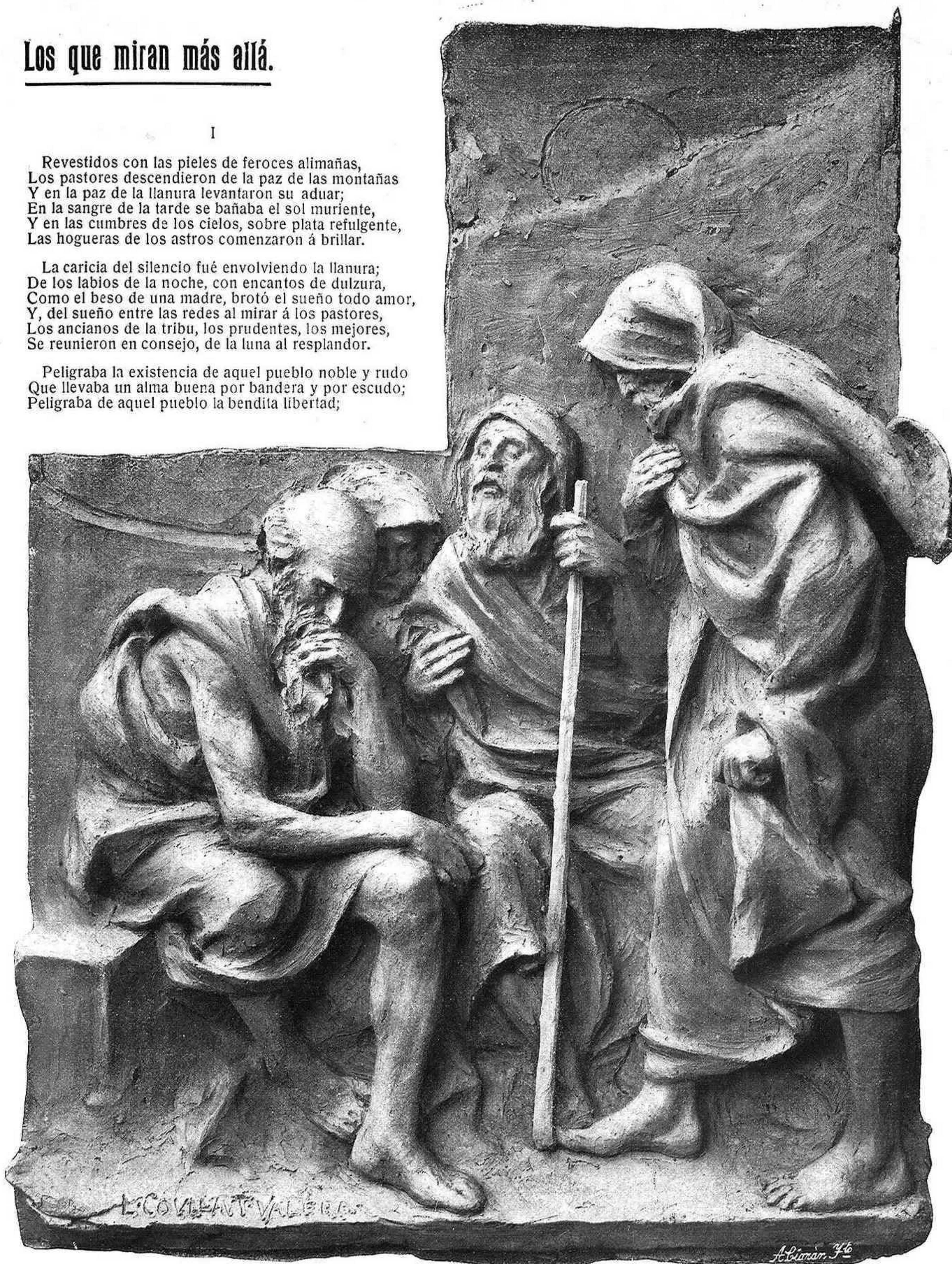
## Los que miran más allá.

I

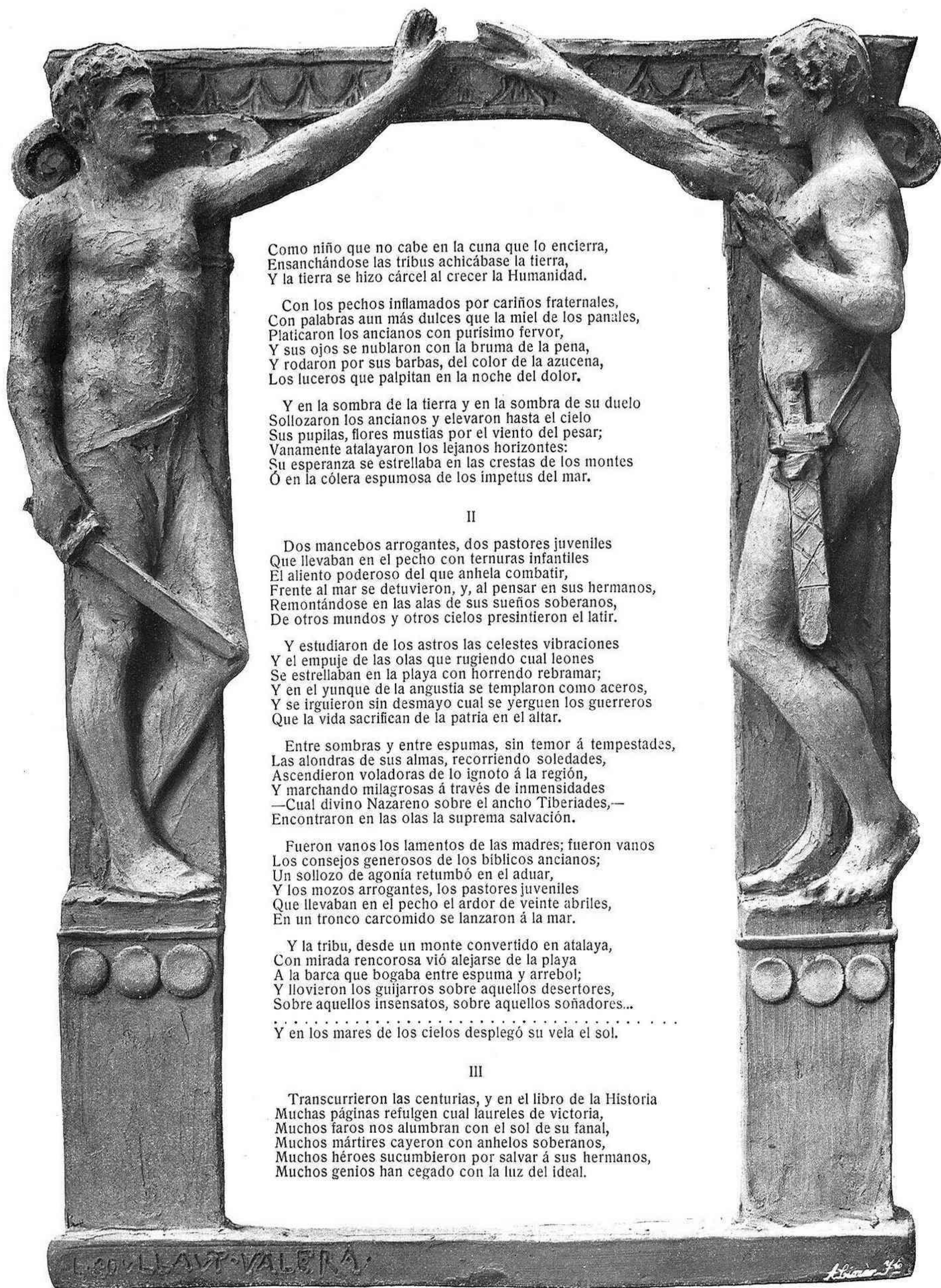
Revestidos con las pieles de feroces alimañas,  
Los pastores descendieron de la paz de las montañas  
Y en la paz de la llanura levantaron su aduar;  
En la sangre de la tarde se bañaba el sol muriente,  
Y en las cumbres de los cielos, sobre plata refulgente,  
Las hogueras de los astros comenzaron á brillar.

La caricia del silencio fué envolviendo la llanura;  
De los labios de la noche, con encantos de dulzura,  
Como el beso de una madre, brotó el sueño todo amor,  
Y, del sueño entre las redes al mirar á los pastores,  
Los ancianos de la tribu, los prudentes, los mejores,  
Se reunieron en consejo, de la luna al resplandor.

Peligraba la existencia de aquel pueblo noble y rudo  
Que llevaba un alma buena por bandera y por escudo;  
Peligraba de aquel pueblo la bendita libertad;







Como niño que no cabe en la cuna que lo encierra,  
Ensanchándose las tribus achicábase la tierra,  
Y la tierra se hizo cárcel al crecer la Humanidad.

Con los pechos inflamados por cariños fraternales,  
Con palabras aun más dulces que la miel de los panales,  
Platicaron los ancianos con purísimo fervor,  
Y sus ojos se nublaron con la bruma de la pena,  
Y rodaron por sus barbas, del color de la azucena,  
Los luceros que palpitan en la noche del dolor.

Y en la sombra de la tierra y en la sombra de su duelo  
Sollozaron los ancianos y elevaron hasta el cielo  
Sus pupilas, flores mustias por el viento del pesar;  
Vanamente atalayaron los lejanos horizontes:  
Su esperanza se estrellaba en las crestas de los montes  
Ó en la cólera espumosa de los impetus del mar.

## II

Dos mancebos arrogantes, dos pastores juveniles  
Que llevaban en el pecho con ternuras infantiles  
El aliento poderoso del que anhela combatir,  
Frente al mar se detuvieron, y, al pensar en sus hermanos,  
Remontándose en las alas de sus sueños soberanos,  
De otros mundos y otros cielos presintieron el latir.

Y estudiaron de los astros las celestes vibraciones  
Y el empuje de las olas que rugiendo cual leones  
Se estrellaban en la playa con horrendo rebramar;  
Y en el yunque de la angustia se templaron como aceros,  
Y se irguieron sin desmayo cual se yerguen los guerreros  
Que la vida sacrifican de la patria en el altar.

Entre sombras y entre espumas, sin temor á tempestades,  
Las alondras de sus almas, recorriendo soledades,  
Ascendieron voladoras de lo ignoto á la región,  
Y marchando milagrosas á través de inmensidades  
—Cual divino Nazareno sobre el ancho Tiberiades,—  
Encontraron en las olas la suprema salvación.

Fueron vanos los lamentos de las madres; fueron vanos  
Los consejos generosos de los bíblicos ancianos;  
Un sollozo de agonía retumbó en el aduar,  
Y los mozos arrogantes, los pastores juveniles  
Que llevaban en el pecho el ardor de veinte abriles,  
En un tronco carcomido se lanzaron á la mar.

Y la tribu, desde un monte convertido en atalaya,  
Con mirada rencorosa vió alejarse de la playa  
A la barca que bogaba entre espuma y arrebol;  
Y llovieron los guijarros sobre aquellos desertores,  
Sobre aquellos insensatos, sobre aquellos soñadores...

.....  
Y en los mares de los cielos desplegó su vela el sol.

## III

Transcurrieron las centurias, y en el libro de la Historia  
Muchas páginas refulgen cual laureles de victoria,  
Muchos faros nos alumbran con el sol de su fanal,  
Muchos mártires cayeron con anhelos soberanos,  
Muchos héroes sucumbieron por salvar á sus hermanos,  
Muchos genios han cegado con la luz del ideal.



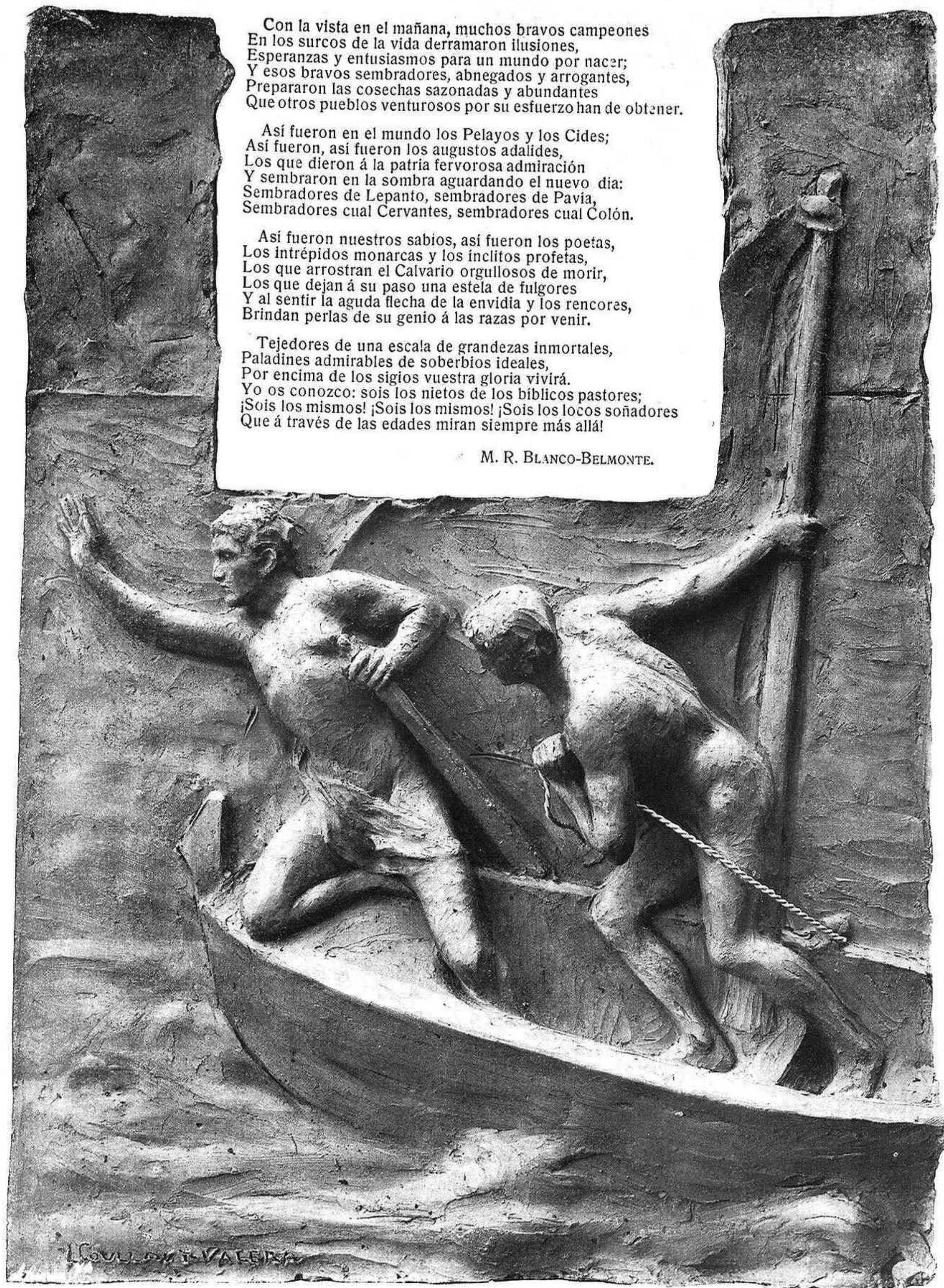
Con la vista en el mañana, muchos bravos campeones  
En los surcos de la vida derramaron ilusiones,  
Esperanzas y entusiasmos para un mundo por nacer;  
Y esos bravos sembradores, abnegados y arrogantes,  
Prepararon las cosechas sazonadas y abundantes  
Que otros pueblos venturosos por su esfuerzo han de obtener.

Así fueron en el mundo los Pelayos y los Cides;  
Así fueron, así fueron los augustos adalides,  
Los que dieron á la patria fervorosa admiración  
Y sembraron en la sombra aguardando el nuevo día:  
Sembradores de Lepanto, sembradores de Pavia,  
Sembradores cual Cervantes, sembradores cual Colón.

Así fueron nuestros sabios, así fueron los poetas,  
Los intrépidos monarcas y los inclitos profetas,  
Los que arrostran el Calvario orgullosos de morir,  
Los que dejan á su paso una estela de fulgores  
Y al sentir la aguda flecha de la envidia y los rencores,  
Brindan perlas de su genio á las razas por venir.

Tejedores de una escala de grandezas inmortales,  
Paladines admirables de soberbios ideales,  
Por encima de los siglos vuestra gloria vivirá.  
Yo os conozco: sois los nietos de los bíblicos pastores;  
¡Sois los mismos! ¡Sois los mismos! ¡Sois los locos soñadores  
Que á través de las edades miran siempre más allá!

M. R. BLANCO-BELMONTE.







## CHÁCHARA DE HORAS

EL grupo de las veinticuatro hermanas se ha detenido delante de la puerta por la cual va á salir el nuevo Año. Charlan y se miran con curiosidad, pues como nunca están reunidas, dijérase que apenas se conocen.

*Las doce de la noche.* (Morena ya algo madura, fresca todavía, vestida de morado oscuro, y que empuña una escoba.)—Yo, hermanas mías, más he perdido que ganado con los adelantos de la civilización. Antes era la hora de las orgías, de la magia, de las citas apasionadas y de los crímenes aromáticos. Antes, mis doce campanadas hacían alzarse á los espectros de sus tumbas, y á las hechiceras, barnizadas de untos fríos, salir

como cohetes, cabalgando en esta escoba, por la chimenea. Ahora no soy la hora romántica, sino la burguesa, en la cual nada de particular sucede... Ya las orgías son *juergas*; ya no hay magia, sino telepatía; los crímenes se cometen á la luz del sol; las citas... se dan á cualquier hora. Y en cuanto á las brujas... ¡Pobres mujeres! Las llaman histéricas y las someten á tratamiento en las clínicas...

*La una de la madrugada.*—Pues ¿y yo? Á mí sí que se me ha anulado. Mi hermana las doce habrá perdido en categoría; yo en vida. Antes me alumbraban las candilejas de la escena. Ahora, á las doce y media no queda sobre las tablas un farsante. La espada de la



multa les corta los parlamentos. Y yo llego cuando los últimos coches ruedan llevando á sus casas á los últimos trasnochadores.

*Las dos.*—Vedme á mí. Me han envenenado con beleño. Sólo los gatos me eligen para sus rondas nocturnas. De ser hora de desvelo febril y gozoso, en que los nervios vibran y la fantasía enciende sus farolillos de colores; de ser la hora en que las estrofas acuden aladas al llamamiento de los poetas, y el *champagne* bulle en las copas cristalinas, alegrando por un momento el plomizo sueño de la vida, he venido á ser la hora en que se ronca; juna hora con gorro de algodón y camisón amplio!

*Las tres.*—Peor es mi caso. Soy una hora inoportuna. Ni pez ni rana. Ni pertenezco al placer ni al reposo. Pocos me oyen sonar estando despertos. Muchos comienzan á soñar que deben despertarse pronto, porque han de madrugar.

*Las cuatro.* (Llevando en una mano un farol del alumbrado público y en la frente un reflejo de sol naciente, apenas visible.)—¡Á mí se me echan infinitas maldiciones! Los pobres trabajadores que tienen que alzarse en lo mejor del sueño y pensar en matar el gusanillo y salir cargados con la herramienta reniegan de mí.

*Las cinco.* (Envuelta en los claros velos de la aurora, sacudiendo perlas de rocío, con unos dedos que parecen hechos de rosas y rodeada de un enjambre de pajarillos de arpada lengua, que revolotean trinando.)—¡Á mí sí que me mandan á todos los demonios! Tú aun consientes que se dé una vuelta en la cama y se diga: «Es temprano.» Yo abro con insolencia las ventanas del Oriente; yo, traigo al rubicundo Febo asido de las mil hebras de oro de su cabellera luminosa.

*Las seis.*—Yo espanto las postreras perezas con la esquila argentina de mis burras de leche.

*Las siete.*—Tus burras son un remedio de viejas, desacreditado.

*Las ocho.*—Mejor sienta mi café, con leche también..., probablemente de cabra. La de vacas, pura y cremosa, es uno de esos bellos mitos que la antigüedad creó para adornar el otro mito de las Fílicas y las Galateas.

*Las nueve.*—Hermanas diurnas y nocturnas, saludadme. Vosotras habéis bajado y yo he subido. Como la gente se acuesta más temprano, á las nueve nadie permanece entre las ociosas plumas. Las nueve verdaderamente inician el día.

*Las diez.*—Yo desempeñé un papel triste. Soy la

hora en que pretendientes, acreedores y sablistas se ponen en campaña, á fin de «coger en casa» á sus víctimas.

*Las once.*—Mejor es eso que ser hora de entrada en las oficinas, como yo.

*Las doce.*—Ó de la gazuza, como yo... El que á las doce no almuerza, por lo menos abre la boca y se para embobado ante los escaparates de Tournié y Lhardy.

*La una.*—Hermanas mías, vosotras no habéis sabido salir de la clase media. Yo soy la hora del almuerzo elegante, con trufas y *buisson d'écrevisses*.

*Las dos.*—Conmigo empieza la verdadera vida, la vida aristocrática. Las bellas perezosas se deciden á las dos á existir.

*Las tres.*—Y conmigo la vida intensa, la vida parlamentaria. Las sesiones del Senado, del Congreso...

*Las cuatro.*—Yo toco el clarín y doy salida al astado bruto. En mí suenan cascabeles, relucen bordados de oro, se agitan abanicos.

*Las cinco.*—¡Pobres cursis! Yo soy *miss five o'clock*.

*Las seis.*—Sí, ponte moños... En España el *five o'clock* lo hemos convertido en *six o'clock*, y como en eso el Gobierno no puede intervenir, la verdadera hora del té y de la murmuración soy yo misma.

*Las siete.*—Yo soy una hora humanitaria. Ya nadie trabaja. ¡Al *vermouth*! La escarola y las patatas guisadas esperan en su hogar á la gente laboriosa.

*Las ocho.*—Yo destapo la sopera de plata de los ricos.

*Las nueve.*—Si el género humano tuviese cordura, yo reinaría sobre los durmientes.

*Las diez.*—¡Pues y yo!

*Las once.*—Callad, charlatanas... El Año Nuevo está á la puerta. Él traerá en sus manitas la reforma de costumbres, usos y abusos.

*Las doce.* (Otra vez.)—¡Chist! ¡Ahí le tenemos! ¡Ya viene!

(Por la inmensa puerta sale, titubeando graciosamente, un chiquitín rubio, fresco. En el mismo umbral tropieza y cae de bruces, llorando.)

*Las horas.* (Á una voz.)—¡Ay! ¡Igual que todos los Años! ¡Ha tropezado en la misma piedra!

LA CONDESA DE PARDO-BAZÁN.







ALLÁ por el año 1873 nombró el Gobierno español, entre otras ilustres personalidades, para formar parte del Jurado en la Exposición Universal de Viena, al inolvidable maestro Arrieta y al popular autor Marcos Zapata, á quien he oído referir, con peregrino ingenio y singular gracejo, el episodio que imperfectamente voy á historiar.

Cerrada la frontera Norte de España por las huestes del pretendiente D. Carlos, fuéronse Arrieta y Zapata á Cartagena, donde embarcaron en un vapor de las Mensajerías francesas con rumbo á Marsella, proponiéndose desde allí atravesar parte de Francia y casi toda la Confederación Helvética para dirigirse, por los ferrocarriles bávaros, á la suntuosa y elegante capital austriaca, objeto de su oficial misión.

Proverbial era en el afamado autor de *Marina*, *El Grumete* y *El Potosí submarino*, el miedo que le infundía el mar. Y no le faltaba razón. Desde que ponía el pie en un barco, hasta que lo abandonaba, no le perdonaba el mareo ni un instante, aunque aguas, brisas y cielos disfrutasen de la calma más profunda.

Salieron de Cartagena al promediar de un día espléndido, semejando un lago el Mediterráneo, y navegaron toda la tarde y las primeras horas de la noche sin grandes novedades.

El terrible golfo del León, estaba próximo. Comenzaban á rizarse las aguas, el viento tornábase frescachón, el barco insinuaba ya alarmantes cortesías inclinando con exceso la cabeza, y por último, el mistral desencadenado levantaba olas como montañas.

Á cada zambullida de la tajante proa sentía el

glorioso músico los horrores de una nueva basca, y su ilustre compañero, entre cabeceo y bandazo del buque, le suministraba, por recomendación del médico, inmensos tazones de té, que sujetaba con entrambas manos. Y con cada taza, para amenizar el acto, solía administrarle también algún trocito de la zarzuela *Marina* ó hacerle alguna observación en verso:

«¡Beba usted, maestro querido,  
De esta taza el contenido,  
Y el vómito habrá cesado!»

Y Arrieta exclamada con gran formalidad.

«¿Para qué? ¡Si ya he lanzado  
Hasta el segundo apellido!»

De la garganta de Arrieta fluían sonidos inarticulados, distinguiéndose, entre ellos, con tenaz martilleo:

—¡Ingrato!.... ¡Ingrato!.... ¡Charrán!

—¿Á quién insulta usted?—preguntó el poeta al músico.

—¡Á quién ha de ser sino al mar!.... ¡Invente usted melodías! ¡Ponga en buena música el amor que inspira!.... ¡Concierte sus bellezas!.... ¡Cante la salud que germina de su fecundo seno!.... Y reciba usted este pago. ¡Oh mar! Mar tan hermoso desde la playa como ingrato, traidor y fiero en tus dominios—continúo el maestro, con entonación solemne, mientras apuraba, á pequeños sorbos, el rubicundo líquido de la vigésima gigantesca taza.—Sólo una cosa hay en este mundo con que poder compararte: ¡con el matrimonio!.... ¡Tan insoportable en cuanto se pasa de su vestíbulo!

ANTONIO GARRIDO.

FIN



# LA MODA ELEGANTE

MADRID 30 DE SEPTIEMBRE DE 1909.

AÑO LXVIII.—NÚM. 36.

ADMÓN.: CALLE DE PRECIADOS, 46.



(Modelo Redfern.)

⊙ Abrigo de astracán. ⊙

(Fotografía Félix.-Paris.)



AÑO LXIX

# La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

## EN MADRID

### EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **36** pesetas;  
Seis meses, **18**; Tres meses, **9**;  
Un mes, **3**.

### EDICIONES ECONÓMICAS

#### SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;  
Seis meses, **12**; Tres meses, **6**;  
Un mes, **2**.

#### TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;  
Seis meses, **9**; Tres meses, **4,50**;  
Un mes, **1,50**.

#### CUARTA EDICIÓN

Un año, **12** pesetas;  
Seis meses, **6**; Tres meses, **3**;  
Un mes, **1**.

## EN PROVINCIAS

### EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **40** pesetas;  
Seis meses, **21**; Tres meses, **11**.

### EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

#### SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;  
Seis meses, **12**; Tres meses, **8**.

#### TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;  
Seis meses, **9**; Tres meses, **5**.

#### CUARTA EDICIÓN

Un año, **14** pesetas;  
Seis meses, **7**; Tres meses, **4**.

## DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.  
Tanto de **La Moda Elegante Ilustrada** como de **La Ilustración Española y Americana**, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

**Administración: Preciados, 46, Madrid.**







